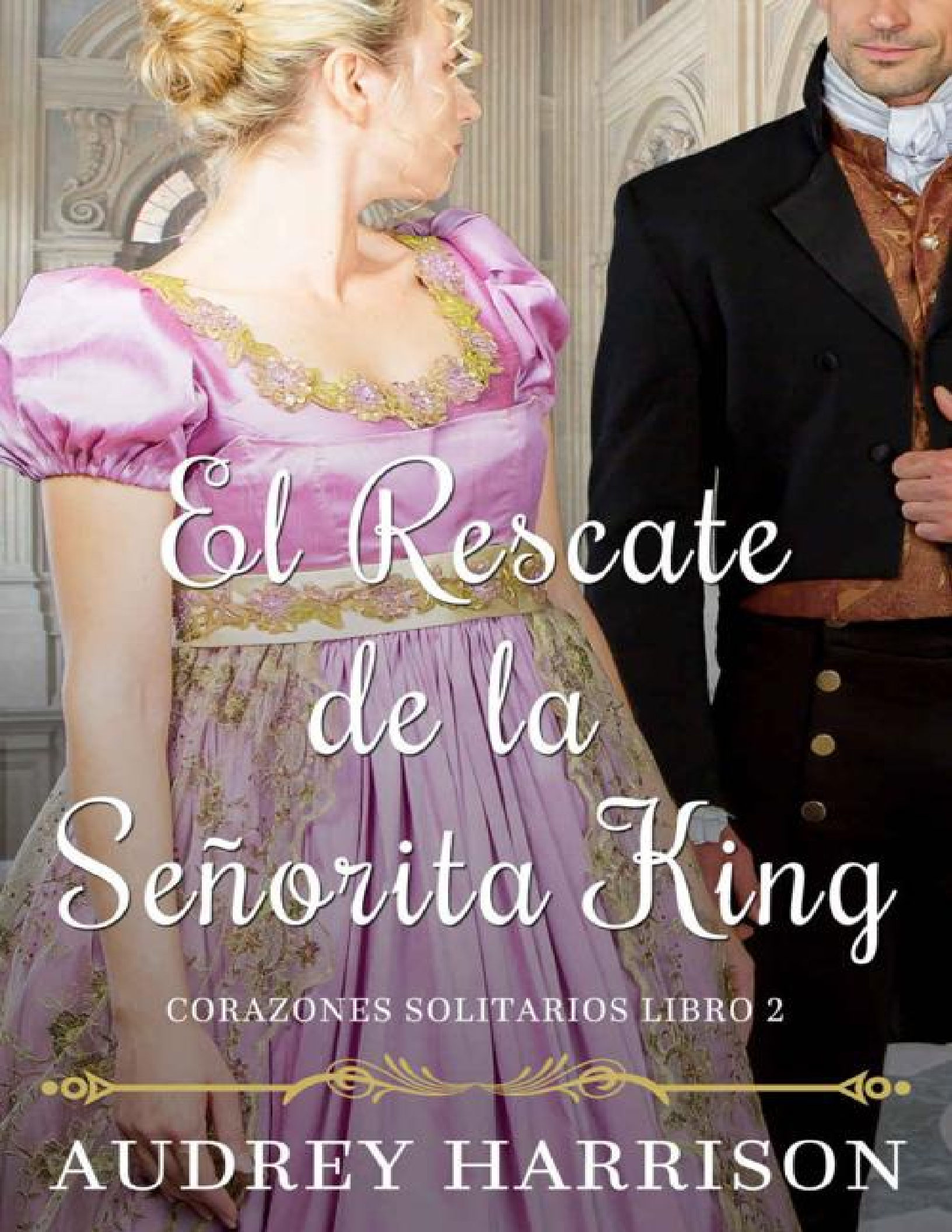


El Rescate de la Señorita King

CORAZONES SOLITARIOS LIBRO 2

AUDREY HARRISON

El Rescate de la Señorita King

por

Audrey Harrison

Copyright

© Copyright 2020 Audrey Harrison

Audrey Harrison afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Esta novela es completamente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o localidades es pura coincidencia.

Este eBook está licenciado para tu disfrute personal únicamente. Este eBook no puede ser revendido, reproducido en ningún formato ni regalado a otras personas sin el consentimiento del autor.

Gracias por respetar el arduo trabajo de esta autora.

Contenido

El Rescate de la Señorita King
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Sobre este libro
Sobre la Autora

Capítulo 1

Londres, 1816

Estimado Lord Longdon,

Por favor, perdone que le escriba, pero no siento que haya alguien más a quien pueda expresar mis preocupaciones.

Verá, creo que me están siguiendo.

Su hermana me contó todo sobre lo que pasó con el Sr. Sage y el Sr. Malone. Como su mejor amiga, le aseguro mi silencio respecto a los detalles. Estoy tan aliviada de que ella ya no esté en peligro por parte del Sr. Sage y que no haya tenido lugar ningún matrimonio forzado.

Normalmente escribiría a Edith sobre mis preocupaciones, pero ella está en su viaje de bodas, y no puedo en conciencia interrumpirlo. Normalmente no me habría puesto en contacto con usted, pero sinceramente siento que mi seguridad está en riesgo. Por favor, esté segura de que no soy propensa a los dramas o las histerias; de hecho, me enorgullezco de ser completamente lo contrario.

Durante la última semana, he notado que cada vez que salgo de casa hay un hombre en las sombras cerca de mi hogar. No lo reconocí al principio; está muy desaliñado y descuidado. Sin embargo, una noche, tontamente me acerqué a él y le pregunté qué quería. Estaba acompañada por un sirviente, así que no estaba tomando demasiados riesgos, pero sentí una gran alarma cuando me di cuenta de quién era: el Sr. Malone.

Él me pidió si podía darle algunas monedas, y admito que le di todo lo que tenía en mi bolso – reconocerlo me había sacudido mucho. Actuó como si nunca nos hubiéramos conocido, hasta que me alejaba y murmuró, "La veré de nuevo pronto. Muy pronto".

Sus palabras, confieso, me inquietaron, y aunque me he asegurado de que un sirviente masculino me acompañe cada vez que salgo de casa, él sigue allí. Todo el tiempo.

Tengo miedo y me da vergüenza admitir que, si confesara alguna de mis preocupaciones a mi madrastra, no las tomaría en serio. Mi padre está muy influenciado por ella, así que no tiene sentido buscar ayuda en ellos. La única otra familia que tengo en casa es mi medio hermano, y él todavía está en la escuela, ¿ve usted mi dilema? Espero que lo entienda, porque me siento insegura y no puedo pensar en nadie más a quien recurrir en busca de ayuda.

Solo puedo pensar que mi fortuna es su motivación para dirigirse a mí. Para qué fin, ya sea simplemente para obtener dinero de mí en cantidades mayores, no lo sé. No puedo permitirme pensar en cualquier otra razón, pero me inquieta en el fondo de mi mente. Por qué ya no está en la sociedad, supongo que tiene que ver con lo que le pasó a Edith, pero créame, parece como si hubiera caído en tiempos muy difíciles; es extraño, cuando solo hace unas semanas estaba en los mejores salones de baile de Londres. Habría supuesto que tenía los fondos para establecerse en algún lugar lejos de su familia.

Si pudiera ofrecerme algún consejo sobre qué hacer, estaría muy agradecida. Admito estar un poco perturbada e insegura sobre cuál es el mejor curso de acción a seguir. Odiaría hacer un escándalo innecesario, pero estoy preocupada.

Su amiga,

Susan King

Ahí estaba. Hecho. Sólo el temor por su seguridad la había impulsado a contactar al hombre que amaba, quien apenas sabía de su existencia. Sólo podía esperar que él le ofreciera alguna orientación o ayuda, pues no estaba siendo exagerada al expresar que no tenía a nadie más a quien pedir ayuda.

Nunca se había sentido tan sola y vulnerable en su vida, y estaba en medio de la ciudad más concurrida del mundo.

*

"Susan, puedes ser la chiquilla más molesta que una mujer haya tenido la desgracia de tener como pariente," regañó la Sra. King, la madrastra de Susan. "¿Al menos intentarás lucir lo mejor posible cuando asistas a una de las funciones más importantes de la temporada?"

"Pero el melocotón me hace ver enfermiza," protestó débilmente Susan. Sus encuentros siempre eran los mismos, incluso después de quince años de ser parientes. Susan era la hijastra despreciada, la adoración de su padre, y una mujer que, si se creía en las regañinas de su madrastra, estaba decidida a rechazar a todos los posibles pretendientes que la temporada tenía para ofrecer.

"El Sr. Lawson dijo que le gustaba el melocotón. Por lo tanto, usarás melocotón para su baile," respondió la Sra. King mientras las modistas revoloteaban en el fondo, mirándose incómodas.

"Como no deseo dar al Sr. Lawson la menor indicación de que podría estar dispuesta a aceptar cualquier propuesta que él fuera lo suficientemente tonto como para ofrecer, preferiría usar un color diferente," dijo Susan, enderezando los hombros. "Por favor, tráiganme algunas opciones en azul claro," dijo a la modista principal. Por una vez sintiéndose en control de alguna parte de su vida, aunque fuera un poco.

Las mujeres se apresuraron hacia las pilas de telas que habían traído con ellas a la gran casa en Curzon Street, dejando a madrastra e hijastra solas por unos momentos.

La Sra. King se acercó a Susan y, antes de que hubiera tiempo de reaccionar, agarró la tela del simple vestido de algodón de Susan y la arrastró hacia ella. "Escúchame, mocosa," siseó. "Podrás ser mayor de edad, pero te casarás esta temporada; ¿me entiendes? Estoy harta de ver tu fea cara en mi casa. He llegado a mi límite. Aceptarás a alguien en el próximo mes, o yo te arreglaré un matrimonio. Tu padre estará de acuerdo conmigo, obviamente, así que no vayas a llorarle. Estamos hartos de ver tus expresiones de dolor todos los días. Es hora de que te cases."

Susan tragó saliva. Había sido intimidada durante los últimos quince años, y era difícil enfrentarse a ello después de tanto tiempo. Sólo el deseo de casarse con un hombre al que amaba le daba algo de la fuerza interior que necesitaba para enfrentarse a su torturadora.

"Como soy mayor de edad, no pueden obligarme a casarme."

"¿Oh, no podemos? Estoy segura de que puedo arreglar una pequeña situación en la que gritaría en voz alta y clara que has sido comprometida. Una manera segura de llevarte al altar, cualesquiera que sean tus sentimientos al respecto."

"No te atreverías."

"Pruébame, y te veremos casada para el final de la semana," llegó la promesa airada.

Una tos suave las alertó de que la modista deseaba acercarse a ellas. La Sra. King retrocedió. "Ten el vestido que quieras, sólo asegúrate de que el escote sea profundo. Tienes un activo; al menos puedes mostrar esa parte de ti," instruyó la Sra. King antes de salir de la habitación.

Las mejillas de Susan ardían, no ayudadas por las miradas de simpatía que recibía de las mujeres que la rodeaban en un esfuerzo por parecer normales.

"¿Tienen mis medidas?" preguntó Susan después de unos momentos de ser tratada con cuidado y consideración, lo que la hacía sentir aún más oprimida.

"Sí, señorita."

"En ese caso, tendré esos dos diseños, este en azul y el segundo en blanco. Por favor, hagan los corsés a una altura respetable," dijo Susan sonrojándose.

"Por supuesto."

"Por favor, discúlpenme, pero creo que no necesito demorarlas más. Gracias por su tiempo," dijo Susan, saliendo de la habitación.

Entró en su dormitorio y se apoyó en la puerta cerrada. No podía soportar mucho más abuso, la socavación y ahora la promesa de ruina. No había duda de que su madrastra cumpliría su amenaza, y eso horrorizaba a Susan.

Era una heredera, es cierto, pero no era hermosa. La apariencia no necesariamente importaba si uno tenía una herencia. Una chica con una fortuna siempre podía garantizarse un marido, fuera fea o bonita. Si le agradaba ese marido era otra cuestión.

Susan se acercó al espejo de cuerpo entero que estaba en la esquina, siempre un recordatorio de que no había heredado la belleza de su madre, sólo su altura y gran busto. La primera Sra. King había sido impresionante a la vista: cabellos dorados ondulantes y ojos azules claros para realzar una figura alta y esbelta.

Susan tenía veintitrés años y cabello castaño claro y ojos azul verdosos. Era como si, al ser creada, nadie pudiera decidir qué debía tener, así que le dieron todo. Cabello que se aclaraba en verano, pero no lo suficiente como para ser clasificado como rubio, y se oscurecía en invierno, aunque no lo suficiente como para ser un castaño interesante. Sus labios eran un poco demasiado llenos, y su nariz no tenía la forma aquilina que prefería la aristocracia. En general, apenas podía ser clasificada como bonita, atrayendo muy a menudo la etiqueta de "sin rasgos distintivos", o el aún más condenatorio cumplido de ser "agradable". Además, había sido cruelmente llamada "Plain Jane" (Juana la Simple) por su madrastra, lo que significaba que su confianza sobre su apariencia estaba tan baja como podía estarlo.

Era de naturaleza tranquila, en parte forzada por el hecho de que cada vez que hablaba, su madrastra la contradecía. Era más fácil permanecer en silencio que enfrentar constantes menosprecios. Ahora, después de años de ser suprimida, a veces se preguntaba quién era la verdadera Susan King, porque apenas podía recordarse a sí misma.

El Sr. King consentía a su hija, pero sólo cuando estaban solos. Se había vuelto a casar por la apariencia, no por la personalidad, y ahora que el aspecto de su segunda esposa se había desvanecido, había poco más que la recomendara. Era un hombre maleable que se inclinaba a los deseos de su elegida, incluso si eran en detrimento de su hija. Encontraba que hacía su vida más fácil, y podía aliviar su conciencia complaciendo a su hija cuando estaban solos.

Sintiendo el confinamiento de su situación en casa, a la que se sumaba la aprensión del conflicto diario, ahora aumentada por la certeza de que la estaban siguiendo, Susan anhelaba alivio. Tomando una decisión, agarró un sombrero de paja del estante de su armario y bajó las escaleras de los sirvientes hacia las cocinas.

Era una ruta que había usado a menudo, tanto en su casa de Londres como en la casa de campo en Warwickshire. Era su forma de escapar de los ojos vigilantes de su madrastra. El personal sabía muy bien cómo la Sra. King trataba a su hijastra y, sin hacerse notar, hacían todo lo posible para apoyar y mimar a la joven amable.

Al entrar en la cocina, fue recibida por la Cocinera. "Ahora bien, señorita, ¿qué está haciendo aquí? Pensé que estaba eligiendo vestidos para deslumbrar a todos esos caballeros."

Haciendo una mueca, Susan tomó un bizcocho de mantequilla, siempre disponible en la cocina. "Mi madre quería escotes profundos y colores que me hicieran parecer una especie de heroína gótica enfermiza," dijo, sentándose en un taburete. "Tuve que escapar."

La Cocinera chasqueó la lengua en desaprobación, pero no dijo nada. Despotricaría con el ama de llaves más tarde, pero era mejor guardar su opinión por ahora. "¿Y qué ayuda tiene escaparse aquí y comer galletas? Se pondrá como yo y sus días de baile habrán terminado. Debería tomarme como advertencia."

Susan sonrió. "No debería hacer galletas que sepan tan bien; entonces no comería tantas. De hecho, voy a dar un paseo por el jardín después de terminar esto."

"¿No va a Hyde Park?"

"No." Susan frunció el ceño. "Creo que sólo me quedaré dentro de nuestros terrenos por hoy." Se sentía incapaz de aparentar confianza si veía al Sr. Malone, después de la reprimenda que le había dado su madrastra. Necesitaba un poco de tiempo para recuperar su equilibrio, algo que tenía que hacer casi todos los días.

"Tendré un poco de helado para usted cuando termine su paseo," prometió la Cocinera.

"Mm, hace helado casi tan bien como hace galletas." Susan sonrió, levantándose del taburete.

Poniéndose el sombrero, salió de la cocina, y después de pasar por el fregadero y la despensa, emergió en el pequeño jardín de la cocina. Una puerta en la pared llevaba a la parte formal de los terrenos, que no era enorme en comparación con los encontrados en las propiedades de campo, pero lo suficientemente grande como para un paseo razonable si no le importaba doblar sobre algunos de los caminos.

Susan decidió recoger algunas flores de los desbordantes lechos para alegrar su alcoba. Al escuchar un crujido detrás de ella, se detuvo. Se giró lentamente, soltando un suspiro de alivio al no ver nada. Claramente estaba sola.

Maldiciéndose por escuchar amenazas que no existían, continuó con su tarea. Sus pensamientos se dirigieron al Lord Longdon, quien ya habría recibido su carta. Había sido una locura escribirle; había estado desesperada por ayuda y él era la única persona a la que podía pedir consejo, pero sabía que sus sentimientos internos también la habían impulsado. Había estado enamorada de él durante años, antes incluso de que se fuera a luchar con Wellington en la Guerra Peninsular. Pensó que regresaría después de que Napoleón fuera derrotado, pero no, había ido a América a luchar y luego había seguido a Wellington a Francia.

Había notado una diferencia en él cuando finalmente terminó la lucha. No era sorprendente realmente; había estado luchando durante años; uno no podía no estar afectado por eso, pero sus sentimientos no habían cambiado. Ni un poco. Una lástima que apenas pareciera notarla, excepto como la mejor amiga de su hermana.

Estaba destinada a admirarlo desde lejos, y aunque nunca esperó casarse realmente con él, siempre había habido una chispa de esperanza mientras ambos seguían solteros. Ahora, gracias a su madrastra, incluso eso estaba a punto de extinguirse permanentemente. Porque había algo seguro sobre la segunda Sra. King: una vez que ella había decidido que algo debía suceder, ocurría en un tiempo sorprendentemente corto. Había decidido que Susan debía casarse, y sin duda eso sucedería, quisiera Susan o no.

Suspirando, se volvió y se detuvo caminando repentinamente, su boca se abrió en un silencioso 'o'.

"Si no haces ruido no te lastimaré", dijo el Sr. Malone, apuntando una pistola en su dirección.

Susan vaciló, mirando el arma apuntándola. Su corazón latía ruidosamente y su respiración era superficial. Temiendo desmayarse ante la vista de la plata brillante apuntándole, respiró profundamente para calmarse. Entrar en pánico no le ayudaría, así que no había sentido en gastar su energía en ello.

"Puedo darle dinero, pero no tengo nada encima en este momento", dijo Susan, sorprendida de que su voz, aunque temblorosa, fuera clara.

"No quiero las monedas que me arrojarías", dijo con desdén. "Eres tú a quien vengo a buscar. Vienes conmigo".

"¿Qué? ¡No!" Susan quería correr, pero podía ver que el arma estaba cargada. "Puedo darle más de lo que hice la última vez".

"Sí, puedes, pero no de la manera que piensas", respondió Albert Malone. "Deja de intentar retrasarme. Ven conmigo, o tu padre estará de luto por la pérdida de su única hija".

Susan vaciló. Estaba aterrorizada, pero la extrañeza de la situación la golpeó con fuerza.

"Está intentando secuestrarme, pero si me dispara, no serviré para nada", dijo Susan con fuerza, sacando fuerzas de no sabía dónde. "No voy a ir con usted".

El estallido del disparo asustó a los pájaros en el jardín; hubo graznidos de queja mientras las criaturas alborotadas volaban.

Susan cayó hacia atrás al suelo duro con tanta fuerza que le quitó el aliento. Jadeó, luchando por inhalar. Aparecieron puntos negros alrededor de los bordes de sus ojos, y su visión comenzó a desvanecerse. Podía sentir que la manejaban bruscamente y escuchaba maldiciones. Lo último que vio fue el rostro áspero y sucio de Albert Malone.

Capítulo 2

Miles volvió a leer la carta, sintiendo cómo se le revolvía el estómago. La señorita King no era el tipo de joven que creara melodramas teatrales; de hecho, era una mujer sensata. Una que atraería el título de estudiosa y agradable, en lugar de un comentario sobre la belleza de sus rasgos. No era llamativamente atractiva, pero Miles siempre había pensado que tenía algo que la hacía un poco diferente de las típicas jovencitas afectadas que uno tenía la desgracia de conocer.

Se puso de pie, caminó hacia la cuerda de la campanilla y tiró de ella, esperando impacientemente la entrada casi inmediata de su mayordomo.

Cuando se abrió la puerta, se volvió para enfrentar a su miembro del personal. "Hoy me voy a Londres. Iré montando adelante, pero envía instrucciones a Ashurst de que tiene que seguirme a toda velocidad".

"Sí, milord".

Miles frunció el ceño mientras releía la carta una vez más. Solo habría una razón por la que Albert estaría apuntando a la mejor amiga de su hermana, y esa sería por su fortuna. La única manera en que tendría éxito sería comprometiendo a la muchacha. Se le heló la sangre al pensar que alguien podría resultar herido porque no se había asegurado de que Albert desapareciera la última vez que cruzaron sus caminos.

Recordando cuando había visto por última vez a Albert, frunció el ceño. Miles lo había golpeado brutalmente por estar involucrado en un plan para que su propia hermana fuera secuestrada por un sinvergüenza a quien Albert había presentado en su círculo. Miles lo había amenazado con algo peor que la paliza que había recibido si se atrevía a entrar en la sociedad educada e intentar el mismo truco con alguna otra familia desprevenida. Miles había difundido la palabra a través de su red de hombres militares de que Albert ya no podía ser confiado. Aseguró que el hombre no recibiría una bienvenida en ninguna sociedad respetable. Era una lástima, porque Albert había sido un buen oficial de caballería cuando importaba, pero un oficial decente nunca traicionaba a sus compañeros hombres, y Albert lo había hecho de manera espectacular.

Maldiciendo, Miles pasó una mano por su cabello; debería haber verificado que Albert había dejado Londres. Había supuesto que lo haría. Debería haberlo sabido mejor. Ahora, si las palabras de la señorita King eran ciertas, Albert estaba desesperado, y fue en parte la reacción de Miles hacia él lo que lo había causado. Eso hacía que Albert fuera menos probable que estuviera constreñido por ética o moral, lo que hacía a la víctima aún más vulnerable.

Miles salió de su estudio, subiendo las escaleras de dos en dos. Albert había estado en su regimiento de caballería cuando habían luchado en el extranjero en la Guerra Peninsular y en Waterloo. Era un buen hombre de caballería, un asesino frío, un soldado que se había ofrecido voluntariamente y había liderado algunas de las "esperanzas perdidas" para obtener promociones. Como esas mismas "esperanzas perdidas" generalmente tenían pocas posibilidades de éxito, los hombres que se ofrecían eran endurecidos o desesperados por la promoción y la recompensa si sobrevivían. Solo los hombres sin nada que perder se ofrecían como voluntarios para esas misiones. Albert siempre había regresado. Era un asesino letalmente efectivo, y estaba apuntando a una joven inocente. Miles tenía que llegar hasta ella. Rápido.

*

Al llegar a Londres temprano esa noche, Miles se detuvo en su casa de la ciudad en Curzon Street para cambiarse antes de dirigirse a casa de los Kings. Según la información de la carta, tendría que proceder con cuidado para averiguar de la señorita King cuáles eran las últimas noticias.

Uno de los mayordomos principales lo ayudó a vestirse con algunas de las prendas que guardaba en Curzon Street. Su ayuda personal no llegaría hasta el día siguiente como muy temprano. Miles eligió ropa de noche, por si acaso tuviera que correr por Londres para encontrar el baile o la soirée a la que los Kings asistían esa noche. Acomodó su levita con un último tirón, asintió al mayordomo y bajó apresuradamente las escaleras, impaciente por partir.

Al pisar el mármol del vestíbulo, se dirigió a otro mayordomo. "Si mi madre llegara a casa con sus amigas antes que yo, avísele que he llegado de Barrowfoot House, pero que no regresaré hasta tarde esta noche. La veré en el desayuno o el almuerzo mañana".

Que su madre estuviera fuera era una bendición; ella lo habría retrasado con mil preguntas y luego habría chismeado sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad. Mejor enfrentarla al día siguiente cuando hubiera ideado una razón más factible para viajar a Londres con tanta rapidez. Estaría más relajado cuando supiera que Susan estaba a salvo.

Los Kings vivían a solo diez puertas de su propia casa, algo de lo que su hermana Edith y Susan habían aprovechado al máximo durante su estancia en Londres. Era bastante habitual ver a una u otra ir y venir entre las dos casas sin necesidad de chaperón. Nadie levantaría una ceja al verlas corriendo a tan corta distancia.

Parecía que la luz brillaba desde cada ventana de la morada de los Kings. Con creciente temor, Miles golpeó la puerta y esperó.

Un sirviente nervioso abrió la puerta. "Lo siento, señor, la familia no está recibiendo visitas en este momento".

"Necesito hablar con la señorita King. Si le dice que ha llegado Lord Longdon, estoy seguro de que me recibirá", respondió Miles.

El sirviente palideció.

"¿Qué ha pasado? ¿Llego demasiado tarde?" exigió Miles.

"Yo... la familia... la señorita King..." fue la respuesta, tartamudeando.

"¡Por el amor de Dios, déjame pasar, hombre!" dijo Miles, pasando la entrada de la casa. "Llévame con la señorita King o su padre".

"Sí, milord".

Miles fue llevado al estudio del Sr. King. Apenas esperó a ser anunciado, entró en la habitación tan pronto como se escuchó el cumplimiento reacio del caballero dentro del estudio.

"Mi lord, por favor, discúlpenos. No estamos bien esta noche", dijo el Sr. King, poniéndose de pie para saludar a su invitado inesperado.

"Imagino. Perdone mi brusquedad, pero ¿dónde está su hija?" No había tiempo para las sutilezas de la etiqueta.

El Sr. King se sentó pesadamente en su silla. "¿Ha escuchado algo? Si es así, es peor de lo que pensábamos".

La Sra. King había estado sentada cuando Miles entró en el estudio. Le había asentido a Miles, pero no le había ofrecido ningún saludo. Ante la reacción del Sr. King, ella se volvió hacia su esposo. "Claro que va a salir. La niña se ha arruinado a sí misma y a nosotros en el proceso. ¿Cómo se supone que Stuart va a poder asistir a una buena universidad con su vergüenza alimentando las columnas de chismes durante no sé cuánto tiempo?" espetó.

"Por favor", suplicó el Sr. King, con la cabeza entre las manos. "No ahora, querida".

"Si puedo interrumpir", dijo Miles, acercándose al Sr. King e ignorando el estallido de la Sra. King. "¿Dónde está su hija?"

El Sr. King pareció envejecer ante los ojos de Miles. "Se ha ido. No sabemos dónde, ni siquiera si está viva o muerta".

Miles se quedó quieto. "¿Qué quiere decir? Cuénteme todo lo que sabe". Su tono no admitía argumentos; estaba a cargo de inmediato. Internamente, intentaba reprimir una oleada inesperada de pánico.

"Ella estaba en el jardín esta mañana. Los sirvientes oyeron un ruido fuerte pero inicialmente no le dieron importancia. Fue solo cuando una de las criadas fue a buscar a mi hija por solicitud de mi esposa que se encontraron las pruebas," dijo el Sr. King con voz apagada.

“¿Y cuál fue la evidencia?” preguntó Miles entre dientes apretados. Se estaba perdiendo un tiempo precioso. Podría haber sacudido al Sr. King de frustración, pero mantuvo la paciencia.

"Había un ramo de flores abandonado. Mi hija a menudo las recogía para su habitación, o para mi estudio", dijo el Sr. King, sonriendo antes de vacilar, su color aún más pálido. "Y había una mancha de sangre en el suelo. Ahora creen que lo que escucharon fue un disparo", dijo con dificultad.

"Señor, su hija me escribió una carta, que recibí hoy. Expresó cierta preocupación sobre un caballero que todos conocemos, Albert Malone. Lo conozco más específicamente porque sirvió conmigo como uno de mis soldados de caballería. Logré frustrar un plan que él tenía la intención de llevar a cabo contra mi propia hermana, y presumí que había dejado el país. Parece que su hija lo ha visto merodeando por esta dirección en los últimos días, y parecía estar en apuros", explicó rápidamente Miles.

"Ella nunca mencionó nada de esto", dijo el Sr. King.

"Probablemente no quería causar preocupación o alarma innecesaria", dijo Miles en defensa de Susan, sin revelar lo que ella había confesado sobre su familia en su carta. Aunque en su mente eran mucho peores de lo que Susan había descrito. "Presumo que algo ha sucedido involucrando a Malone. No creo que las dos situaciones sean una coincidencia".

"Ella podría haberse fugado con él", dijo la Sra. King.

"¿Por qué haría eso?" Por una vez, el Sr. King le dijo a su esposa. "Si ella quisiera casarse con alguien, sabía cuánto le darías la bienvenida a la noticia. No habría necesidad de que se fugara con nadie. Habrías aceptado a cualquiera que ella eligiera".

"Ella tiene veintitrés años, más allá de la edad de casarse. Tal vez logró persuadir a algún tonto para que la aceptara", replicó la Sra. King.

"No se ha fugado. Esa es una sugerencia sin sentido", dijo Miles, con poca consideración por cómo serían recibidas sus palabras. "No habría signos de lucha si lo hubiera hecho. ¿Qué han hecho para recuperarla, señor? No necesito señalar que el tiempo apremia". Estaba ardiendo de ira hacia una mujer que debería haberse preocupado por su hijastra. No es que Susan fuera una chica desagradable, era todo lo agradable y cálido. Una lástima que su familia no pareciera darse cuenta de su valor pensó Miles enojado.

"He instruido a los corredores de Bow Street para que la busquen. Están buscando en la ciudad, pero hay dos en camino a Gretna Green, en caso de que la hayan llevado allí", dijo el Sr. King.

"Bien. Haré mi propia búsqueda, si está de acuerdo con usted. Conozco hombres que podrían saber más sobre los movimientos de Malone en la ciudad, y tal vez podamos descubrir si su amigo ha regresado. Sabemos que su cómplice dejó las costas para el Continente", explicó Miles. Charles Sage apenas estaba consciente cuando lo llevaron a bordo del barco que había

contratado para fugarse con la hermana de Miles, Edith. Su futuro esposo le había dado una paliza que difícilmente olvidaría.

"Aceptaré con gusto cualquier ayuda que puedas darme, mi lord", dijo el Sr. King.

"Parece que las acciones de su familia han causado la desaparición de mi hijastra", dijo la Sra. King, indignada.

"Y parece que su comportamiento impidió que la señorita King buscara ayuda de las personas que deberían haberla protegido más", respondió Miles.

"¡Cómo se atreve!" la Sra. King balbuceó.

"Me atrevo porque una joven está, Dios sabe dónde, con un hombre decidido a ganar su fortuna de cualquier manera posible", dijo Miles. "Ella está herida, no sabemos en qué medida, y a usted, señora, no podría importarle menos su bienestar".

El Sr. King soltó un sollozo y Miles salió de la habitación. Culpa a ambos padres por su negligencia hacia Susan. Si hubiera podido recurrir a ellos, habría estado mejor protegida desde el momento en que notó a Albert Malone. Sin embargo, sus padres no eran completamente responsables; parte de la situación se debía a su propia locura. Debería haber comprobado para asegurarse de que Albert había dejado Londres cuando Edith estaba amenazada.

Dejando la casa, se dirigió hacia Hyde Park. Era hora de visitar sus antiguos cuarteles.

*

Entrar en los cuarteles de Hyde Park siempre era como volver a casa para Miles. Algunos de los hombres alojados allí eran como hermanos para él, todos habiendo compartido experiencias comunes que los unían de una manera que la población en general no entendería ni podría entender.

En el comedor de oficiales, se sintió aliviado al encontrar a dos de sus amigos más confiables. Ambos eran capitanes como él, y todos habían servido en los tres principales conflictos terrestres en los que Gran Bretaña había estado involucrada en los últimos años.

"¡Jones! ¡Dunn! ¡Qué alegría verlos a ambos!" Miles se acercó a la pareja, que estaba sentada con las botas apoyadas en una mesa baja, disfrutando cada uno de un vaso de licor ámbar.

"¿Qué pasa, Longdon?" preguntó Jones con desgana, dando una larga calada a uno de los cigarros que todos disfrutaban fumar desde su regreso de la Península.

"¿Han visto u oído algo de Malone? ¿O sobre él?" preguntó Miles, apoyándose en una de las sillas vacías. No era momento de sentarse y charlar.

"No desde que le diste una buena paliza y nos contaste lo que el bribón intentó hacer", respondió Dunn. "¿Sigue merodeando? Pensé que se escondería por un tiempo."

"Así lo pensé. Le dije claramente que lo hiciera", dijo Miles. "Desafortunadamente, parece que el perro ha secuestrado a la amiga de mi hermana. Existe la posibilidad de una herida de bala, ya que hay una mancha de sangre donde se supo que ella estaba. No sabemos qué tan grave podría estar herida, así que es importante que lo encuentre a él, o cualquier cosa que pueda saber sobre él y dónde podría haberla llevado."

"¡Por Dios! ¡Eso es totalmente inaceptable!" exclamó Jones, enderezándose. "Eso no es algo aceptable. ¿Dispararle a jóvenes? ¡Buen Dios, qué será lo próximo?"

Miles tuvo que contener una sonrisa. Jones y Dunn eran ambos hijos menores, al igual que él cuando se unió a la caballería. La muerte repentina de su padre y luego, en los siguientes dos años, de sus dos hermanos mayores, habían llevado a Miles inesperadamente a la posición de cabeza de la familia, con todas sus responsabilidades. Solo después de Waterloo había

renunciado a su comisión, pero sus amigos seguían siendo parte integral de la caballería.

Los tres habían pasado por todo tipo de apuros juntos, y el vínculo seguía firme ahora que la lucha había terminado. Miles tenía el cabello oscuro, pero Dunn y Jones eran rubios. Solía llamarlos sus ángeles protectores, ya que ambos tenían rostros casi angelicales, aunque el de Dunn ahora llevaba la cicatriz de una bayoneta mal dirigida. Jones generalmente mostraba poco interés en las situaciones de los demás, más inclinado a hacer un comentario ingenioso que a ofenderse. Su agitación por la desaparición de Susan probablemente reflejaba apenas una ligera muestra de la ira que sentía.

"Ellos tenían la intención de llevar a mi hermana a Escocia en barco, así que me dirijo al puerto para ver si puedo averiguar algo allí. Los Bow Street Runners están viajando por la North Road hacia Gretna, así que ese lado está cubierto. ¿Podrían intentar averiguar lo que puedan de los amigos de Albert?" preguntó Miles.

Jones se puso de pie rápidamente. "Por supuesto."

"Yo iré contigo, Longdon", dijo Dunn. "Tienes mucho terreno que cubrir por tu cuenta."

"Gracias. ¿Nos reunimos aquí de nuevo en dos horas?" preguntó Miles.

Los dos hombres asintieron, y cada uno se fue a realizar sus tareas. Miles estaba aliviado de tener su apoyo. Había mucho que hacer, y cada momento contaba. Solo esperaba que Susan tuviera la fortaleza para enfrentar lo que fuera antes de que la rescataran. Porque estaba decidido a rescatarla.

Capítulo 3

Albert caminaba de un lado a otro en el camarote. "¿No hay señales de mejoría?" espetó.

Charles Sage se apartó del lado de la cama. "No. Sigue con fiebre. No entiendo por qué le disparaste, idiota. Ella es nuestro boleto hacia la comodidad. ¡Si muere, estaremos perdidos y huyendo del verdugo el resto de nuestras vidas!"

"Nadie relacionará su desaparición con nosotros", dijo Albert, finalmente dejando de caminar por el pequeño espacio y sentándose en una silla de madera junto a una mesa.

"¿Ah, no lo harán?" Charles espetó con desdén. "¿No crees que ese capitán amigo tuyo vinculará el intento fallido de secuestrar a su hermana con la desaparición de su amiga? Me pregunto por tu inteligencia si no crees que pronto estará sobre nuestras cabezas."

Albert se pasó la mano por el cabello. "Él está fuera de la ciudad. Todo habrá terminado para cuando se entere. El acto estará hecho."

"Espero que tengas razón, porque estamos sin opciones si no es así."

"Podríamos simplemente enviar un mensaje de secuestro, pidiendo un rescate por su liberación. Eso terminaría esto más rápido, y no tendríamos que seguir jugando a ser enfermeros", dijo Albert, animándose un poco con su idea.

"No. Queremos acceso a todo su ingreso. Cinco mil al año nos vendrán de maravilla. ¿Por qué conformarnos con menos?" respondió Charles. "Y ayudará a compensar estar atrapados en este maldito barco durante las semanas que hemos tenido que escondernos."

El bergantín era un barco pequeño para su clase. Dirigido por un capitán y tripulación que no hacían preguntas sobre la carga, muerta o viva, que transportaban. Albert y Charles habían pagado una suma considerable para ocupar lo que normalmente sería el camarote del capitán. Era una habitación grande, pero escasamente amueblada, solo una mesa, sillas, una cama que también se usaba como asiento largo durante el día, ya que no había suficiente espacio para ambos, un armario y un lavamanos detrás de una pantalla.

Albert y Charles dormían en el camarote contiguo al del capitán para estar cerca por si su cautiva despertaba, y para asegurarse de que nadie más tuviera acceso a su carga. No se hacían ilusiones de que una mujer inocente no sería una tentación para la mayoría de los marineros depravados a bordo. Esto significaba que los dos hombres nunca estaban completamente relajados, y sus nervios comenzaban a desgastarse por la constante tensión bajo la que estaban.

Albert se acercó a donde Susan yacía inconsciente y con fiebre en la cama. "Prefiero que seas tú en lugar de mí quien se case con esta. No sé si podría despertarme con ella todas las mañanas por el resto de mis días."

"Es bueno que no tengas que hacerlo entonces", dijo Charles. "Su herencia es lo suficientemente abundante como para ayudarme a soportar la mayoría de las cosas."

"No olvides mi parte."

"No lo haré. Vivirás en lujo con nosotros y tendrás una buena asignación", le aseguró Charles. "Estamos juntos en esto. No lo he olvidado."

"Mientras tú sí lo recuerdes", murmuró Albert. "Voy a la cubierta. Nunca soporté estar en la enfermería." Se dirigió hacia la puerta y la abrió. "¡Billy! ¡Ven a hacer de enfermero!"

Un joven entró en la habitación y se acercó de inmediato a la cama. Estaba vestido con el uniforme de marinero, pero la ropa parecía haber pertenecido a un marinero más grande antes de ser entregada al niño. Tenía el pelo oscuro y la piel ya curtida, pero tenía un rostro amable y se

acercó a Susan con preocupación en su expresión. Mirando a Susan y sintiendo su frente, hizo un chasquido con la lengua. "¿No la has estado enfriando?", preguntó.

“No, ese es tu trabajo,” dijo Albert mientras entraba por la puerta.

“Confío en ti para mantenerla viva,” dijo Charles al joven. “Tenemos unos días antes de llegar a Escocia. Espero que para entonces esté bien.”

“Aunque se le baje la fiebre, no podrá ir a ninguna parte por un tiempo. Le tomará un tiempo recuperarse,” señaló Billy.

“Entonces la llevaré cargando.” Charles salió de la cabina para seguir a su amigo.

Billy se ocupó trayendo agua fresca y limpiando la frente y las mejillas calientes de Susan con una esponja. “Será mejor para usted si no despierta, señorita,” dijo en voz baja. “Pero no me atrevo a arriesgarme a que me descubran si la descuido. Vale más que mi vida, pero lo que le espera no se lo desearía a nadie, especialmente a una joven como usted. Es mejor que siga dormida.”

*

Albert y Charles revisaban a Susan regularmente, pero nunca parecían mostrar ninguna inclinación a quedarse con ella por más de unos pocos minutos. Billy tenía el cuidado exclusivo de ella, y aunque su conocimiento era limitado, trataba de mantenerla cómoda. Podía ver que estaba mejorando, pero su simpatía por lo que ella sufriría al despertar lo mantenía reportando que no había cambio en su condición. Era un riesgo para él si lo descubrían, pero no podía hacer mucho para ayudarla, así que hacía lo poco que podía.

Mientras la vigilaba en su segundo día, Susan gimió. Billy se apresuró a su lado. “Shh, señorita. No querrá hacer ningún ruido fuerte.”

Susan frunció el ceño. No había escuchado esa voz antes. Se sentía muy extraña. Se estaba moviendo, pero no podía decir cómo. Tal vez estaba en un carruaje, pero no podía escuchar el sonido de los cascos de los caballos ni el traqueteo de las ruedas. Había pocos sonidos en los que concentrarse, aparte de un crujido inusual que no podía identificar. Trató de moverse, pero un dolor recorrió su brazo y volvió a gemir.

“Oh, por favor, manténgase en silencio,” escuchó decir a una voz suplicante.

Sonaba asustada, y ella respondió a eso. No quería molestar a quienquiera que estuviera con ella. Parecía joven, y no quería angustiarlo más. Luchó por abrir los ojos, pero pasó un tiempo antes de que sus parpadeos lentos y laboriosos despejaran su visión lo suficiente como para poder ver.

Un niño pálido y preocupado miraba sus ojos. Tenía solo unos quince años, era delgado y desaliñado, pero sus ojos no mostraban nada más que preocupación. “Si escuchan que está despierta, la arrastrarán a tierra,” susurró urgentemente. “Necesita fingir que sigue dormida, especialmente si alguien entra en el camarote.”

Susan asintió en señal de comprensión, aunque se sentía completamente confundida. ¿A tierra? ¿Qué podría significar? Trató de rememorar sus últimos recuerdos, antes de que la oscuridad se instalara, pero no pudo. Era una lucha mantener los ojos abiertos, y cuando pensar se volvió demasiado, dejó que sus párpados se cerraran y permitió que la oscuridad la envolviera una vez más.

Billy dejó salir el aliento que había estado conteniendo cuando vio a Susan caer de nuevo en la inconsciencia. Había estado aterrorizado de que ella gritara, pensando que él era su enemigo, lo que habría resultado en que sus verdaderos enemigos se alertaran de su recuperación.

Recostándose en la silla en la que estaba sentado, se limpió las manos en sus pantalones, deshaciéndose del sudor que se había desarrollado por su pánico. Había muy poco que podía hacer, pero intentaría protegerla a su manera. Nunca había visto a una dama tan fina; su ropa estaba hecha de materiales de la más alta calidad, pero habían sido despiadadamente rasgadas para revelar la herida de bala en su hombro. Su cabello era suave, y aunque había sido atado en rizos con tirabuzones cayendo alrededor de su rostro, ahora estaba esparcido en desorden sobre su almohada.

El estómago de Billy se hundió. Ahora que ella estaba recuperando la consciencia, era solo cuestión de tiempo antes de que enfrentara un peligro del cual nadie podría salvarla.

*

Estaba oscuro la siguiente vez que Susan se movió. Su cabeza latía dolorosamente y quería beber algo. "Agua," croó, sin saber si había alguien cerca.

"Shh," dijo la misma voz de antes. "Déjeme levantarla, y puede beber esto, pero sorba despacio, señorita."

Susan hizo lo que le indicaron, agradecida de que un poco de líquido fresco tocara sus labios agrietados. Después de muy poco tiempo, el agua le fue retirada y la acostaron suavemente.

"Por favor, manténgase en silencio," urgió el joven.

"Lo haré," dijo Susan con dificultad. "¿Dónde estoy?"

"Estás en el *Dolphin*, rumbo a Escocia. Está herida, y es mejor que nadie sepa que ha despertado. Llegaremos al puerto mañana. Cuanto más pueda fingir estar dormida, mejor para usted," dijo en voz baja, con la boca cerca del oído de Susan.

"¿Por qué?" susurró Susan, frunciendo el ceño. "No puedo recordar por qué estoy a bordo de un barco. Sé que es muy estúpido de mi parte, pues debería saberlo, pero no parece que pueda recordar."

Billy tragó saliva. Si le contaba, ella podría volverse histérica, pero si permanecía en silencio, ella podría no percibir el peligro en el que se encontraba. "Si le cuento todo, ¿promete mantenerse en silencio? Es muy importante."

Susan asintió. "¿Quién eres?"

"Billy, señorita. Soy el grumete del capitán, y cuido a cualquiera que esté enfermo a bordo, además de mantener limpias las dependencias del capitán."

"Hola, Billy," dijo Susan cortésmente.

"Hola, señorita," respondió Billy. "Lamento molestarla, pero fue secuestrada por el Sr. Malone y el Sr. Sage."

Pasaron uno o dos segundos antes de que Susan respondiera. "Lo recuerdo. Sí. El Sr. Malone. Me estaba siguiendo. Estaba en el jardín de mi casa."

"No sé sobre eso," dijo Billy. "Solo sé que hubo un gran alboroto cuando subió a bordo. Le dispararon, ¿sabe?"

"Oh. ¿Me dispararon?" preguntó Susan, pero Billy no estaba seguro de que realmente estuviera entendiendo sus palabras. "Eso no es bueno. ¿Voy a morir?"

"No lo creo, señorita," dijo Billy con una leve sonrisa en su voz. Nunca había hablado con una dama tan fina antes, pero esta le caía bien. "Es su hombro. Dicen que la bala atravesó directamente, pero desarrolló fiebre."

"Ah. Ya veo," respondió Susan con voz espesa. "Me alegra que me estés cuidando, Billy. Me gustaría dormir ahora, si no te importa. Me siento muy cansada."

"Solo recuerde, cuando despierte, no haga ningún ruido," le recordó Billy. No estaba realmente convencido de que ella lo hubiera escuchado mientras se deslizaba de nuevo hacia la oscuridad.

Acomodándose en el suelo, bajo una manta, pensó que ella tendría una noche de sueño tranquila. La fiebre parecía haber cedido, lo cual era un alivio en cierta medida. Aunque estaba preocupado por que ella fuera descubierta despierta, no deseaba ningún daño para ella. Ella le había hablado con mucha amabilidad. Más amabilidad que nadie en cuanto él podía recordar.

*

Albert entró en el camarote. “¡Esto es ridículo! ¿No podemos verter una jarra de agua sobre ella y despertarla?” demandó a Charles y Billy.

“No, señor,” dijo Billy. “Ella no está solo durmiendo; es más profundo que eso. Es por la fiebre. Estoy seguro de que se recuperará pronto, pero lleva tiempo con las mujeres.”

“Desaparece, muchacho,” gruñó Albert a Billy.

“Sí, señor.” Billy le dio una última mirada preocupada a Susan antes de salir de la habitación.

“¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos anclados en la costa para siempre, y cada momento que pasa es un momento en que corremos el riesgo de ser descubiertos,” dijo Albert a Charles.

“Necesitas relajarte. Es cierto, los signos de la lucha en el jardín hacen más probable que estén buscando a un secuestrador,” dijo Charles. “Pero incluso si sospechan una fuga hacia la frontera, ya sea en contra de su voluntad o no, irán rumbo a Gretna, y estamos en la costa opuesta. Ella estará casada antes de que se den cuenta de su error. Nadie descubrirá nuestros planes. El único hombre que podría sospechar lo que estamos haciendo vive lejos de Londres. Todo está bajo control.”

“Más te vale tener razón. No quiero que me cuelguen por esto,” murmuró Albert.

“No te preocupes. Esta vez se han cubierto todas las eventualidades,” dijo Charles, cruzando hacia Susan. Levantó el brazo que no estaba herido y lo soltó. Cayó pesadamente sobre la cama; Susan no se movió. “Nada. El muchacho está diciendo la verdad. Las mujeres son cosas débiles en el mejor de los casos. Me acostumbraría a la idea de estar aquí unos días más.”

Albert parecía dispuesto a decir algo, pero cuando Billy llamó a la puerta, permaneció en silencio.

Entrando con una jarra de agua fresca, Billy se ocupó de sus asuntos, sin hacer contacto visual con ninguno de los hombres. Ellos lo asustaban, pero estaba acostumbrado a hombres crueles solo por el gusto de serlo. Había estado en este barco durante varios años y había sufrido mucho abuso como resultado. El tipo de marineros que podían hacer la vista gorda ante el secuestro de una joven no eran del tipo que mostraba compasión por algo más débil que ellos mismos. Billy había descubierto que disfrutaban atormentando y castigando a un joven.

No pasó mucho tiempo antes de que Albert y Charles abandonaran la habitación con la instrucción de que, si ella despertaba, Billy debía informarles de inmediato. Billy asintió con su consentimiento. Esperó hasta que pasaron unos minutos antes de acercarse a Susan.

“¿Señorita?” susurró.

“Sí, estoy despierta,” respondió Susan en voz baja.

“Es seguro por el momento. ¿Le gustaría beber algo?”

“Sí, por favor,” respondió Susan, abriendo los ojos. Estaba más alerta esta vez y miró alrededor de la cabina mientras Billy sacaba una taza de la mesa.

Levantando a Susan suavemente, la sostuvo mientras ella bebía. Lo hizo con sed. “Gracias,” murmuró cuando la taza estuvo vacía.

“Traje un poco de pan y mermelada. Fue todo lo que pude envolver en mi bolsillo.” Sacó un pequeño paquete, envuelto en papel encerado. “¿Cree que podría comerlo?”

“Sí. Tengo mucha hambre. Tenía miedo de que mi estómago gruñera cuando estaban en la habitación,” admitió Susan.

“Gírese de lado,” le instruyó Billy. “Quiero que pueda dejarse caer sobre su espalda si alguien entra.”

Susan se giró, cerrando los ojos cuando una ola de mareo amenazó con vencerla. Cuando pasó, aceptó con cautela el paquete y comenzó a comer.

Billy se paró cerca de la puerta, escuchando pasos fuera de la habitación mientras Susan comía tan rápido como podía. El nerviosismo del joven era contagioso, aunque ella trataba de mantenerse exteriormente tranquila.

Cuando terminó, indicó que necesitaba otra bebida, que Billy le proporcionó. Agradecida cuando Susan se recostó, él se relajó un poco.

Ella tocó con cuidado su brazo herido. “Esto duele,” susurró.

“Estoy seguro de que sí. No tengo vendajes de verdad, así que tuve que romper su enagua. Lo siento mucho,” dijo Billy. Había sido el trozo de tela más limpio al que tenía acceso.

“Está bien,” respondió Susan con una sonrisa. “Es muy bueno de tu parte protegerme de esos hombres. Estás siendo muy valiente.”

“No está bien lo que están tratando de hacer.”

“¿Qué están planeando? ¿Sabes?”

“¿Promete que no tendrá un ataque de histeria?” preguntó Billy.

Susan sonrió. “No soy del tipo de mujer histérica. Lo prometo.”

“El Sr. Sage va a casarse con usted, y van a vivir juntos en una gran casa. ¿De verdad tiene cinco mil al año?” Billy no pudo evitar el asombro en su voz.

“Sí. Desafortunadamente, sí,” respondió Susan.

“Lo dice como si no fuera algo bueno. Me encantaría tener más dinero del que pudiera gastar,” dijo Billy.

“Creo que el Sr. Sage gastará hasta el último centavo y más,” respondió Susan con tristeza.

“¿En serio? ¡Eso es mucho dinero! Nunca he conocido a nadie que tuviera tanto antes.”

“Sí. Es mucho.” Volvió al tema de su situación. “Pensé que me descubrirían cuando levantó mi brazo,” dijo Susan con un escalofrío. Había estado despierta, afortunadamente, porque podría haber gritado de sorpresa si la hubiera manejado tan bruscamente cuando estaba dormida.

“No quería dejar el camarote. pero no pude discutir contra sus instrucciones. El capitán me maldeciría y probablemente me azotaría por desobedecer órdenes. El capitán dice que los nobles le están pagando bien, así que quiere mantenerlos contentos. No estaría contento si se enojaran conmigo.”

Susan se estremeció ante sus palabras. “Billy, prométeme que no te pondrás en peligro por mi causa. No quiero que te metas en problemas por mi culpa.”

“Pero van a obligarla a casarse, y no puede querer eso, ¿verdad?”

“No. No quiero,” dijo Susan. Porque toda esperanza se perdería, reconoció interiormente. Solo había un hombre al que había amado, y ese era Miles. Que él nunca la hubiera mirado como algo más que la amiga de su hermana no alteraba sus sentimientos. Si la obligaban a casarse con

Charles Sage, sus esperanzas internas se desvanecerían para siempre. Podría saber que en realidad Miles nunca se casaría con ella, pero eso no impedía que soñara.

Volviendo a centrarse en Billy, trató de hacerle entender. “Ellos son más fuertes que nosotros, y no tenemos otros amigos en este barco. Intentaré detener la boda cuando esté en tierra, pero no tengo muchas esperanzas de poder hacerlo. Imagino que emplearán a un clérigo que no tenga problemas en casar a una novia reacia. No soy tan tonta como para arriesgar mi vida, o la tuya, tratando de escapar. No podemos hacerlo desde nuestra situación aquí, así que aceptaré mi destino por el momento.”

“Es muy valiente,” dijo Billy.

“No lo soy. Solo estoy tratando de ser práctica.” Susan parpadeó para alejar una lágrima. No se sentía nada confiada en su capacidad para mantenerse tranquila y pragmática. “Intentaré rescatarte de este barco, sin embargo, cuando me vaya. No creo que te guste la vida a bordo, ¿verdad?”

Billy se sonrojó. “No. Pensé que la vida en el mar sería buena. Pero parece que hago todo mal, así que siempre me están golpeando. El capitán a veces amenaza con tirarme por la borda porque se enoja mucho conmigo, y trato de ser bueno, de verdad lo hago, porque no sé nadar.”

“¡Oh! ¡Pobre de ti!” respondió Susan. Si las cosas llegaban al peor extremo, al menos lo mínimo que haría sería liberar de alguna manera a su joven salvador de su trabajo penoso.

Capítulo 4

Miles llegó a los cuarteles algún tiempo después de que hubieran pasado las dos horas, con Dunn a su lado. Jones ya los estaba esperando.

"¿Y bien?", preguntó Miles a su amigo.

"Parece que está en territorio peligroso. Debe dinero a casi todos con quienes ha tenido contacto, ¡y luego los evita como a la peste! Es muy mañoso; no confiaría en él ni lo más mínimo", respondió Jones.

"Está muy motivado para que su plan llegue a buen puerto, entonces", dijo Miles, con tono sombrío. "Hemos tenido algo de suerte. Está definitivamente con Sage. Han tomado un barco, el Dolphin, rumbo a Escocia. No sorprende, considerando que eso era lo que tenían previsto hacer con mi hermana. Hablar con un joven que trabaja en el barco al lado de donde estaban atracados fue provechoso. Parece que pretenden navegar hasta Burnmouth, que está justo cruzando la frontera, pero en la costa este, lejos de Gretna."

"¡El maldito canalla!", exclamó Jones. "¿Has contratado un barco?"

"No. Tengo un día de navegación por delante", dijo Miles. "Voy a montar a través del campo. Con suerte los alcanzaré antes de que sea demasiado tarde."

"Será un viaje duro", señaló Jones. "Y una pelea malditamente difícil cuando llegues allí. No van a entregarla voluntariamente."

"Estaré armado y preparado", dijo Miles.

Jones miró a Dunn y sonrió. "Parece que nos vamos de aventura. Seremos los caballeros modernos de la mesa redonda."

Dunn se rio. "Siempre te has creído un caballero con brillante armadura, Jones. Solo concéntrate en traer todo lo que puedas necesitar. Viajaremos sin tu ayuda."

"Siempre hay un inconveniente en ser galante", respondió Jones. "Es muy incómodo, pero una joven necesita ser rescatada, y no hay tres compañeros mejores en todo el país que lo hagan con el estilo y la elegancia que la que nosotros mostraremos."

"Gracias", dijo Miles. "Estaré agradecido de tener tu compañía en el viaje y tus ojos en mi espalda cuando comience la pelea."

"Será como siempre ha sido, amigo mío", dijo Dunn.

"Me niego a acampar, eso sí", dijo Jones. "Esos días definitivamente han quedado atrás para mí."

"¿Cómo te las arreglaste en la Península?", preguntó Miles, divertido.

"Con gran fortaleza, amigo mío, que el gran Wellington pudo inculcar en un compañero, incluso cuando era joven Wellesley", dijo Jones seriamente. "Pero ahora tengo estándares que me niego a comprometer. Estaremos listos para partir en una hora."

"Entonces regresaré", dijo Miles, preparándose para salir de los cuarteles. "Gracias, amigos míos."

*

Una nota apresurada a su madre fue todo lo que Miles tuvo tiempo de dejar. Habría recriminaciones, pero no podía retrasar su partida para apaciguar a una madre aferrada. Ella se había comportado de manera abominable con su hermana cuando Edith se había negado a

casarse con los hombres que su madre había elegido para ella, por lo que había pocas posibilidades de que Lady Longdon simpatizara con la situación de Susan si él fuera tan tonto como para mencionar la verdad detrás de su repentino viaje.

Envuelto en su gran abrigo, con las maletas empacadas y aseguradas a su caballo, se dirigió de regreso a los cuarteles. Con un plan de acción en mente y decidido a rescatar a Susan a toda costa, no se había sentido tan enfocado en mucho tiempo.

Sus dos amigos lo esperaban, ya montados en sus propios caballos finos. Envueltos en gruesos abrigos de lana, cada uno estaba preparado para el arduo viaje que les esperaba. Cientos de millas tendrían que ser cubiertas de la manera más rápida posible si querían ayudar a Susan.

"¿Listos?", preguntó Miles tan pronto como llegó.

"Siempre", fue la doble respuesta, y los caballos se lanzaron en acción. Su viaje había comenzado.

*

La ruta hasta la primera parada nocturna iba a ser la parte más corta del viaje. Habían salido muy tarde y no era ideal viajar de noche a las velocidades que necesitaban mantener. Estaban en poco peligro de ser atacados por ladrones, ya que los tres iban juntos y fuertemente armados, pero aunque tomaban las carreteras principales, siempre existía la posibilidad de tropezar con un bache en el camino.

En Harlow, Miles ordenó detenerse. Despertaron al posadero, pero él fue complaciente al tener tres de sus habitaciones ocupadas por hombres dispuestos a pagar por adelantado. Después de organizar un desayuno muy temprano, se separaron y cayeron en sus camas, sin molestarse en ponerse ropa de dormir.

El amanecer apenas había roto cuando Miles salió de su habitación, todavía bostezando. Hizo una mueca a Dunn, que estaba en la cima de las escaleras. "Ya no estoy acostumbrado a levantarme con el amanecer. Me quedaré dormido en mi caballo más tarde."

"Nunca pudiste mantener el ritmo. Viejo antes de tiempo," dijo Dunn, bajando las escaleras tan fresco como siempre.

Miles lo siguió, murmurando en voz baja, lo cual aumentó al entrar en la taberna y ver a Jones ya disfrutando de un tazón de avena caliente, con trozos de pan grueso y cálido a su lado.

"Pensé que tendría que despertarlos a ustedes dos," dijo Jones, rascando su tazón vacío. "La comida aquí es deliciosa. Llenen sus platos."

"Pensé que tenía un apetito saludable, pero realmente eres un estómago con patas," dijo Miles con un movimiento de cabeza, sirviéndose una taza de café. "Deberías ser del tamaño del Regente con la forma en que comes."

"Él no tiene mis aficiones," respondió Jones enigmáticamente.

"Es demasiado temprano para empezar a hablar de tus hábitos depravados," dijo Dunn con un gemido.

"No hay nada depravado en ser un acompañante popular por la ciudad."

"Con mujeres casadas," interrumpió Miles.

"Son las más seguras," dijo Jones con una sonrisa.

"Hasta que un día enfurezcas a un marido. ¿Cuántos niños han nacido con cabellos dorados cuando sus padres tienen el pelo oscuro?"

"Tsk, tsk. Nunca arriesgaría que un hijo mío fuera criado por alguno de los petimetres que nos rodean. Dame algo de crédito, amigo mío."

Sacudiendo la cabeza, Miles comenzó a comer la comida que les habían servido. Había

echado de menos la camaradería que traía estar con sus compañeros oficiales. Ser enlistado en la caballería era todo lo que siempre había querido; fue pura circunstancia lo que acabó con su sueño. Se alegraba de que las guerras hubieran terminado, pero nada le había dado nunca la sensación de estar haciendo algo valioso más que luchar por su país. Volver con sus compañeros era agridulce.

Los tres se pusieron en marcha para lo que iba a ser un día largo. Normalmente no cabalgaría a más de quince a veinticinco kilómetros en una hora, pero la caballería estaba entrenada para cabalgar más rápido, alrededor de cincuenta kilómetros por hora, o incluso más rápido cuando era necesario. Miles no creía que ese ritmo fuera necesario, pero estaba decidido a cubrir la mayor cantidad de terreno posible manteniendo un ritmo más rápido de lo normal. Cada momento contaba en este viaje.

*

Acampar en una posada a las afueras de Doncaster fue el final de un día muy largo para los jinetes. Cada uno estaba en silencio cuando entraron en sus habitaciones. El clima había sido seco, pero la suciedad del camino no se podía evitar. Cada uno había usado un pañuelo en la cara para intentar reducir la cantidad de polvo que se asentaba en su piel, pero cuando entraron en la posada, no parecían los caballeros refinados que eran.

Se usó mucha agua caliente para intentar lavar parte de la mugre antes de que los tres se reunieran en la taberna de la posada. Ninguno de ellos se molestó en alquilar un salón privado; la vida era mucho más interesante en una taberna concurrida y no iban a perder el tiempo sentados durante horas.

“No creo que mi abrigo largo vuelva a estar limpio,” se lamentó Dunn. “Me trae recuerdos de pesadilla del polvo rojo de la Península.”

“Te compraré uno nuevo,” Miles sonrió. “Siempre fuiste demasiado meticuloso con tu atuendo.”

“Uno siempre debe lucir bien, incluso cuando va a la batalla,” respondió Dunn con aire. “Era una condenada inconveniencia tratar de restaurar el uniforme a su estado prístino después de cualquier escaramuza.”

“Quieres decir que era difícil para tu asistente,” señaló Jones.

“Le pagaba bien,” dijo Dunn. “Dañaría su reputación y su orgullo que yo estuviera mal vestido.”

“Se diría que está hablando de asistir a un baile, en lugar de prepararse para una batalla,” dijo Jones a Miles.

“Supongo que le distraía de lo que teníamos que enfrentar,” respondió Miles.

Los hombres asintieron en silencio. Todos habían visto imágenes que ningún ser humano decente debería verse obligado a presenciar. Era un milagro que todos hubieran regresado. Muchos de sus amigos no lo habían hecho.

“Entonces, esta muchacha,” comenzó Jones, cambiando de tema. “¿Es una heredera?”

“Sí. Una familia decente, aunque la madrastra es una arpía,” dijo Miles. “Parece odiar a su hijastra por ninguna otra razón que su mera existencia. Edith había mencionado en el pasado lo crueles que eran con su amiga, pero admito que no lo tomé en serio. Pronto me di cuenta de mi error cuando fui a recoger la información que pude y descubrí que había sido secuestrada. La señora King fue brutal, aunque sabía que su hijastra había sido herida de alguna manera.”

“Pasa mucho. Probablemente celosa de una mujer más joven,” dijo Dunn.

“En realidad, no creo que sea eso,” dijo Miles. “Si las comparas puramente por

apariencia, la madrastra es mucho más bonita, o lo habría sido en su mejor momento. La señorita King es bastante simple, pero una chica agradable."

"Cuando uno depende de la insípida palabra 'agradable', está claro el tipo de chica a la que se refiere," Jones se rio. "¿Por qué estamos salvando a esta gárgola? Probablemente sea su mejor oportunidad de conseguir un matrimonio."

"Eres demasiado duro, Jones," dijo Miles rápidamente, defendiendo a Susan. "No todos pueden ser un diamante, o increíblemente hermosos, pero eso no significa que deban ser forzados a casarse con un sinvergüenza, o algo peor. Una vez que esté casado con ella y tenga acceso a su fortuna, quién sabe qué destino le espera a la chica. No le desearía eso a nadie, y menos a una dama."

Jones levantó las manos. "Pido disculpas. No es necesario que me comas. Claramente vale la pena salvarla o no estaría aquí."

"¿Qué pasa si llegamos demasiado tarde?" preguntó Dunn.

Miles se encogió de hombros. "Se convierte en viuda muy rápidamente."

"¿Vale la pena que te ahorquen por ella? O al menos que te deporten," preguntó Dunn.

"Tengo una cuenta pendiente con los sinvergüenzas que la han secuestrado. Deberían haber desaparecido cuando fueron frustrados al intentar secuestrar a Edith," respondió Miles, sus ojos grises oscureciéndose. "Intentar su suerte con una segunda inocente es un paso del que ninguno saldrá caminando."

"Creo que necesitas calmarte antes de que lleguemos," suavizó Jones. "Tu señorita King no merece la culpa de destruir tu familia además de la suya propia por todo esto."

"Tiene razón," dijo Dunn. "Va a haber repercusiones para ella. No añadamos a sus problemas."

"Intentaré contenerme," prometió Miles.

Jones sonrió. "El Lunático Longdon ha prometido ser sensato."

"Siempre soy sensato," dijo Miles.

"Recuerdo verte cabalgando de manera frenética, empeñado en romper la línea francesa, en más de una ocasión," dijo Dunn con ironía.

"Si tienes dudas, sorpréndelos," respondió Miles con una sonrisa. "Un ataque sorpresa aturdió a la mayoría de ellos, ni siquiera cargaron sus armas."

"No es así como lo recuerdo," replicó Dunn. "Más bien caos y carnicería."

"¿Recuerdas la cara de Wellington después de Waterloo? Había envejecido durante esa escaramuza más que en las demás combinadas," dijo Jones.

"Creo que todos lo hicimos," dijo Miles sombríamente. Las escenas que habían presenciado aún lo atormentaban mucho más de lo que admitía. Nadie quería escuchar sobre los horrores de la guerra y no podía culparlos.

"Es difícil volver a casa. Aún escucho el ruido," dijo Jones, inusualmente sobrio.

"Casi no he tenido una noche de sueño decente desde que regresé," admitió Miles por primera vez.

"La maldición de ir a la guerra, supongo," dijo Dunn. "¡Vamos! ¡Basta de esta melancolía! Tenemos una chica que rescatar y una jarra de cerveza que beber antes de acostarnos."

Miles tomó un gran trago de su cerveza. Hablar de las batallas significaría una noche de sueño aún más perturbada. Siempre era lo mismo. Caras, sonidos y sentimientos, asegurándose de que se despertara gritando en la noche. La bebida tendría que profundizar su sueño, porque no podía despertar a sus amigos, aunque durmieran en habitaciones diferentes. Sabía hasta dónde

normalmente podía ser oído, cuando el personal preocupado había acudido en su ayuda en los primeros días de su regreso. No. Esta noche no revelaría los terrores que lo esperaban en la oscuridad. Indicando que le rellenaran su jarra, se volvió hacia sus amigos con una sonrisa en el rostro. Regularidad. Eso era lo que importaba. Fingiendo, al igual que ellos, que la vida era ordenada y que las personas no se infligían entre sí las horribles acciones que él había presenciado.

*

Al día siguiente, se levantaron un poco peor de lo que estaban, pero eso no les impidió subirse a sus caballos con el mismo entusiasmo que habían tenido desde que empezaron. Se lanzaron bromas de buen humor entre ellos hasta que dejaron atrás la posada y ganaron velocidad, eliminando cualquier oportunidad de hablar. Los cambios de caballos se hicieron con rapidez y la urgencia de mantener el impulso el mayor tiempo posible. Solo los mejores caballos servirían. Podrían no ser caballos de caballería, pero por el precio adecuado se podía obtener carne de caballo de buena calidad.

Apenas descansaron hasta muy tarde en la noche cuando llegaron a Alnwick. Gruñendo al entrar en la posada, aseguraron habitaciones y mucha agua caliente fresca.

Una vez que se habían lavado la mayor parte del polvo del día, se reunieron abajo como la noche anterior. Sus ropas lucían cansadas por el viaje, pero no tenía sentido ensuciar ropa limpia cuando aún necesitaban pasar tiempo en la silla de montar. Normalmente eran meticulosos, pero al verlos ahora, nadie podría imaginar que no estaban perfectamente cómodos en su atuendo desaliñado mientras se recostaban en sillas junto a una gran mesa de madera.

"Mi ayuda de cámara va a llorar por el estado de mis botas", dijo Jones, examinando sus zapatos con un suspiro sentido.

"Es una suerte que no esté contigo", Dunn rodó los ojos en dirección a Miles.

"Probablemente tenga que darle un bono este trimestre", reflexionó Jones. "Me gustan estas botas. Espero que se puedan resucitar".

"Hay cosas más importantes de qué preocuparse", dijo Miles, pero su tono no llevaba reproche. Todos tenían formas de lidiar con situaciones que no les gustaban; la meticulosidad y los comentarios ingeniosos de Jones eran los suyos.

"¿Más importantes que mis botas, querido amigo? No hay nada más importante que mantener los estándares. ¡No estamos en los desiertos de España ahora! ¡Podrían vernos!"

"¿Cuál es el plan para mañana? Vamos a cruzar la frontera en algún momento de la mañana si salimos tan temprano como hemos estado haciendo", dijo Dunn.

"Sí. Otro comienzo temprano y directo al puerto en Burnmouth. Aparentemente, es solo un pequeño pueblo pesquero, así que debería ser fácil localizarlos", respondió Miles. Trató de no pensar en lo que Susan había soportado mientras viajaban hacia ella.

"Si están fuera del barco, nos facilitará las cosas", dijo Jones.

"¿Desde cuándo no te gusta un desafío?" preguntó Miles en tono de disgusto fingido.

"Desde que decidí que me gustaría envejecer, en lugar de morir una muerte espectacular pero terriblemente inútil".

"Se ha vuelto aburrido en su vejez", dijo Dunn, cruzando las piernas en los tobillos. Normalmente admiraría sus botas de manera despreocupada cuando estaba sentado en esa posición, pero mirándolas en su estado actual lo llevaría a lamentar su situación.

"Así veo", dijo Miles.

"De hecho, soy el más joven de los tres", señaló Jones.

"No lo pareces", fue la rápida respuesta de Dunn.
"Niño insolente".

Capítulo 5

Susan despertó para encontrar el camarote bañado en luz de luna y el barco inmóvil. No se escuchaba ningún ruido; los sonidos opacos de una tripulación de hombres trabajando día y noche estaban notablemente ausentes. Intentó moverse, pero una ola de mareo la obligó a recostar la cabeza en la almohada y tomar respiraciones profundas para calmar la náusea.

Cuando se sintió más estable, se dio cuenta de que, desafortunadamente, solo tenía una opción. "¿Billy?", susurró en la oscuridad.

La forma encogida de Billy estaba acurrucada bajo su manta y al principio no respondió a los susurros de Susan. Solo cuando Susan elevó un poco la voz comenzó a moverse.

"Billy. Necesito tu ayuda", dijo Susan urgentemente.

"¿Eh? ¿Qué?", murmuró Billy, finalmente sentándose en la cama. Frotándose los ojos y reuniendo sus pensamientos, se acercó a Susan. "¿Qué sucede, señorita?"

"Necesito... necesito usar la bacinilla", dijo Susan, contenta de que la oscuridad ocultara sus mejillas sonrojadas.

"Oh."

"Sí, exactamente", respondió Susan con una sonrisa irónica. "He intentado moverme, pero me siento tan mareada cuando lo hago. Temo que necesitaré tu ayuda para bajarme de la cama."

"La llevaré la bacinilla", dijo Billy, siempre práctico.

Susan estaba mortificada. "Entonces tendrás que moverla."

"Es lo mismo que hago con el capitán", dijo Billy. "Cuando ha estado en tierra, nunca puede caminar hasta la bacinilla."

"Ya veo", dijo Susan. "¿Puedo intentar caminar primero?"

"Preferiría que no", dijo Billy. "Si se desmaya, causará un gran ruido. El señor Sage y el señor Malone duermen en el camarote junto a nosotros."

"En ese caso, por favor tráeme la bacinilla", dijo Susan. "No quiero que sepan que estoy despierta."

Billy trajo silenciosamente el objeto tan necesario, y aunque ayudó a Susan a bajar de la cama, se dio la vuelta mientras ella se acomodaba.

Casi cayendo sobre la cama por el mareo una vez que se había hecho la tarea, Susan soltó un gemido. "He estado acostada por demasiado tiempo. Siento que mis piernas no me sostendrán."

Billy no habló hasta que todo estuvo en orden de nuevo. "Podría escuchar algunos ruidos nuevos más tarde", dijo.

"¿Por qué? ¿Qué está pasando?", preguntó Susan, alerta ante la nota reacia en la voz de Billy.

"Hemos atracado", respondió Billy.

Susan inhaló bruscamente. "¿En Escocia?"

"Sí."

"Entonces pronto habrá terminado", dijo Susan, desanimada.

Billy intentó ser positivo. "Todavía no saben que está despierta."

"No los engañaré para siempre. Ya están empezando a sospechar."

"Haré todo lo posible para retrasarlos", dijo valientemente Billy.

Susan tomó sus manos. Estaban frías, ásperas al tacto y pequeñas. Podría tener quince años, pero fácilmente podría ser confundido con un niño más joven. "Has hecho más que suficiente. No hay suficientes gracias en el mundo para expresar mi gratitud, pero no quiero que te pongas en riesgo por mí. Puedo aceptar mi destino mucho más fácilmente sabiendo que no te han lastimado por no querer casarme con cualquiera de ellos."

"No son hombres agradables, señorita. No tendría un tiempo feliz con ellos", dijo Billy.

"Lo sé. Pero necesitaríamos un ejército de hombres para salir de este barco enteros. No podemos hacer nada para detenerlos. Necesito que entiendas eso, Billy. Prométeme que no harás nada imprudente", demandó Susan, su voz tranquila pero insistente.

"Lo prometo", prometió Billy, pero Susan seguiría preocupándose por él hasta que la pesadilla terminara.

*

La media mañana trajo a Charles y Albert al camarote. Ambos estaban impacientes ahora que habían llegado a su destino. Charles apartó a Billy y se acercó rápidamente a donde Susan yacía. Ella estaba dormida, pero Charles notó una diferencia en ella.

"No tiene fiebre. ¿Por qué no me lo dijiste?" demandó Charles a Billy.

"Puede que vuelva", dijo Billy tímidamente. "Lo he visto antes."

"¡Eso no importa, maldito idiota! Mientras estemos casados, conseguiré su fortuna". Charles parecía decidido a golpear a Billy, pero algo en la mesa captó su atención. Alargó la mano hacia la jarra de agua y la arrojó sobre Susan.

Exclamando de sorpresa, Susan se despertó, impactada y escupiendo agua. Mientras se secaba los ojos, vio las expresiones sombrías de sus dos captores.

"Buenos días", dijo Charles con falsa amabilidad. "Pensé que preferirías estar despierta lo antes posible en tu día de bodas".

Susan no respondió. No les daría la satisfacción de saber que estaba aterrorizada. Simplemente los observó con cautela.

"Ah, está toda coqueta", dijo Charles, volteándose hacia Albert. "Vamos, ayúdame a llevarla con Carson. Nos casaremos tan pronto como lleguemos".

Susan se acurrucó en la cama, tratando de poner distancia entre ella y sus captores. "¡No! ¡Por favor!" dijo, aferrándose a una manta como protección.

"No tengas miedo, querida. A partir de hoy, cuidaré de ti por el resto de tu vida", dijo Charles con una sonrisa fría. "Por el tiempo que sea que dure esa vida".

"¡Déjala en paz!" Billy se interpuso en frente de la cama, pero Charles lo hizo retroceder de un puñetazo.

"Quítate de mi camino, escoria, y quédate fuera de esto".

Susan soltó un sollozo cuando el cuerpo de Billy quedó tendido en el suelo. Él había prometido mantenerse a salvo, y, sin embargo, aún intentó salvarla. "No deberías haber hecho eso", dijo. "No es más que un niño".

"Él aprenderá en el futuro a no meterse en lo que no le importa", dijo Charles sin remordimientos. "Ahora, ven. Basta de intentar obstaculizar lo inevitable. No funcionará. Te vas a casar, y eso es todo".

No sería útil intentar obstaculizar sus planes. ¿Para qué estaría retrasándolos? Nada ni nadie vendría a rescatarla; Susan lo sabía sin duda alguna. Mientras estuviera en el barco, no había escape. No estaba convencida de que hubiera escape mientras viajaba a cualquier iglesia donde planeaban llevarla, pero intentaría hacer algo para frustrar sus planes. De lo contrario, toda

esperanza se perdería, y eso era un pensamiento demasiado angustiante para enfrentarlo en su estado debilitado.

No luchó cuando Charles agarró su brazo y la sacó bruscamente del borde de la cama. Con su brazo herido, Susan intentó mantenerse firme.

"Me siento un poco mareada", dijo mientras Charles la balanceaba bruscamente sobre el borde.

"Albert, por el amor de Dios, ¡ayúdame! Es un peso muerto".

"Qué grosero es, señor Sage. No es ningún caballero", dijo Susan, antes de desplomarse en los brazos de Charles en un desmayo repentino.

"¡Dios mío! ¿No hay nada fácil en esta vida?" Charles maldijo mientras empujaba a Susan de nuevo a la cama, su cabeza golpeó contra la pared del camarote por la fuerza de su movimiento.

"Nunca la llevaremos al clérigo así", dijo Albert. "Tal vez el chico tenga razón y todavía está enferma".

"No me importa un carajo. Este viaje ha tomado suficiente tiempo. Quiero que se haga el trabajo, y luego puedo empezar a planificar mi futuro", dijo Charles.

"Nuestro futuro", dijo Albert.

"Eso es obvio", respondió rápidamente Charles, con tono cortante. "Necesitas traer a Carson aquí. Él realizará la ceremonia a bordo", dijo del clérigo más deshonesto que había podido encontrar cuando planeaba casarse con Edith.

"Puede que se niegue a realizar el servicio si apenas está consciente", advirtió Albert.

"Ella puede sentarse en una silla", respondió Charles. "De una manera u otra, me caso hoy".

"Seré lo más rápido posible", dijo Albert, girándose sobre sus talones.

*

Albert regresó en menos de una hora. Tras él venía un clérigo que, aunque lucía incómodo, estaba dispuesto a llevar a cabo el servicio por el precio adecuado. Como se había acordado previamente para el presunto secuestro de la hermana de Miles, había estado esperando desde hace mucho la llegada de Charles y una novia reacia.

Charles se puso de pie al entrar en la habitación. Susan seguía acostada; estaba consciente, pero su palidez era fantasmal. Giró la cabeza cuando se abrió la puerta, y las lágrimas brotaron en sus ojos. Había terminado. Una imagen de Miles entró en su mente: él se reía de algo, sus ojos grises brillaban como a menudo lo hacían. Parpadeando para apartar las lágrimas y la imagen, suspiró. No tenía sentido anhelar lo que no podría haber sido ni siquiera si su secuestro no hubiera ocurrido. Él nunca había sido suyo. Era la esperanza tonta de una chica que debería haberlo sabido. Gente como ella no tenía finales felices. Se había dado cuenta muchos años atrás, una vez que comenzaron las burlas de su madrastra.

"Señor Carson, me alegra que haya podido unirse a nosotros. Mi futura esposa ha estado enferma. Mareos por el mar, ya sabe, pero estamos ansiosos por casarnos", dijo Charles con suavidad.

Susan miró al clérigo suplicante.

"Su brazo está herido y su vestido está rasgado", dijo el clérigo. Una novia reacia era una cosa; esta parecía ser una situación aún más sospechosa.

"Un accidente desafortunado, que estoy seguro de que su tarifa aumentada garantizará que usted lo pase por alto", respondió Charles.

"Deja de estar ansioso por gastar nuestro dinero", murmuró Albert.

Charles lanzó una mirada de reojo a su amigo, pero optó por no responder.

"Necesitarán dos testigos", dijo el Sr. Carson, mirando con preocupación la escena que tenía frente a sí. Su expresión era cautelosa al ver el cuerpo de Billy tendido en el suelo, pero no hizo ningún comentario al respecto.

"Trae a uno de la tripulación del barco, o despierta al chico", instruyó Charles a Albert.

"Podrías moverte tú mismo", refunfuñó Albert. "Me gustaría recordarte que soy un socio igual en todo esto".

"No del todo", dijo Charles.

Albert se puso firme frente a su amigo. "Ahora espera un minuto. Estamos metidos en esto juntos. Yo conseguí el billete; yo organicé hacia dónde íbamos a navegar. Yo encontré al clérigo. Tú arreglaste el barco. Tal como están las cosas, yo estoy haciendo la mayor parte del trabajo y tú estás tratando de dominarme. No lo permitiré".

"Oh, ¿no lo harás?", dijo Charles, con un destello peligroso en sus ojos.

"No. Fue una asociación igual en la que entramos", dijo Albert. "Lo acordamos desde el principio".

Charles se volvió hacia el clérigo. "¿Es usted escrupuloso?"

"¿Yo? No", fue la respuesta perpleja.

"Bien. Albert, me ha estado molestando durante mucho tiempo. Adiós", dijo Charles, y con un movimiento fluido sacó una pistola de la parte trasera de su cintura y disparó a Albert en el pecho.

Apenas capaz de registrar una expresión de sorpresa, el cuerpo sin vida de Albert se desplomó al suelo.

Susan gritó y Billy se arrastró hacia la esquina, desapareciendo la pretensión de estar inconsciente. Enrollándose en una bola apretada, se cubrió la cara, esperando no ser la próxima víctima.

El señor Carson tragó saliva y retrocedió hacia la puerta.

Charles lo miró y sonrió burlonamente. "No tiene por qué preocuparse. Tengo algunos principios morales, entre ellos no hacer daño a un hombre de la clerecía."

"¿Realmente había necesidad de matarlo?", preguntó el señor Carson, un poco más valiente después de las palabras de Charles.

"Cuando ha soportado lo que yo he soportado con él, sí la había. Ahora, ¿vamos a hacer esta boda? No quiero perder más tiempo. Ha habido suficientes demoras."

"Todavía necesitamos dos testigos", dijo el señor Carson.

"Tú, muchacho", instruyó Charles a Billy. "Ve y trae a dos compañeros de barco, y no te demores, o acabarás como él", dijo, señalando a Albert con su pistola.

Billy se puso de pie rápidamente y, con una mirada de disculpa hacia Susan, salió de la habitación.

Charles recargó su pistola con despreocupación; sonrió a Susan mientras ella observaba sus acciones. "Siempre es mejor estar preparado, querida. Ahorra muchos argumentos cuando tus oponentes saben que uno habla en serio."

"¿No deberíamos mover su cuerpo al menos fuera de la habitación?", preguntó el señor Carson, señalando el cadáver de Albert.

"No. Pueden combinarse. Una boda y un funeral, aunque si llega al cielo, hay esperanza para todos nosotros", respondió Charles con una risita. Miró a Susan. "No tenía intención de que viviera con nosotros, pero por qué compartir tu fortuna cuando no tengo necesidad de hacerlo. El

tonto creía todo lo que decía. Es una maravilla que haya sobrevivido a las batallas en las que luchó, era tan idiota. Aunque no supongo que necesites inteligencia en el campo de batalla, solo la habilidad de hacer ciegamente lo que los oficiales te dicen. Nunca me habría puesto en riesgo sin discusión."

"No tiene remordimientos, ¿verdad?", finalmente encontró Susan su voz y su enojo.

"No. Estaba en el camino y tenía que irse. Una lección prudente para tener en cuenta, querida. Nos llevaremos perfectamente si eres alguien que aprende rápido. No tengo paciencia con aquellos que no lo hacen."

"Es usted despreciable", escupió Susan.

"Probablemente, pero pronto seré tu esposo, así que empezaría a cuidar esa lengua afilada tuya", dijo Charles amablemente. "O habrá repercusiones, que no te gustarán. Te lo prometo."

"¿Cómo puede permitir esto?", Susan volvió su mirada hacia el clérigo. "Sabe que no soy una participante dispuesta. Está claro que me han traído aquí en contra de mi voluntad, ¿y aun así nos va a casar, verdad?"

El señor Carson apartó la mirada de Susan, pero no le respondió.

"Algún día tendrá que rendir cuentas por esto", dijo Susan. "Habrá un momento en que tendrá que responder por sus actos."

"¡Oh, cállate!" Charles maldijo. "O seré un viudo muy pronto."

"¿Voy a salir viva de este camarote?", preguntó Susan, segura de que morir antes de que se consumara el matrimonio sería algo bueno.

"Oh, sí. Tenemos un viaje a Londres para disfrutar primero, para asegurarnos de que tus finanzas estén en orden. Pronto tendremos los documentos que digan que, como tu esposo legal, soy responsable de tu fortuna", dijo Charles. "Después de eso, ¿quién sabe? Muchas mujeres mueren en el parto, o tienen accidentes mientras montan, o sufren algo tan simple como caerse por las escaleras."

Susan se estremeció. No le sorprendió, pero era peor de lo que había pensado. Tan pronto como él pudiera acceder a sus fondos, ella era prescindible. No era tonta. Un hombre como Sage no dudaría en organizar un accidente para ella. Se dio cuenta de que su futuro acababa de volverse aún más sombrío, porque tendría que soportar que su esposo se impusiera sobre ella. Él se aseguraría de que el matrimonio fuera legal antes de que llegaran a Londres. No tenía ni idea de cómo podría enfrentar eso.

"¿Dónde está ese maldito muchacho?", gruñó Charles.

"¡Estoy aquí, señor!", dijo Billy, entrando en el camarote y colocándose inmediatamente contra la pared.

"Bien, ¿dónde están los dos testigos?", exigió Charles, agitando su pistola en dirección a Billy.

"Vienen tres", dijo Billy.

"¿Tres? Solo necesito dos", dijo Charles.

"Pero sería una lástima separarme de mis amigos. Quieren darle lo que se merece", dijo la agradable voz de Miles mientras llenaba la puerta, apuntando directamente a Charles con su pistola.

Capítulo 6

El aire se aquietó, pero en cuanto Charles vio a Miles, reaccionó apuntando su arma a Susan y sacando rápidamente una segunda pistola de su cintura, que apuntó hacia Miles.

"No seas tonto, o ella muere", dijo.

Miles entró en el camarote para permitir que Jones y Dunn lo siguieran. Todos observaron la escena mientras apuntaban sus armas hacia Charles.

"Creo que sería mejor que se vaya", dijo Miles al clérigo, que parecía a punto de desmayarse. "Hoy no habrá boda."

"¡Quédese donde está!" Charles exclamó. "O terminará como él." Asintió hacia Albert. El clérigo permaneció inmóvil en su posición, demasiado aterrorizado para moverse.

"Es bastante acogedor aquí, ¿verdad?", dijo Jones tan amablemente como si estuviera asistiendo a un baile o reunión social.

"¿Cómo diablos lograron pasar a la tripulación del barco?" exigió Charles.

"Es sorprendente cómo un puñado de billetes puede enfocar las mentes de unos marineros. Prometieron no volver hasta el anochecer. Eso nos da suficiente tiempo para concluir nuestro negocio aquí y marcharnos", dijo Miles, visiblemente fatigado por el viaje, pero con un tono calmado y seguro.

"Malditos traidores", escupió Charles.

"Señorita King, ¿le gustaría moverse lentamente hacia mí?", preguntó Miles calmadamente, como si solo estuviera pidiendo un baile o pasando el rato.

"Ella no va a ninguna parte", dijo Charles entre dientes. "Puede que tengan armas apuntándome, pero soy lo suficientemente competente como para disparar antes de que me derriben, y esta pistola se dispara con la más mínima presión. Ya siento que mi dedo se está cansando. Les sugeriría que bajaran sus armas si no quieren que su amiga tenga otro agujero en ella. Uno más fatal esta vez. Lo garantizo."

Miles maldijo entre dientes, pero podía ver cómo el dedo de Charles se movía nerviosamente. Había una buena posibilidad de que el bribón estuviera diciendo la verdad, y aunque Charles moriría sin duda en el tiroteo, Susan estaba en riesgo. Suspirando, asintió a sus amigos. "Bajen sus armas."

"Me alegra ver que son hombres sensatos."

Cuando las armas se bajaron, Charles se movió lentamente por el camarote. Todos lo observaron como halcones. Parado al lado de Susan, indicó que ella debería levantarse de la cama.

"¡Ella se desmayará de nuevo!" gritó Billy. "Todavía está enferma."

"Billy, cállate", dijo Susan, hablando por primera vez. "Estoy bien. Quédate donde estás."

Las piernas de Susan temblaron y se tambalearon al ponerse de pie, pero Charles arrojó su segunda pistola sobre la cama, enganchó su brazo bajo Susan y la arrastró hacia él. Apuntó el arma a su sien.

"Esto está mejor", dijo. "Nunca me gustaron las probabilidades desiguales. A menos que estén a mi favor, por supuesto."

Miles apretó los dientes. Esto no estaba en el plan. Susan ahora estaba más en riesgo de lo que había estado antes de su llegada. Al menos entonces solo iba a ser casada; ahora era rehén de un hombre que no tendría reparos en matarla. Charles sabría que sus posibilidades de salir del

camarote ileso y libre serían escasas. No tenía nada que perder.

"Nunca te escaparás", dijo Miles, incapaz de sonar calmado mientras su mente corría sobre cómo proteger mejor a Susan.

"Oh, creo que te equivocas ahí. Muchacho, abre esa ventana de par en par", dijo Charles a Billy.

Billy miró a Miles en busca de instrucciones y, al recibir un ligero asentimiento, se acercó a la ventana decorativa en la popa del barco.

"Es un largo camino hacia abajo", advirtió Dunn.

"Y la marea está baja", añadió Jones.

"No tengo mucha opción, ya que nunca se me permitirá salir de esta habitación con vida", respondió Charles.

"No, no lo harás", dijo Miles.

"Exactamente. Entonces, esta complaciente señorita va a ser mi escudo." Charles arrastró a Susan hacia la ventana. Era evidente que apenas estaba consciente; sus miembros estaban lánguidos y su cabeza caía hacia un lado.

Charles luchó, pero los tres permanecieron quietos. Aunque sus armas estaban al alcance fácil, no estaban dispuestos a arriesgarse a que Susan se estremeciera al intentar recobrar la conciencia y ser disparada por alguna de sus armas. Al llegar a la ventana, Charles lanzó una pierna sobre ella y, con un movimiento fluido, empujó a Susan hacia la habitación, disparó su arma y cayó al suelo.

Jones y Dunn se lanzaron hacia la puerta y salieron corriendo, con el objetivo de alcanzar a Charles antes de que escapara a tierra firme. Miles se había precipitado hacia adelante, intentando atrapar a Susan antes de que se desplomara en el suelo. Billy y el señor Carson se habían arrojado al suelo de madera para evitar los disparos.

Levantando a Susan en sus brazos, Miles intentó revisarla. La herida en su brazo sangraba por el tratamiento brusco que había sufrido, y su cabeza seguía ladeada en un desmayo.

La colocó suavemente en la cama e intentó que estuviera cómoda. "Billy, ese es tu nombre, ¿verdad? Trae algo de agua y vendajes nuevos", dijo Miles. "¿Y sabes si hay láudano a bordo?"

"Sí, señor, hay algo. Haré lo que sea necesario si ayuda a la señorita", dijo Billy, moviéndose hacia la puerta.

"Bien. Tráemelo. Ha sufrido un shock y debe mantenerse quieta, además de que su herida necesita permanecer inmóvil."

Cubriendo a Susan con una manta áspera, Miles apartó con suavidad sus rizos desaliñados. Lucía enferma, pero también joven. Se conmovió al pensar en lo que había pasado. Siempre había parecido tan serena y elegante cuando la había visto: una mujer seria, siempre había pensado. Ahora, en la cama, parecía una joven vulnerable, y le dolía lo que debía haber pasado.

Billy regresó a la habitación y, pasando por encima del cadáver de Albert sin apenas mirarlo, le entregó a Miles un pequeño frasco de láudano y colocó una jarra de agua en la mesa junto a la cama. "Puedo cuidarle el vendaje", dijo. "He estado cuidándola."

"Gracias, Billy", dijo Miles. "Lo haré yo por ahora, pero veo que sabes lo que haces al vendar una herida."

Billy se sintió un poco más orgulloso bajo el elogio. "El capitán dijo que debía cuidar a cualquiera que estuviera enfermo, porque no era bueno para nada más", admitió. "Aprendí que el vendaje debe ser firme, pero no demasiado ajustado para que deje de sangrar."

"Sí, necesitaré un vendaje nuevo."

"Tuve que usar su enagua", dijo Billy, sonrojándose. "Ella no se molestó cuando despertó."

Miles sonrió. "Es algo bueno, porque voy a tener que hacer lo mismo."

Disculpándose con la semiconsciente Susan, cortó otro trozo de su enagua ahora más corta. Tratando de usar su vestido exterior como cobertura para sus piernas, se concentró en la tela mientras la cortaba. Calmó sus quejidos mientras lavaba y volvía a vestir su herida, luego levantó la cabeza e indicó a Billy que le pasara el frasco de láudano.

"Señorita King, Susan", dijo suavemente. "Debe tomar esto. La ayudará a descansar y a mantenerse quieta. Su brazo ha sufrido hoy."

"Ella ha tenido una fiebre alta", le informó Billy.

"Entonces esto es doblemente importante porque no queremos otra", dijo Miles, con la atención aún en Susan.

Sus ojos se abrieron lentamente y se encontraron con los ojos grises que la miraban. Reconocería esos ojos en cualquier lugar, porque había soñado con ellos durante años. "Vino", dijo en voz baja.

“Lo hice,” dijo Miles con una pequeña sonrisa. “Ahora beba esto.”

Susan hizo lo que se le ordenó, haciendo una mueca por el sabor del líquido.

“La ayudará,” la tranquilizó Miles. “Cuando haya descansado, podremos hacer planes para llevarla a casa.”

“Estoy arruinada,” dijo, parpadeando para contener las lágrimas.

“Podemos mantenerlo en secreto,” la aseguró Miles. “No han pasado demasiados días desde que te fue.”

“Mi madrastra,” dijo Susan. Parecía decidida a hablar, pero le costaba esfuerzo. “Ella nunca ha podido guardar un secreto si no la beneficia. Disfrutará con esto.”

Miles no pudo discutir sus observaciones después de lo poco que había visto de la señora King. “Mi madre es exactamente igual, pero su madrastra no añadirá a su ruina. No la beneficiaría.”

“Si significara que me cortarían de mi padre, lo haría,” dijo Susan con tristeza. “Gracias por venir. Ser marginada es mejor que lo que estaba enfrentando. Nunca perdí la esperanza de que vendrían a salvarme. No hasta unos momentos antes de que llegaran.”

“Me alegra que se haya aferrado a la esperanza.” Miles había visto demasiadas veces lo que significaba cuando se perdía la esperanza. Era tan efectivo como ponerse una pistola en la cabeza en un campo de batalla. Donde no había esperanza, había poca posibilidad de sobrevivir. “Y estoy muy aliviado de no haberla defraudado.”

“Nunca. Sabía que usted, de todas las personas, me ayudaría si podía. Es el mejor de los hombres,” dijo Susan con una pequeña sonrisa. Miles tragó un nudo inesperado en la garganta.

La acostó mientras se quedaba dormida, luego se levantó y miró alrededor de la habitación. “Necesitamos mover a Malone,” dijo en dirección al señor Carson.

“Me temo que no podré ayudar. El señor Sage apuntó bien con su disparo,” respondió la débil voz del señor Carson.

Miles se volvió completamente hacia el clérigo, que estaba desplomado en una silla. “¡Maldita sea!” maldijo mientras caminaba hacia el hombre herido. “¿Dónde le dispararon?”

“Aquí.” El señor Carson retiró su mano ensangrentada de su muslo.

“Probablemente sobrevivirá, pero tendremos que sacarlo de este barco.”

“¿Probablemente sobreviviré?” exclamó angustiado el señor Carson.

“Quizás le enseñe a ser más prudente sobre los encargos que acepta. Espero que le hayan pagado bien,” dijo Miles sin compasión.

“Se suponía que me pagarían al final del servicio.”

“Entonces lo han estafado bien.”

“Necesito un médico,” suplicó el señor Carson.

“¿Cómo llegó aquí?”

“En carruaje. Todavía debería estar en el muelle.”

“Sí, había uno cuando subimos a bordo,” recordó Miles. “Billy, ve y encuentra al cochero del señor Carson y dile que venga a ayudar a su amo. Necesita un médico cuando llegue a casa.”

“¡Podría desangrarme en el camino!”

“Eso no es asunto mío.” Miles se encogió de hombros. “Cuanto antes se aleje de mí, mejor. Lo desprecio por lo que estuvo dispuesto a ser parte hoy. Se le informará a su obispo sobre su conducta. Dudo que lo vea favorablemente.”

El señor Carson parecía dispuesto a hablar, pero fue interrumpido por el regreso de Jones y Dunn.

“No traen buenas noticias,” dijo Miles, mirando la expresión de sus rostros.

“No. El sinvergüenza ha escapado. No tengo idea de cómo lo logró,” dijo Jones.

“Solo puedo pensar que no salió a la superficie después de saltar,” ofreció Dunn.

“El lodo puede ser profundo en estas partes,” comentó el señor Carson, intentando en vano ganar algo de favor.

Jones se estremeció dramáticamente. “Qué forma de morir.”

“Cuanto más horrible, mejor para él,” dijo Miles.

“Querido Longdon, te has vuelto bárbaro desde que dejaste la caballería. No sé qué te ha pasado,” respondió Jones. “Ahora, ¿qué hacemos con el cuerpo de Malone?”

“Llévenlo al muelle y llamen al magistrado,” dijo Miles.

Fueron interrumpidos por el cochero del señor Carson, que entró a la habitación con Billy, luciendo muy cauteloso. Se tambaleó al ver el cuerpo de Albert.

“Entra, no estás en peligro,” le aseguró Miles. “Solo quiero que lleves a tu amo a casa. Necesita un médico.”

“Sí, señor,” respondió el cochero en voz baja. Poniendo el brazo del señor Carson sobre su propio hombro, llevó a su empleador herido afuera. El señor Carson lanzó a Miles una mirada de desprecio, pero no dijo nada al salir de la cabina.

“Me temo que no pondrá una buena palabra por ti con el Todopoderoso con esa expresión,” dijo Dunn con una risa en su voz.

“No voy a llorar por eso,” dijo Miles secamente. “Ahora, ayúdenme con Albert. Sé que a Jones no le gusta ensuciarse las manos.”

“Eso desperdicia el tiempo que paso cuidándolas,” dijo Jones, mirando sus dedos con aprobación. “Fui hecho para las cosas finas de la vida.”

“¿Es este el mismo hombre que cruzó España y las Américas con nosotros?” Dunn levantó los pies de Albert al mismo tiempo que Miles enganchaba sus brazos bajo los de Albert.

“Se ha ablandado desde Waterloo,” dijo Miles con diversión. “Y Albert debe haber engordado desde entonces. Estoy tentado a simplemente lanzarlo por la borda.”

Los dos hombres lucharon con su pesada carga, pero finalmente lo depositaron en el muelle. Billy rondaba alrededor de ellos.

“Necesitas buscar al jefe del puerto, Billy, y decirle lo que ha pasado,” dijo Miles.

“Sí, señor,” dijo Billy, ansioso por cumplir con las órdenes de Miles. Pero, vacilante, se

volvió, un poco preocupado. “Cuando el capitán regrese, señor...”

“No te pondrá un dedo encima mientras yo esté aquí,” prometió Miles, sabiendo instintivamente de qué estaba preocupado el muchacho.

Billy sonrió y corrió en dirección a los edificios donde se llevaban a cabo los negocios del puerto.

Frunciendo el ceño, Miles regresó a la cabina.

“¿Qué te preocupa, amigo mío?” preguntó Jones amablemente.

“Tenemos a una damisela que no está en condiciones de viajar, y, sin embargo, necesita ser devuelta a su familia lo antes posible.”

“Sí. No planeamos lo que iba a pasar una vez que irrumpiéramos y rescatáramos a nuestra bella dama,” dijo Jones, mirando a la forma dormida de Susan. “Viendo el lado positivo, llegamos a tiempo.”

“Sí, afortunadamente lo hicimos. Sin embargo, hubiera preferido que no fuera tan cerca,” admitió Miles.

“Diría que fue un momento perfecto para una entrada dramática.”

Miles sacudió la cabeza ante su amigo. “A veces me preocupas, de verdad. Creo que el mejor plan sería navegar de regreso con ella,” dijo, pensando en las opciones para sí mismo.

“¿Días en un barco? ¿Con una tripulación de rufianes?” preguntó Jones incrédulo.

“¿Temes que te arrojen por la borda cuando estemos en alta mar?” respondió Miles con una risa. “Han demostrado ser leales a los postores más altos – mira qué pronto desertaron a Sage. Estarás perfectamente seguro.”

“¿No hay otras alternativas?”

“Por supuesto que las hay, pero ¿quieres ofrecerte a inventar la historia para explicar por qué una joven que está herida y recuperándose de una fiebre está viajando sola con tres hombres? Porque necesitaremos una cada noche que paremos, y nos llevará más tiempo viajar por carretera en un carruaje,” señaló Miles. “Cuanto antes llevemos a la señorita King a casa, mejor.”

“Siempre la voz de la razón,” dijo Dunn con una sonrisa.

“Por eso salí de nuestras aventuras sin un rasguño. Planifica de manera realista primero, luego actúa,” dijo Miles con orgullo.

Dunn suspiró. “No puedo creer que esas palabras vinieran de Lunático Longdon. Creo que tiene un problema de superioridad ahora que es señor de la mansión.”

“No yo,” dijo Miles. “Además de eso, mi propia pierna se queja amargamente por la cabalgata que hemos hecho en los últimos días.”

“¿Qué le ha pasado a tu pierna?”

“Tuve una pelea con un salteador de caminos de la cual, aunque gané, no salí ileso,” admitió Miles, recordando la pelea de la que tuvo la suerte de sobrevivir. Una herida de bala y una herida de puñalada habían pasado de largo órganos vitales y huesos. No muchos se recuperarían tan rápidamente de un encuentro así.

“El círculo en el que socializas deja mucho que desear, Longdon,” se burló Jones.

“Es una historia para otro momento. Volviendo al problema que tenemos en este momento, parece, lamentablemente, que navegar a casa es la mejor idea,” dijo Dunn. “Ella no está en condiciones de viajar cientos de millas en un carruaje.”

Miles miró la cama. “No. Cuando Billy regrese, lo pondremos a cargo de nuevo, y luego esperaremos la llegada de la tripulación.” Ver a Susan tan vulnerable le hacía doler por dentro.

“Creo que tendremos que esperar mucho tiempo, con la cantidad de dinero que les diste,” dijo Jones. “Luego tendremos que quedarnos anclados mientras se recuperan.”

“Siempre podríamos intentar navegar el barco nosotros mismos,” sugirió Dunn.

“Eso implicaría que Jones se ensuciaría las manos,” señaló Miles, contento de que la charla lo distrajera de sus inesperados sentimientos hacia Susan.

“Esperaremos hasta que la tripulación esté en condiciones de navegar,” dijo Jones con firmeza. “Tengo algunos estándares que no son negociables.”

Capítulo 7

Susan despertó al sentir que el barco se balanceaba con más ímpetu del que había tenido mientras estaba en el puerto. Parpadeó y, aunque se sentía aturdida y con un dolor sordo en el hombro, no se sentía tan desconectada del mundo como lo había estado después de que la fiebre cediera.

Mirando alrededor de la cabina, se sorprendió al ver a Miles sentado a la mesa leyendo un periódico.

"¿Lord Longdon?" preguntó con voz un poco ronca.

"Ah, así que ha vuelto con nosotros, ¿verdad? Espléndido." Miles dobló el periódico y lo colocó en la mesa. "Pensamos que iba a dormir todo el viaje."

"¿Cuánto tiempo he dormido?"

"Lo que quedó de ayer, toda la noche pasada, y ahora son poco más de las tres de la tarde. ¡Bastante tiempo! Estaba empezando a pensar que le había dado una sobredosis de láudano," dijo Miles afablemente.

"Debe pensar que soy extremadamente perezosa," dijo Susan estirándose. Hizo una mueca al mover su brazo herido.

"De ninguna manera." Miles le sirvió un vaso de agua. "Debe tener cuidado con esa herida. Ha sido golpeada debido al trato brusco y se ha vuelto a abrir. La he vendado lo mejor que he podido, pero si puedes tratar de no moverla, sería lo mejor."

"Gracias. Lamento haber causado tantos problemas," dijo Susan. "Pero no había nadie más a quien pudiera recurrir cuando vi por primera vez al señor Malone merodeando por mi casa."

"Me alegra que lo hiciera, o estaría enfrentando un futuro muy diferente," dijo Miles, ayudándola a incorporarse un poco para que pudiera beber.

Una vez satisfecha, Susan se sintió aliviada de volver a apoyar la cabeza en las almohadas. Nunca había estado tan cerca de Miles, y el sentirlo sosteniéndola en el hueco de su hombro la hizo sonrojarse intensamente. "Habría sido un futuro muy corto, por lo que insinuó el señor Sage."

"Hombres como él se salen con la suya aprovechándose de inocentes," dijo Miles, apretando la mandíbula. "Su familia estará feliz de verla regresar."

Una expresión de tristeza cruzó el rostro de Susan. Tomando la mano en su brazo no herido, Miles le dio un suave apretón. "Su padre estaba preocupado por usted y se sentirá aliviado cuando regrese. Tengo una madre difícil, así que entiendo algunos de sus problemas con su madrastra, pero, aunque acepto sus miedos, estoy seguro de que en realidad no quiere verla arruinada."

"Tal vez no. Nunca pensó que me casaría, pero ha fijado un límite de tiempo hasta fin de mes para que encuentre un marido. Se suponía que sería hasta el final de la temporada, pero justo antes de que todo esto sucediera, perdió la paciencia conmigo y redujo el tiempo que estaba dispuesta a permitirme quedarme en casa."

Miles recordó las palabras que la señora King había pronunciado sobre que un secuestro era la mejor oportunidad de su hijastra para casarse. "Mi hermana fue sometida a una presión desmesurada por parte de mi propia madre sobre el matrimonio. Supongo que le habló de eso."

"Edith y yo nos sorprendimos de lo similares que eran nuestras experiencias," dijo Susan.

“La he echado mucho de menos desde su matrimonio, pero no puedo quejarme, porque finalmente encontró al hombre adecuado para amar.”

“Sí, al principio no estaba seguro sobre la pareja, pero Ralph es un buen hombre y está loco por Edith, que es todo lo que querría en un marido para ella,” reconoció Miles. Había sido difícil para él aceptar a Ralph, a pesar de que el hombre era su amigo. Al principio pensaba que Ralph estaba jugando con su hermana, y solo el tiempo le había demostrado que había un verdadero sentimiento bajo el exterior frío de Ralph.

“¿Podría hacerle otra petición?” preguntó Susan.

“Por supuesto.”

“Preferiría enviar una nota a mi padre para decirle que ya no estoy en peligro y pedirle que me lleve a casa de mi tía. Ella vive en Chelsea y sabrá cómo planificar mejor mi futuro. Esta aventura me ha enseñado que necesito hacer algo positivo respecto a cómo quiero vivir mi vida,” dijo Susan.

“¿Aceptará su padre que vaya con su tía? Imagino que querría que estuviera con él después de lo que ha pasado.”

“No contradecirá a la tía Florence. Ella es su hermana, y él le tiene miedo.”

“Conozco ese sentimiento,” dijo Miles secamente, sus ojos brillando con diversión.

Susan rio en voz baja. “Sería injusto reportar su comentario a Edith, debido al servicio que me ha hecho, pero sepa que estoy muy tentada.”

Miles sonrió. “Ahora sé exactamente por qué usted y Edith se llevan tan bien.” Notó que los párpados de Susan comenzaban a cerrarse. “Está cansada. Es momento de descansar. No tiene sentido que se esfuerce demasiado en el viaje de regreso a casa. Queremos que llegue en las mejores condiciones posibles después de haber tenido fiebre. No quisiera que sufriera ningún tipo de recaída.”

“Me siento como una mujer débil,” dijo Susan. “Nunca he tenido un día de enfermedad en mi vida, y estoy luchando con el sentirme tan débil y dependiente de todos.”

“Simplemente disfrute ser cuidada mientras pueda. Ninguno de nosotros está sufriendo por el esfuerzo en este viaje.”

“¿Es confiable la tripulación del barco? Billy no los describe en absoluto de manera favorable,” dijo Susan, luchando por mantener los ojos abiertos.

Miles apoyó su mano en su hombro. “No hay nada de qué preocuparse. Descanse.”

La sensación de su mano, cálida y firme pero suave, calmó sus preocupaciones de inmediato. Él la protegería. No tenía nada de qué preocuparse mientras él estuviera allí. “Gracias.”

No pasaron muchos minutos antes de que Miles se apartara de Susan, asegurándose de que ella dormía tranquilamente. Su ansiedad era comprensible, y él haría todo lo posible para asegurarse de que estuviera a salvo.

Reflexionando sobre su vida familiar, sacudió la cabeza. ¿Cómo podía una joven que parecía tenerlo todo en realidad ser, en verdad, tan solitaria? Estaba despojada del afecto de su familia, aparte de su padre. Edith pensaba muy bien de Susan, y su hermana no era tonta al elegir a quienes valoraba. Lástima que su propia familia no pudiera valorarla.

Tomando su periódico, se sentó una vez más. No era de su preocupación. La entregaría a salvo, y entonces su deber estaría cumplido. Si sentía molestia por el hecho de que pudiera verse forzada a un matrimonio adecuado pero infeliz, no era asunto suyo. Sin embargo, el futuro de Susan seguía inquietándolo mientras ella dormía plácidamente.

*

En el segundo día del regreso, Susan insistió en subir a la cubierta. Billy la ayudó a levantarse de la cama y a sentarse en una silla un rato, mientras él llevaba agua tibia a la habitación para que pudiera lavarse.

"Me gustaría darme un baño, pero sé que eso sería demasiado pedir." Susan sonrió ante la expresión horrorizada de Billy. "No te preocupes, no espero que llenes una bañera de agua."

"No es eso, señorita. ¿Por qué querría darse un baño voluntariamente?" preguntó Billy con asombro.

"¿Con qué frecuencia te bañas?"

"Solo cuando el capitán amenaza con darme una paliza si no me limpio."

Susan se rio. "Espero que lo haga. Pensé que era yo la que olía mal; ¿quizás eres tú?"

"Tuve una buena limpieza la semana anterior a que la recogimos," respondió Billy con una sonrisa.

"Entonces, seguramente debo ser yo," dijo Susan. "Me pondré a trabajar de inmediato."

Billy permaneció al lado de la pantalla por si Susan se sentía mal. Charlo mientras ella trataba de deshacerse de varios días de suciedad. Su vestido estaba muy arrugado y rasgado, pero no podía hacer nada con respecto a su ropa. Pudo asegurar el desgarro debajo de la manga de su enagua, y aunque se veía extraño, mantenía su dignidad. El agua era de un color vergonzoso cuando terminó, pero su piel estaba roja por el frotamiento. Al menos se sentía un poco mejor por eso.

No queriendo volver a la cama, se vio obligada a sentarse tranquilamente un rato en el camarote, ya que el esfuerzo la había cansado. Cuando Billy limpió todo, le trajo algo de almuerzo y lo colocó sobre la mesa.

"Esto es mucha comida," dijo Susan, mirando las montañas de pan, queso, jamón y huevos.

"Lord Longdon dijo que se uniría a usted," dijo Billy. "Tengo que ir a la cubierta a hacer algo de trabajo. El capitán dice que he tenido las cosas demasiado fáciles."

"Creo que has hecho un trabajo maravilloso cuidándome, y no debe haber sido fácil."

Billy sonrió. "No fue tan malo. No da golpes como el capitán."

"Pequeño bribón," reprendió Susan suavemente.

"¿Qué está haciendo el pilluelo ahora?" preguntó Miles al asomarse a la habitación.

"Absolutamente nada. Es un niño maravilloso," dijo Susan.

Billy sonrió de oreja a oreja, y con las mejillas sonrojadas salió de la habitación.

"Tienes un admirador allí," bromeó Miles.

"Le debo mucho," dijo Susan. "Mantuvo en secreto que me había despertado el mayor tiempo posible. Luego fue castigado por intentar defenderme."

"Sí, el moretón en su mandíbula es un impresionante testimonio de eso."

"Es cruel lo que pasa por eso. No se queja ni se lamenta, solo lo acepta como un hecho de su vida," dijo Susan, mordisqueando un poco de queso. "Supongo que no... es solo una idea... pero ¿podríamos llevarlo con nosotros cuando desembarquemos?"

Miles parpadeó. "Él será aprendiz del capitán."

"Seguramente habrá una cantidad de dinero que lo liberaría," preguntó Susan. "Estaría encantada de pagarlo, si pudiera prestarme la cantidad hasta que pueda llegar a un banco."

"¿Y qué pasa con él cuando lo liberemos?" preguntó Miles.

"Podría venir a trabajar conmigo."

"No tiene un establecimiento, y no puedo imaginar a su padre o a su madrastra muy felices con su llegada," apuntó Miles.

“Quizás no. ¿Podría venir a trabajar para usted?” Susan intentó una sonrisa cautivadora, que debido a su estado debilitado era bastante débil, pero más entrañable por ello.

“¿Lo libera, pero yo me quedo con un miembro extra del personal?” preguntó Miles con picardía.

“Estoy segura de que hay algún miembro del personal que apreciaría un par de manos extra,” dijo Susan, entusiasmándose con su idea. “Alguien que no lo golpee si comete un error.”

“No sobrecargo a mi personal, ni incentivo el castigo físico a mis sirvientes, señorita King,” dijo Miles con un resoplido.

“Oh, no. Por supuesto que no, pero necesitaría a alguien que pudiera cuidarlo, pues tiene mucho potencial. Solo necesita un poco de paciencia.”

“Es posible que el capitán no esté dispuesto a liberarlo, y podría estar sometiendo a otro niño al mismo trato que ha recibido Billy cuando designen a otro aprendiz, pues estoy seguro de que lo harán,” razonó Miles.

“No es razón para mantener a un niño en una situación en la que claramente es infeliz. Tiene un corazón tan amable; no debería estar en un barco con un grupo de sinvergüenzas. Estoy segura de que puede persuadir al capitán para que haga lo que desea y darle una lección sobre cómo debe tratar a quienes están a su cargo.”

“Me gustaría señalar que es lo que *usted* desea, no yo. ¿No debería ser usted quien hable con el capitán?” preguntó Miles secamente. Estaba entretenido y encantado con la pasión de Susan por la injusticia que Billy había sufrido sin culpa alguna.

“No. Él no me escucharía. Y no podría en conciencia dejar a un pobre niño a su suerte. No puedo creer que sea tan cruel. ¿Lo sería?”

“No parece que tenga otra opción en el asunto.”

“¡Maravilloso!” exclamó Susan. “Sabía que podría contar con usted. Estoy segura de que es lo mejor.”

“¿Le gustaría echar un vistazo a todos los demás marineros a bordo, por si desea adoptar a alguno de ellos?” preguntó Miles. Tenía la extraña sensación de que, si ella aparecía con una lista de nombres, le sería difícil rechazar su solicitud.

“¡Ahora está siendo ridículo! Estás burlándose de una mujer en un estado lamentable. Qué vergüenza, mi lord.”

“Desde mi perspectiva, no hay nada malo en usted,” murmuró Miles.

“Confieso que me siento mucho mejor al saber que el futuro de Billy será más brillante,” admitió Susan. Estaba emocionada de que su apelación a Miles estuviera siendo tomada en serio, algo a lo que no estaba acostumbrada. Su familia siempre había desestimado todo lo que decía.

“¿No tiene dudas de que tendré éxito?” preguntó Miles.

“Por supuesto que no. Es conocido por ser capaz en todo lo que emprende, y sus compañeros oficiales claramente lo buscan para obtener dirección. Por lo tanto, tengo plena fe en su habilidad para persuadir al capitán para que libere a Billy, sin importar cuánto argumente en contra. Sé que no decepcionará a Billy; no me falló. Es el mejor de los hombres.”

“Sus palabras son un poco abrumadoras,” dijo Miles tímidamente.

“Pero son verdad,” respondió Susan, con las mejillas sonrojadas por su admisión de solo algunos de sus sentimientos hacia él.

Capítulo 8

Susan estaba feliz de ser escoltada fuera del camarote en el tercer día. Aún se cansaba fácilmente, pero estaba decidida a tomar aire fresco.

Jones y Dunn recibieron a Susan como si hubiera sido su amiga durante años. Intercambiaron solicitudes y se preocupaban por ella, asegurándose de dónde podía sentarse y si estaba lo suficientemente cómoda y a resguardo del viento. Colocaron una manta detrás de ella y otra sobre sus rodillas, asegurándose de que no se viera afectada negativamente por su salida al exterior.

“Dejen a la pobre chica en paz,” dijo Miles con tono cansado.

“No queremos que se resfríe después de haber pasado, por tanto,” dijo Dunn a la defensiva. “Puedes ser un bruto insensible, pero nosotros somos caballeros.”

Miles sacudió la cabeza. “Si ustedes son lo mejor que la sociedad puede ofrecer, que Dios nos ayude.”

“Señorita King, espero que vea cuán malévolo es nuestro amigo con nosotros. Si no respondemos, puede que tenga una falsa impresión de nosotros, pero si respondemos, arriesgamos la acusación de hablar de manera grosera frente a una dama,” dijo Jones.

Susan se rio. “Por favor, no se contengan por mi causa,” dijo. “Creo que su señoría se merece todo lo que recibe por ser tan cruel con sus amigos.”

“Los tres son un par perfecto,” dijo Miles encogiéndose de hombros. “Los dejaré disfrutar de la compañía mutua.”

Se alejó del grupo. Dunn sonrió al verlo retirarse. “Él sabe que realmente lo estimamos.”

“Estoy segura de que sí. Los valoro a todos. Me han hecho el mejor de los servicios,” dijo Susan un poco tímidamente.

“Fue un placer,” respondió Dunn. Sus palabras eran sinceras. Ella era genuinamente amable, sin afectación, y había despertado en todos ellos un instinto protector.

“Sí, cuando necesite rescate, solo avísenos,” dijo Jones. “Estaremos allí en un santiamén.”

“Espero tener un futuro mucho menos aventurero,” respondió Susan.

“Si alguna vez se cansa de la monotonía a la que se está condenando, sepa que estamos aquí para usted,” dijo Jones. “La vida diaria puede ser tan increíblemente cansada ahora que estamos en paz. Es agradable tener una aventura de vez en cuando.”

“¿Preferirían estar en guerra? Porque eso parece ser el único tipo de aventura que les atrae. ¿No es así?” preguntó Susan. Sus rescatadores la fascinaban, en parte porque a través de ellos obtenía más información sobre la vida de Miles.

“Oh sí,” dijo Jones. “No hay nada como una batalla para enfocar la mente y hacerte sentir realmente vivo.”

“Mi amigo no dice más que tonterías,” dijo Dunn ante la expresión de asombro de Susan.

“Pensaría que estar en una batalla sería aterrador,” dijo ella.

“Solo hay que seguir adelante en ese momento. Es después cuando la realidad de lo que has enfrentado te golpea,” admitió Dunn. “Ninguna persona cuerda podría disfrutarlo.”

“Sin embargo, todos ustedes son perfectamente normales. Bueno, quizás el Capitán Jones no tanto,” dijo Susan con una sonrisa juguetona.

Dunn estalló en carcajadas, mientras Jones trataba de parecer ofendido, pero sus ojos

brillaban con diversión al mirar a Susan. Sonriendo a ambos, Susan no notó el regreso de Miles.

"Longdon, tu pupila es un deleite," dijo Dunn. "Acaba de poner a Jones en su lugar."

"Es un logro realmente," dijo Miles, sonriendo hacia Susan.

"Estaba bromeando, como el Capitán Jones está plenamente consciente."

"Puedes burlarte de mí cualquier día que desee," dijo Jones galantemente.

"Eres un diablo encantador," se mofó Miles.

"Uno de nosotros tiene que serlo," respondió Jones, sin perturbarse.

"¿Alguna vez es serio?" le preguntó Susan. Disfrutaba de la camaradería entre los hombres pero se sentía un poco intimidada al mismo tiempo.

"Si puedo evitarlo, no," dijo Jones. "Ahora, Longdon, ¿vas a compartir uno de esos finos puros que llevas contigo? Me he quedado sin ellos y me resisto a volver al rapé."

Miles le entregó un puro de la caja de plata que siempre llevaba consigo, y Jones se apartó para disfrutar de su humo en paz. Sentado en el lugar que su amigo había desocupado, Miles miró el mar. "No pensé que volvería a navegar en mucho tiempo."

"Nuestro amigo tiene una tendencia hacia el mareo," aportó Dunn.

"¿Realmente? Pero ha viajado tan lejos," dijo Susan a Miles.

Miles hizo una mueca. "Desafortunadamente, experimentar cualquier número de mares agitados no ayuda. Normalmente estoy bien en aguas tranquilas."

"Entonces me ha hecho un servicio aún mayor," dijo Susan con gratitud.

"Vas a convertirse en una verdadera joya, ¿no es así, buen amigo?" preguntó Dunn a Miles.

"En ese sentido, creo que debería devolverla a su camarote, señorita King. No queremos que se fatigue demasiado," dijo Miles, ignorando completamente a Dunn.

"Si debo hacerlo," dijo Susan. "Gracias por su compañía, Capitán Dunn." Se levantó y aceptó el brazo de Miles, y él la acompañó lentamente de regreso a su habitación.

*

Susan estaba ansiosa por volver al aire libre a la mañana siguiente y, con la ayuda de Billy, pronto se sentó en el lugar protegido que había ocupado el día anterior. Era evidente que los marineros habían recibido instrucciones estrictas sobre cualquier interacción con la joven a la que transportaban, porque, aunque uno o dos miradas furtivas fueron dirigidas hacia ella, no fue abordada por nadie.

Miles sonrió al salir a cubierta. "¿Disfrutando del buen tiempo?" preguntó amablemente, acercándose a sentarse junto a ella.

"Sí. Nunca he estado en el mar. Hace que uno se sienta bastante pequeño, ¿no es así?" dijo Susan, maravillada mientras contemplaba el agua.

"Viajar hacia América ciertamente hizo eso," coincidió Miles. "Saber que estás a días de tierra es ciertamente un pensamiento sobrio mientras el barco cruje y gime durante la noche."

"No es una consideración agradable para alguien que sufre de mareos también."

"No. Gracias a mis amigos, pronto no tendré secretos."

"Ambos son muy divertidos. Y guapos, por supuesto," dijo Susan.

"¡Y lo saben muy bien!" dijo Miles. "Han roto algunos corazones en su tiempo."

"Estoy segura de que todos ustedes lo han hecho," respondió Susan, con un leve rubor en las mejillas.

Miles se rio. "Para nada. Estaba demasiado enfocado en hacer el trabajo para distraerme con cualquier otra cosa. Estar unido a alguien te hacía vulnerable."

“Nunca lo había pensado así. Hubiera supuesto que le daba fuerza,” dijo Susan.

“Cada uno tiene sus propias maneras de afrontar las cosas, supongo. Incluso usted, que vive con una relación difícil, habrá encontrado maneras de contrarrestar los problemas. Yo sé que lo hago.”

Esta vez fue el turno de Susan de sonreír. “Las orejas de Edith probablemente deseaban cerrarse permanentemente en algunos de los días en que me quejé a ellas.”

“Estoy seguro de que usted realizó el mismo servicio a cambio. Conozco lo suficiente a mi madre para darme cuenta de que Edith habrá estado completamente distraída con mamá a veces.”

“Lo fue un poco, en ocasiones,” admitió Susan. “Debe ser difícil para nuestros padres, sin embargo. Era razonable que cualquier padre esperara que nos casáramos en nuestra primera o segunda temporada. Especialmente con la fortuna que ambas aportamos. Desafortunadamente, ninguna de nosotras parece tener suerte.”

“Es muy dura con usted misma. Sé que soy su hermano, pero veo las ventajas de Edith. También veo sus defectos. Demasiado claramente a veces.” Miles hizo una mueca. “Especialmente cuando decidió escribir esa carta al Times.” Se refería al anuncio que Edith había colocado en el periódico para encontrar el tipo de pareja que había tenido dificultades en la sociedad.

“Sí. Fue un esquema audaz.”

“¿Sabía algo sobre ello antes de que ella enviara su carta?” preguntó Miles.

“¿Yo? No. En absoluto. Ella solo vino a mí cuando recibió la primera de las cartas que resultó ser de Lord Pensby.”

“No pensé que la habría animado,” dijo Miles, enormemente aliviado de que Susan no hubiera tenido nada que ver con el esquema imprudente.

“No. No tengo la imaginación, ni el atrevimiento,” admitió Susan con pesar. Estaba contenta con las palabras de Miles, pero tenía que ser honesta con él sobre su propio carácter. Aunque eso la pusiera en desventaja.

“En mi opinión, eso es una ventaja distinta.”

“Me convierte en un pobre espécimen sin espíritu,” dijo Susan. “Incluso me disgustan mi falta de coraje para embarcarme en algo tan aventurero como hizo Edith. Ella decidió tomar su futuro en sus propias manos y encontrar a alguien con quien quisiera pasar el resto de su vida. No muchos tendrían el atrevimiento o los recursos para hacer lo que ella hizo.”

“Ha experimentado mucho más peligro, lesiones e incertidumbre que ella, y lo ha soportado todo con fortaleza. No se menosprecie en favor de Edith. No puedo permitirlo. Verdaderamente aplaudo la manera en que ha manejado toda esta situación desde el principio,” dijo Miles, realmente queriendo convencerla de su alta estima.

“No tenía sentido volverse histérica mientras se desarrollaban los acontecimientos, ya que no habría cambiado nada,” dijo Susan. “Pero admito que estaba asustada.”

“Sería raro que no lo estuviera.” Miles apretó suavemente la mano de Susan en señal de consuelo. “Pronto estaremos en la desembocadura del Támesis. Según el capitán, deberíamos atracar para la tarde de mañana.”

“Y luego…”

“La devolveremos a su tía como solicitó, pero sugiero que escriba una carta para que podamos enviarla a su padre tan pronto como atraquemos,” dijo Miles.

“El secuestro parece un poco irreal ahora. Si no viera la mancha de sangre del cuerpo de Mr. Malone en el suelo del camarote cada vez que me muevo, casi podría convencerme de que

nada de esto sucedió," dijo Susan.

"Hacer como si todo estuviera bien es una buena manera de afrontar cualquier situación que prefiera olvidar."

"Dicho por un veterano," dijo Dunn, acercándose a la pareja.

"Sí," dijo Miles.

Susan notó que los labios de Miles estaban en una línea delgada, pero eligió no indagar más. "Si ustedes caballeros me disculpan, creo que regresaré a mi camarote," dijo, poniéndose de pie.

"Yo la acompañaré," ofreció inmediatamente Miles.

"No. Quédese aquí; es un lugar tan agradable y protegido. Me siento un poco cansada, pero espero volver después de un breve descanso." El viento azotaba su cabello, que estaba apenas sujetado en su lugar.

"Miss King, parece una sirena saliendo de las olas con su cabello volando alrededor de usted," dijo Dunn, bastante impresionado.

"Las sirenas se supone que son hermosas. ¿Quizás soy mitad sirena, mitad bestia temible?" Sin esperar una respuesta, Susan les dio un adiós con la mano a los caballeros y los dejó sentados en el banco.

"Acusaría a ella de falsa modestia, pero lo dijo de una manera tan desinteresada, que en realidad supongo que lo cree," dijo Dunn con cierta sorpresa.

Miles había observado la retirada de Susan con una leve fruncida de ceño. "Creo que tienes razón."

"No es la chica más bonita que he visto, pero no es una líder de simios," dijo Dunn.

"No. En absoluto," coincidió Miles. "Uno pensaría que estaría segura de su lugar en el mundo, pero después de una breve reunión con sus padres, siento que hay una dinámica familiar complicada que ha dañado la manera en que se ve a sí misma."

"Hay otra dinámica que parece que no captas." Dunn le dio a su amigo una media sonrisa.

"¿Cuál es esa?"

"La chica está enamorada de ti."

"¡No digas tonterías!"

"¡No lo hago!" dijo Dunn, levantando las manos. "Veo la manera en que te mira. Yo estaría más que feliz de tener a alguien mirándome de esa manera."

"Estoy demasiado dañado para alentar el afecto de alguien," admitió Miles en voz alta por primera vez.

"Todos lo estamos, amigo mío," dijo Dunn suavemente. "Solo podemos esperar que el amor de una buena mujer pueda ayudarnos a seguir pretendiendo que vivimos una vida normal y que no hemos experimentado los horrores que hemos vivido. Esos son nuestros para atormentarnos hasta que encontremos alivio cuando respiremos nuestro último aliento. Mientras tanto, tengo que encontrar a alguien que pueda pasar por alto el desastre cicatrizado que es mi cara, y tú tienes que encontrar a alguien que pueda ahuyentar las pesadillas nocturnas. Supongo que aún sufres de ellas. Sé que tratas de ocultarlas de todos, pero las he oído en el pasado."

Miles hizo una pausa, molesto de que su amigo conociera su debilidad, pero luego asintió. "Sí. Lo cual es una de las razones por las que me mantendré soltero."

"Es una pena. Porque es la mitad de la batalla si te adoran desde el principio. Si son más propensas a ser comprensivas con nuestras faltas," dijo Dunn, poniéndose de pie. "Voy a ir a molestar al capitán por un rato. Me divierte con sus historias de piratas."

Miles miró hacia el horizonte. El cielo estaba gris y turbio, aunque el mar estaba relativamente tranquilo; esperaba que al caer la noche hubiera algún tipo de tormenta. Al menos para ese momento, estarían en el Támesis y tendrían la protección que el estuario proporcionaría.

Había captado que Susan lo observaba algunas veces. ¿Podría ser algo más que gratitud lo que sentía? Siempre la había considerado solo como la amiga de su hermana. Por primera vez, la veía como una mujer; eso lo inquietaba un poco, porque era lo suficientemente astuto para darse cuenta de que estaba atraído hacia ella. Qué había cambiado entre ellos, no lo sabía, pero sabía que ella se estaba volviendo más importante para él. Una pena, entonces, que tuviera que sofocar tales emociones tontas. Estaba demasiado dañado.

*

Miles se acercó a Susan. Ella estaba sentada en la cubierta, apartada del paso como había estado en su primera salida al exterior. Su esperanza de salir de su camarote más tarde en la tarde del día anterior se había visto frustrada por el clima, tal como Miles había predicho.

Estaban aprovechando el viento aumentado y navegando a toda velocidad por el Támesis, con todas las velas llenas de viento mientras el barco corría sobre la superficie del agua. Susan observaba las velas, a los hombres que las manejaban, y el bullicio y ajetreo alrededor con gran interés, aprovechando al máximo el estar en un barco en movimiento.

Mientras se sentaba a su lado, una sonrisa se dibujaba en sus labios. “¿Qué planes está maquinando? Casi puedo ver los engranajes girando mientras observa todo.”

Sonriendo a cambio, Susan se movió para permitir que Miles se sentara cómodamente en el espacio protegido. “Encuentro toda la experiencia fascinante. Esta parte de ella, espero que lo entienda. No el viaje en sí,” aclaró rápidamente.

“Por supuesto. Entiendo,” dijo Miles suavemente.

“Casi no he viajado antes, y nunca en un barco. No puedo estar agradecida por lo que sucedió, pero al menos atesoraré hoy como un recuerdo maravilloso.”

“Es bueno tomar los pequeños aspectos positivos de una situación que preferiríamos no haber enfrentado.”

“Debe haber hecho eso mucho,” preguntó Susan suavemente.

“Sí.”

Susan pensó que no iba a decir nada más, pero después de un momento, Miles habló nuevamente.

“Creo que el mayor impacto es cuando regresas a casa, habiendo sido testigo de todo tipo de horrores, y, sin embargo... sin embargo, la vida ha continuado como de costumbre mientras has estado fuera. A veces es difícil aceptar que alguien que no ha estado allí simplemente no puede apreciar lo que fue.”

“Siempre podría intentar explicarlo.”

“No. Eso sería injusto. ¿Para qué intentar hacer que todos sean tan miserables como nosotros?” preguntó Miles con una sonrisa melancólica. “Soy propenso a la melancolía en estos días, Miss King. Puede maldecirme si lo desea.”

“En absoluto. Sus batallas son parte de su vida,” dijo Susan. “Sería muy bajo de mi parte desear que no hablara de ellas.”

“Gracias, pero por el bien de ambos, deberíamos hablar de otra cosa. Háble me de su tía,” animó Miles, desviando la conversación hacia otro tema. No quería ver la lástima en sus ojos que surgiría si explicaba sus sentimientos internos sobre lo que había experimentado.

“¿Tía Florence? Es formidable.” Susan sonrió, aceptando el cambio de tema. “Ha sido la

mejor de las relaciones desde que papá se volvió a casar. Mi madrastra y yo... bueno, digamos que no soy muy agradable para aquellos con los que no estoy relacionada."

Miles la miró con sorpresa. "Eso no puedo aceptarlo."

"Oh, no estoy pidiendo adulación falsa," dijo Susan rápidamente. "Por favor, no presuma que lo hago, pero mi madrastra no se ha llevado bien conmigo, así como yo no me llevé bien con ella. Ambas somos culpables. Tía Florence quería que viviera con ella, y yo habría estado encantada de hacerlo, pero papá no quiso oír hablar de ello. Probablemente la única vez que se enfrentó a la tía Florence, al menos que yo recuerde," sonrió. "Como resultó, fue una lástima que tía Florence no haya conseguido lo que suele conseguir. Creo que todos hubiéramos sido más felices."

"¿Era tan malo vivir en casa?" Miles no pudo resistir preguntar.

"No todo el tiempo," admitió Susan. "He intentado mantenerme fuera del camino de mi madrastra tanto como fuera posible. La compadezco en estos últimos años desde mi presentación en sociedad. Hemos sido obligadas a pasar mucho tiempo juntas durante la temporada. Creo que esa fue una de sus razones para persuadir a papá de que me casara esta temporada o ellos elegirían un marido para mí."

"Una decisión difícil de aceptar. Sé que Edith se opuso a mi madre cuando ella sugirió un pretendiente que Edith no apreciaba."

"Sí. Planeaba establecer un hogar con su hermana, en un esquema tonto e irrealista, ¡pero ella lo frustró al casarse con un hombre decente y encantador!" Susan rio suavemente.

"Muy inconsiderada de su parte."

"Sí. ¿No es así?" Susan coincidió. "No importa. Me someteré a la misericordia de tía Florence, y estoy segura de que tendrá un plan para hacer lo mejor."

Capítulo 9

“¡Tienes que casarte! ¡Y pronto!” exclamó la tía Florence en los primeros momentos de ver a su sobrina.

Susan había sido escoltada a la puerta de su tía por los tres capitanes, después de haber dejado a Billy en la casa de Miles. Entregar a Billy al mayordomo no debería asustar al niño, ya que el mayordomo había mirado con desdén al niño envuelto en harapos que fue puesto bajo su cuidado. Miles había instruido al mayordomo que tratara al niño con suavidad, pero como deseaba acompañar a Susan y asegurarse de que estuviera bien acomodada con su tía, pasaría un tiempo antes de que regresara para resolver el futuro de Billy.

Miles casi se sonrojó cuando Susan tomó sus manos al liberar a Billy para que viniera con ellos, con sus pocas pertenencias envueltas en un paquete.

“¡Oh, lo hizo! ¡Sabía que lo haría!” había exclamado Susan a Miles. “Billy, tendrá un futuro mucho mejor sirviendo a su señoría. No maltrata a su personal, así que no tiene que temer en ese aspecto.”

“Me hará parecer un blandengue,” había protestado Miles, sin retirar sus manos de su suave agarre.

“De ninguna manera. Es una cosa generosa y amable lo que ha hecho,” respondió Susan.

Miles pensó que era prudente no mirar las expresiones en los rostros de sus amigos, que eran incrédulas y divertidas a partes iguales. En su lugar, animó a Susan a bajar por la pasarela y subir a un carruaje alquilado.

Jones y Dunn se habían inclinado sobre su mano y le enviaron sus mejores deseos para su seguridad continua en cuanto llegaron a la casa de la tía de Susan. Expresaron su deseo de regresar a sus cuarteles y presentarse adecuadamente antes de aparecer en público. Miles se quedó con ella incluso en su estado desarreglado, deseando asegurarse de que su tía le ofreciera la protección que Susan estaba convencida de que le daría.

Tras golpear la puerta de la tía Florence y después de despedirse a Jones y Dunn, Susan miró a Miles, por primera vez un poco nerviosa. “Me pregunto qué le habrá contado papá.”

“No se preocupe por eso ahora. Pronto le diremos lo que realmente pasó,” le aseguró Miles.

Los hicieron pasar al salón y no estuvieron mucho tiempo a solas. La tía de Susan se apresuró a entrar por la puerta para recibir a sus inesperados invitados.

Era una mujer grande, en altura y anchura, descrita por los conocidos como bulliciosa. Entró en la habitación con un vestido de rojo intenso, con más volantes y adornos de lo que era habitual para una dama de su avanzada edad. Un gran turbante con plumas le daba aún más altura. Parecía llenar la habitación en la que acababa de entrar. Miles podía entender perfectamente por qué el Sr. King se sentía intimidado por su hermana; solo con su vestimenta era un espectáculo.

“¡Oh, querida niña!” exclamó, envolviendo a su sobrina en un cálido abrazo. “¿Estás casada?”

“No, tía. Fue un secuestro forzado y una fuga, que, afortunadamente, Lord Longdon y sus amigos frustraron,” explicó Susan brevemente.

“Oh, querida,” respondió Florence, sentándose pesadamente en el sofá más cercano.

“Tía, ¿seguro que no es una buena noticia que me hayan rescatado?” Susan estaba

asombrada por la respuesta que estaba recibiendo.

Fue entonces cuando pronunció las palabras increíbles. “¡Tienes que casarte! ¡Y pronto!”

“¿Qué?” preguntó Susan, hundiéndose en una silla.

“Creo que necesitamos tener esta conversación en privado.” Florence miró a Miles. “Le agradezco la segura devolución de mi sobrina, pero tenemos asuntos urgentes que discutir.”

“Preferiría que Lord Longdon se quedara, si no tiene objeciones, mi lord. Valoraré su opinión en otra situación difícil, aunque me doy cuenta de que le estoy pidiendo aún más,” dijo Susan, sabiendo que estaba siendo injusta, pero no podía evitarlo. Necesitaba su apoyo.

“Haré todo lo posible por ayudar,” dijo Miles seriamente.

“Gracias. De nuevo.”

“Es esa maldita madrastra tuya,” maldijo Florence. “Ha extendido por la ciudad que has huido. Dicen que no saben con quién te has fugado, pero están preparados para recibirlo en la familia porque siempre has querido ser parte de una escapada romántica.”

“¿Quién, conociéndome, creería esa historia de locura? ¿Por qué extendería tal cuento? Me ha arruinado,” susurró Susan, hundiéndose en los cojines al darse cuenta de las implicaciones de las acciones de su madrastra. “Pensaba que el peligro venía del Sr. Sage, pero también era de mi propia familia. ¿Cómo voy a superar esto?”

“Si no regresas casada, ciertamente estarás arruinada,” dijo Florence. “Lo único que podrías hacer es establecerte en algún lugar lo más alejado posible de Londres y de la sociedad educada. Lo siento, niña. No desearía este destino para ti, mi sobrina más preciosa, pero estas son las cartas que te han tocado. Te acompañaré, por supuesto.”

“¡No, no, no!” dijo Susan. “¿Por qué deberías ver reducida tu vida social porque mi padre se casó con una arpía?”

Florence rio amargamente. “Lo es, ciertamente. Pero esta situación es grave, me temo, Susan. No puedes regresar soltera.”

“Debo salir de la ciudad. Inmediatamente,” dijo Susan. “Pero rechazo tu oferta de escolta, tía.”

“Sugiero que no emprenda un viaje largo,” intervino Miles. “Apenas se está recuperando de una fiebre y su brazo aún te duele.”

“¿Cómo sabe que todavía me duele?” preguntó Susan, distraída de sus problemas actuales.

“Por la manera en que lo sostiene y favorece su otro brazo siempre que puede. No se necesita mucha inteligencia para deducir que está sufriendo, aunque lo hace sin quejarte,” explicó Miles.

“Pensé que lo estaba disimulando bien.”

Miles le sonrió. “No lo suficientemente bien.”

Florence interrumpió a la pareja. “Creo que será mejor que me cuentes todo lo que sucedió.”

Susan relató toda la historia, incluso confesando que había escrito a Miles pidiendo ayuda. Cuando terminó, se recostó. “Estoy perpleja sobre por qué mi madrastra eligió hacer público el secuestro, aunque sea su versión de los hechos.”

“Dijo que estaba decidida a casarla esta temporada,” dijo Miles en voz baja.

“Sí, y de esta manera se asegura de que regrese casada y me saque de sus manos, o que no pueda regresar en absoluto, lo que logra el mismo resultado.” No había autocompasión en el tono de Susan; sus palabras fueron dichas de manera objetiva.

“Le dije a mi hermano que había elegido a una mujer que no tenía ni un hueso maternal

en el cuerpo cuando expresó su deseo de casarse con ella. Debería haber encontrado a alguien que pudiera darte el amor de una madre, no a alguien tan caprichosa y vana como ella. Nunca hubo una persona en esta tierra a la que amara, aparte de sí misma, por supuesto," dijo Florence.

"¿Qué hay de su propio hijo? Lo ama," dijo Susan sobre su medio hermano.

"Lo enviaron a la escuela tan pronto como pudo caminar. Solo fue porque estaba enfermo que tu padre insistió en que se educara en casa. Ella no tiene corazón; lo habría dejado en la escuela para que tomara sus propias oportunidades allí. Mi hermano es tan estúpido como un novato. ¡Me da vergüenza reconocer que somos parientes!"

La perorata de Florence fue interrumpida por el mayordomo. "Señora, hay un Capitán Dunn que desea hablar con Lord Longdon con urgencia."

Miles se levantó. "¿Puedo hablar con él en algún lugar privado?" preguntó a Florence. Aún no estaba dispuesto a abandonar a Susan mientras había tanta incertidumbre sobre su futuro, aunque en realidad poco podía ofrecer en términos de ayuda.

"Por supuesto. Use el salón de la mañana," dijo Florence.

"Por favor, discúlpeme." Miles se inclinó antes de salir de la habitación.

Al ver a Dunn de pie agitado en el pasillo, Miles asintió en su dirección, y ambos hombres siguieron al mayordomo a la pequeña habitación en la parte trasera de la propiedad. Era aproximadamente la mitad del tamaño del salón, pero igualmente grandiosa.

Cuando el mayordomo dejó a los hombres en privado, Miles se volvió hacia su amigo. "¿Qué sucede?" preguntó sin preámbulo. Algo claramente estaba mal para haber causado la repentina aparición de Dunn y su expresión incómoda.

"¡Estamos en un verdadero aprieto esta vez, Longdon!" dijo Dunn.

"¿Qué ha podido ir mal ahora? Solo me dejaste hace una hora, si no menos."

"Uno de nosotros tiene que casarse con la señorita King," soltó Dunn.

"¿Qué?"

"¡Me oíste!" Dunn respondió con aspereza. "Parece que nuestras desapariciones y la suya están vinculadas. Hay una apuesta en White's sobre quién ha asegurado a la heredera fugitiva. ¡Fui bombardeado con preguntas en cuanto entré en ese maldito lugar! Te digo que me costó toda la astucia que he aprendido de Jones salir de allí sin revelar lo que realmente había pasado."

"¡Maldita sea esa mujer!" maldijo Miles.

"¿La señorita King?" preguntó Dunn, sorprendido.

"No. Su madrastra. Ha inventado una historia de Banbury en la que su hija había huido con su amante como una maniobra para un matrimonio romántico. Si Susan no está casada, está arruinada."

"No es del todo correcto. Si no está casada con uno de nosotros, está arruinada," señaló Dunn. Se sentía un sinvergüenza, pero sus palabras eran necesarias.

"¿Podríamos explicar eso de alguna manera?" dijo Miles. "Solo hay una suposición de que las dos desapariciones están vinculadas."

"Sabes cómo se aferra el chisme a una persona. Nos han vinculado con la señorita King a través de ti."

"¡Eso es absurdo! Podríamos haber salido de la ciudad por cualquier número de razones."

"Sí, pero la mayoría de esas razones no incluyen una salida apresurada sin nuestros valets," señaló Dunn. "Ni cancelamos los compromisos que habíamos aceptado. Las acciones como esas se notan. Nuestra motivación era realmente sobre la rapidez, pero deberíamos haber sido más circunspectos. La gente sabe de tu apresurada vuelta a la ciudad y tu igualmente rápida partida. Tu madre ha estado lamentando no haber tenido la oportunidad de verte."

“¡Que nos lo lleve el diablo! ¿Por qué estamos rodeados de parientes entrometidos e irreflexivos?” dijo Miles con vehemencia. “Va a requerir una reflexión seria salir de esta.”

“A mí me parece perfectamente sencillo,” respondió Dunn.

“¿De verdad?”

“Sí. Tienes que casarte con la chica. Y pronto.”

Capítulo 10

Miles se sentó. De golpe. “No puedo hacer eso,” dijo con voz quebrada.

“¿Por qué no? La conoces. Es una mujer excelente, agradable, atractiva. Ni Jones ni yo tenemos intención de casarnos en el corto plazo, pero como cabeza de tu familia necesitas un heredero. Tiene mucho sentido,” se encogió de hombros Dunn.

“¿Pero el matrimonio?” preguntó Miles, aún en shock.

“Sí. No podemos dejar que se arruine, ¿verdad? Vale más que eso. Está enamorada de ti, lo cual no es un mal comienzo para la dicha conyugal, y al menos debes gustarle,” intentó persuadir Dunn.

“Es amiga de mi hermana. No tengo objeciones contra ella, es muy agradable, pero ¿pasar el resto de mi vida con ella? Eso es algo completamente diferente.” Miles palideció.

“Claramente la consideras más de lo que te das cuenta, ¿o por qué la carrera a través del país cuando estaba en problemas?”

“Era lo correcto,” dijo Miles débilmente.

“Y esto también lo es,” apuntó Dunn. “¿Sería tan malo?”

“No tenía intención de casarme en años,” dijo Miles. “¿Qué estoy diciendo? No quería casarme en absoluto.” Había pensado alguna vez en casarse y tener muchos hijos, pero eso era un sueño sin la realidad de mostrarle a alguien cómo la guerra le había afectado.

“¿Por qué no? Has pasado suficiente tiempo en mi compañía para ser encantador, y eres un tipo relativamente atractivo con la luz adecuada.”

Los labios de Miles se estremecieron antes de que volviera a ponerse serio. “Estoy demasiado dañado.”

“Todos lo estamos,” admitió Dunn. “Y no solo me refiero a los que estuvimos luchando.”

“Pero estamos más dañados que la mayoría. No quiero infligir eso a nadie, menos aún a una esposa que se ve obligada a casarse conmigo por las circunstancias.”

“Como cabeza de familia, tienes obligaciones, y en el momento en que respondiste al llamado de ayuda de la señorita King, te convertiste en su obligado. Esta solución resuelve ambos problemas de un solo golpe,” dijo Dunn.

Miles se frotó el rostro con la mano de manera brusca. “No pensé que el matrimonio sería una consecuencia de ayudarla,” dijo. “No podía dejarla sintiéndose insegura con Malone cerca, pero esto, esto es otra cosa.”

“No está tan mal, ¿verdad?” preguntó Dunn. “Creo que sería una buena esposa.”

“Cásate tú con ella, entonces,” dijo Miles.

“Ella está enamorada de ti. Todos queremos una pareja que nos adore, y ya tienes eso antes de empezar.”

“Necesito pensar,” dijo Miles. Parecía, para Dunn, estar en shock.

“Te dejaré en paz, pero no te demores demasiado. Esa chica necesita casarse con una licencia especial,” advirtió Dunn.

Miles asintió ligeramente, pero Dunn no estaba seguro de si su amigo había registrado sus palabras. Sintiendo que no podía hacer más, dejó a Miles para que reflexionara sobre su futuro.

*

Pasó más de media hora antes de que Miles regresara a la sala de estar. Tan pronto como entró, Susan se acercó a él con preocupación.

"Mi lord, ¿qué ha sucedido? Está mortalmente pálido," exclamó.

Miles se enfocó en ella. "Parece que estamos en una situación más complicada de lo que pensamos inicialmente," dijo, su voz más baja de lo normal.

"Vamos. Siéntese y cuénteme qué pasa," dijo Susan, guiándolo hacia una silla.

"Será mejor que nos explique qué ha sucedido, joven," demandó Florence.

"Mi amigo me informa que nuestras desapariciones conjuntas han sido vinculadas, y hay, umm, algunas especulaciones sobre quién se ha casado con usted. Uno de los tres de nosotros ha sido identificado como el esposo con el que usted regresará," dijo Miles con tono apagado.

"¡Dios mío!" dijo Susan, horrorizada. "¿Acaso esta pesadilla no terminará nunca?"

Miles la miró con algo de simpatía. "Sí. Parece que necesitamos casarnos."

"¿Qué? ¡No!" exclamó Susan, levantándose agitada y alejándose de Miles.

"¿Soy tan repulsivo?" preguntó Miles. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios a pesar de sus propias opiniones sobre la situación.

"Sabe muy bien que no lo es. Cualquiera tendría suerte de tenerlo como esposo," respondió Susan con firmeza. "Pero me niego a que se sacrifique por mi culpa."

Florence observó a la pareja con una mirada evaluadora antes de hablar. "Eso resolvería tus problemas," le dijo a su sobrina.

"Y crearía muchos más para mí, pero aún más para Lord Longdon. No. Me retiraré de Londres," dijo Susan, con tono firme.

Miles suspiró. Habiéndose resignado a lo inevitable, ahora tenía que convencer a Susan de que era la única opción que tenían. "¿Dónde podría ir que no encuentre a nadie que la conociera o conociera su historia?"

"¿Una de las islas remotas de Escocia?" preguntó Susan esperanzada.

"Y cada verano, los viajeros en busca del siguiente punto panorámico, montaña o aldea descenderían. Estaría en un estado constante de miedo de ser expuesta como la mujer que huyó con tres hombres y volvió soltera," señaló Florence.

"¡No es justo! Lord Longdon solo acudió en mi ayuda porque le escribí. ¿Por qué debería sacrificarse casándose conmigo?" gritó Susan. Estaba mortificada de que el hombre que amaba fuera forzado a casarse con ella de tal manera. No importaba que fuera su mayor deseo. Este método era una forma subrepticia de conseguir al esposo que anhelaba.

"Habla como si fuera una especie de mezquina y caprichosa. Y ella no es nada de eso," dijo Florence, dirigiendo sus últimas palabras a Miles.

"Estoy muy consciente de eso," reconoció Miles.

"Tiene muchas ventajas para un matrimonio, incluso sin su fortuna," señaló Florence a Susan.

"Y por eso estoy soltera a los veintitrés," dijo Susan con sequedad. "¡Oh, esto es demasiado! No aceptaré su oferta más que generosa, mi lord. Este es mi problema y mío solo."

"Me temo que cuando se organiza una apuesta en White's sobre mi futuro, ya no se trata únicamente de usted," dijo Miles.

"¡Oh, Señor!" dijo Florence. "¿Están haciendo apuestas sobre quién la ha casado?"

"Así parece, señora," respondió Miles. "Dunn pensó que era prudente advertirnos antes de que alguien se diera cuenta de que todos habíamos regresado sin que uno de nosotros estuviera casado con su sobrina. Al parecer, fue abordado tan pronto como entró en White's, pero no reveló nada."

Susan se sentó, con toda su lucha e indignación desaparecidas. “Esto no habría pasado si mi madrastra no hubiera esparcido su maliciosa historia.”

“No,” dijo Miles suavemente. Se acercó a Susan, respondiendo automáticamente a su angustia. “Esta es una situación que no hemos creado, pero tenemos los medios para sacar lo mejor de ella. Conseguiré una licencia especial y nos casaremos por la mañana. Podemos enviar un mensaje al Times y decir que nos hemos casado recientemente. Nadie necesita saber la fecha exacta.”

“¡Pero usted no quieres casarse conmigo!” Las mejillas de Susan se sonrojaron de mortificación.

“No quería casarme con nadie,” dijo Miles con voz suave. “Nos llevamos bien, ¿no? Eso no es un mal comienzo para un matrimonio. No la maltrataré, eso se lo prometo.”

“Sé que no lo haría,” dijo Susan en voz baja, sin poder mirar a los ojos de Miles. “Pero ese no es el punto, ¿verdad?”

Miles tomó la mano de Susan y la apretó con ánimo. “No hay alternativa.”

“Lo siento.” Lágrimas nadaron en los ojos de Susan mientras finalmente miraba a Miles. “Lo siento mucho.”

Besó la mano de Susan, Miles le sonrió. “Nos las arreglaremos. Ahora me voy a conseguir una licencia. Enviaré un mensaje sobre dónde debe estar usted por la mañana. Podemos regresar a mi casa en Curzon Street después de la ceremonia y enviar las notificaciones para presentarnos como una pareja casada. Podemos decir que hemos tenido un romance duradero, solo que lo mantuvimos en secreto. Quería hacer el gesto más romántico y la llevé para casarnos. Puede que al principio se rían de ello, pero si fingimos estar enamorados, empezarán a creerlo.”

Susan asintió, sin poder hablar. De pie, Miles hizo una reverencia ante Florence.

“Enviaré un comunicado más tarde para informar lo que he logrado. Mantendré un perfil bajo y no estaré en compañía esta noche.”

“Eso es lo más prudente,” coincidió Florence. “Esperaremos sus instrucciones.”

Con una última mirada comprensiva a Susan, Miles salió de la habitación, dejando a las dos mujeres mirándose la una a la otra.

“No habrá ninguna apariencia en tu actuación como si estuvieras enamorada de él, ¿verdad?” preguntó Florence suavemente.

“No.”

“Querida, míralo de esta manera. Te estás casando con el hombre que amas, y tu riqueza combinada hará que tu madrastra se reviente de celos.”

Susan se retorció las manos sin hablar. Los puntos que había planteado su tía no le ofrecían consuelo.

*

Dunn se acercó a Jones en White’s. “¿Lo has arreglado?”

“Por supuesto. ¿Acaso dudabas de mi capacidad?” contestó Jones con desdén.

“Organizar una apuesta sin que nadie supiera que éramos nosotros quienes la iniciamos no es fácil,” señaló Dunn.

“No. Pero no todos tienen mis talentos,” respondió Jones.

“Ni vanidad.”

“Como lo hice por el bien de nuestro amigo, me gustaría considerarlo un acto desinteresado de amistad,” dijo Jones. Estaba convencido de que era el curso de acción correcto

a seguir.

"No creo que esté muy contento en este momento. Lo dejé con una mezcla de molestia y sorpresa," dijo Dunn.

"Quizás por ahora, pero no reconoce su propio apego," explicó Jones pacientemente. "Los ojos de la señorita King podrían haber seguido a nuestro buen amigo allá donde fuera, pero él estaba igualmente atento a ella."

"Para ser justo con él, ella había estado enferma. Admito que la observé más de lo que lo haría con cualquier otra mujer," dijo Dunn.

"Tu expresión no tenía una mezcla de anhelo y melancolía," dijo Jones. "Hay una diferencia en su comportamiento con respecto al de un hombre que está ayudando a la amiga de su hermana. Está enamorado de la chica; simplemente no se da cuenta. Necesitábamos darle un pequeño empujón."

"Si alguna vez se entera, nos matará," advirtió Dunn.

"Con suerte, no lo hará hasta que reconozca sus propios sentimientos. De lo contrario, será una carrera hacia el continente para ambos," dijo Jones con una sonrisa confiada.

Capítulo 11

Susan apenas podía mirar a Miles mientras decían sus votos en la pequeña capilla a unas calles de donde vivía Florence. Habían viajado allí en una carruaje alquilado, sin querer que se viera su propio carruaje en las cercanías. Las únicas otras personas presentes eran Jones, Dunn y Florence.

Ella llevaba un vestido apresuradamente modificado del armario de su tía. Afortunadamente para la doncella de Florence, no tuvo que pasar la noche en vela cosiendo. Susan y Florence se habían sentado con ella y cosido hasta que les dolieron los dedos la noche antes de la boda, permitiendo así que Susan pudiera usar un vestido adecuadamente adecuado para su día de bodas. El vestido que había llevado desde el secuestro se estaba deshaciendo, y su enagua había estado colgando alrededor de sus rodillas desde que fue cortada para proporcionar vendas para su brazo.

Con el color elevado y las emociones en ebullición, Susan aceptó el simple anillo de oro en su dedo, que Miles había conseguido en menos de un día. Sus manos temblaban, y Miles respondió manteniéndola sujeta una vez que le colocó el anillo. Susan levantó la vista hacia su rostro y recibió una sonrisa tranquilizadora, aunque se entristeció al notar que sus ojos no sonreían como solían hacerlo.

El servicio terminó muy pronto, y la novia y el novio caminaron juntos por el pasillo, unidos para siempre. Recibieron las felicitaciones de las tres personas que habían sido testigos del evento, y luego entraron en un carruaje de alquiler, dejando a sus amigos en la acera para que los despidieran con la mano.

“¿Qué le dijo a su madre cuando volvió a casa anoche?” preguntó Susan cuando el carruaje giró la esquina alejándose de la iglesia.

“Me quedé con Jones,” admitió Miles. “Mi madre puede ser imprudente a veces, así que pensé que era mejor presentarle el hecho ya consumado.”

“No puedo disculparme lo suficiente,” dijo Susan nuevamente. “No creo que alguna vez deje de sentirme culpable.”

“No puede seguir diciendo cosas así,” dijo Miles. “Tenemos que mostrar una fachada unida y creíble para cualquiera que nos observe. Necesita relajarse para que ambos podamos llevar esto a cabo. De lo contrario, todo habrá sido en vano.”

Susan frunció el ceño. “Es más fácil decirlo que hacerlo.”

“No está haciendo nada por mi ego,” bromeó Miles suavemente.

Incapaz de evitar la risa, Susan miró a Miles con gratitud. “Gracias,” dijo en voz baja.

“De nada,” respondió Miles, incapaz de evitar responder a cualquier angustia que sintiera Susan.

*

Lady Longdon estaba en el piso superior cuando la pareja llegó a Curzon Street. Miles llevó a Susan al salón y ordenó que se sirvieran refrigerios y se enviara un mensaje a su madre.

“No pude comer nada,” dijo Susan cuando la puerta se cerró tras ellos.

“Yo sí,” respondió Miles. “A menos que reciba dosis regulares de sustento, me convierto en un oso, al parecer.”

“Anotado para futuras referencias,” replicó Susan con picardía.

“Una esposa perfecta,” murmuró Miles antes de que fueran interrumpidos.

Lady Longdon entró en la habitación en un torbellino de bata de baño con volantes y manos agitadas. “¡Miles! ¿Dónde has estado?” Titubeó al ver a Susan. Sus ojos se estrecharon. “¿Qué haces aquí, Susan?”

“Madre, sé que esto será una pequeña sorpresa, pero Susan es tu nueva hija,” dijo Miles, tomando la mano de Susan y apretándola en señal de apoyo.

“No entiendo.”

“Pido disculpas por no haberte contado antes del evento, pero he tenido cariño por Susan durante muchos años, y finalmente ha aceptado ser mi esposa,” explicó pacientemente Miles. “Pensamos que tendríamos una aventura y nos fugamos. Eres la primera persona que nos recibe como marido y mujer.”

“¡No! ¡Esto no puede ser! ¡Eres uno de los solteros más codiciados de la temporada!” exclamó Lady Longdon.

Susan intentó apartarse de Miles, pero él se mantuvo firme, soltando solo su mano para rodearla con el brazo y acercarla a él. “Madre, Susan es mi esposa, la nueva Lady Longdon, y espero que sea recibida de acuerdo con su posición en la sociedad y en esta familia,” dijo Miles.

Lady Longdon palideció ante la amenaza en las palabras de su hijo. “Podrías haber conseguido algo mucho mejor. Susan, eres aceptable como mujer, de hecho, a menudo pensé que eras una buena influencia en Edith, pero no puedo aceptar esto. Debes haber engañado a mi hijo de alguna manera. Él nunca te habría mirado de otra forma.”

“¡Madre!” siseó Miles.

Susan se enderezó un poco más. “Creo que encontrará que él quería mi fortuna,” dijo con acrimonia. Movida por la ira, había respondido con cierta aspereza.

En un movimiento fluido, Miles giró a Susan para que lo mirara, inclinando la cabeza, aplastó sus labios contra los de ella. Fue un beso contundente, posesivo y apasionado, aunque breve. Al separarse de Susan, Miles la miró a los ojos.

“Te quería como mi esposa. A nadie más.”

Susan parpadeó y asintió. No podría haber hablado si lo hubiera necesitado. Decir que las acciones y palabras de Miles la sorprendieron sería una subestimación. Estaba atónita.

“¡Miles! ¡Contrólate!” reprendió Lady Longdon.

Miles sonrió a Susan y se apartó de ella para tirar del cordón de la campana al lado de la chimenea.

El mayordomo entró en la habitación casi de inmediato.

“Ah, bien,” dijo Miles. “Por favor, haz que el personal esté preparado para recibir a la nueva Lady Longdon. Mi madre usará el título de Viuda de ahora en adelante.”

“Sí, milord,” respondió el mayordomo sin inmutarse. “El personal estará en el pasillo en cinco minutos.”

“Excelente.” Miles sonrió ante la expresión horrorizada de Susan. “Necesitas presentaciones formales. Luego daré instrucciones para que preparen tu habitación. Madre, dormirás en la habitación azul a partir de ahora. Una vez que hayamos hecho las presentaciones, podemos visitar a tus padres. Pensé que sería sensato comenzar aquí ya que necesitamos cambiar de habitaciones.”

“¿Voy a ser desplazada?” preguntó Lady Longdon. “¿Qué pasa con Miss Robinson y Miss Webster? ¿Se las va a enviar ahora que has regresado?” preguntó Lady Longdon sobre sus amigas que se habían mudado cuando su hijo e hija habían dejado la capital.

“Por supuesto que pueden quedarse. Estoy seguro de que ninguno de nosotros objetará su permanencia aquí, especialmente ya que nuestros planes futuros aún no están decididos,” respondió Miles honestamente.

“Podría dormir en la habitación azul,” ofreció Susan.

“No. Dormirás en la habitación designada para mi esposa,” dijo Miles con firmeza.

“No deseo causar problemas.”

“No estás causando problemas.” Miles dirigió una mirada de advertencia a su madre. “Eres Lady Longdon. Mi esposa. Tendrás lo que corresponde a tu rango y posición. ¿No es así, Madre?”

Lady Longdon parecía luchar internamente, pero finalmente asintió. “Por supuesto que sí.”

“Bien. Eso está decidido, entonces. Vamos, querida. Vamos a conocer a tus sirvientes.”

Susan siguió a su esposo sumisamente fuera de la puerta.

Encontrar a Billy alineado con el resto de los sirvientes hizo que la mente de Susan se dirigiera a un tema más positivo. “¡Oh, Billy! ¡Qué bueno verte! ¿Te has acomodado?”

“Sí, milady,” dijo Billy con una reverencia.

Las acciones del joven hicieron que Susan sonriera. “¿Y qué trabajo te han asignado?”

“El muchacho de las botas por ahora, mi señora,” dijo el mayordomo. Había permanecido en silencio, pero no deseaba que el entusiasmo de Billy lo sobrepasara.

“Es un trabajador arduo,” dijo Susan.

“Está muy dispuesto a complacer,” admitió el mayordomo. “Le están enseñando las diferencias entre la vida a bordo y el trabajo en una casa.”

“Es un plan excelente,” dijo Susan.

“Gracias, mi señora.”

“Me alegra tenerte trabajando para nosotros, Billy,” dijo Susan al chico antes de pasar al siguiente sirviente.

Billy sonrió de oreja a oreja y, antes de que Susan estuviera fuera del alcance de su voz, susurró. “¡No me maldicen ni me pegan si cometo un error!”

“Bien.” Susan sonrió, mientras trataba de contener una risita ante la respuesta rígida del mayordomo a las palabras del chico. “El capitán del barco al que pertenecía no era un hombre muy amable, muy rápido con sus puños,” dijo en voz baja para asegurar al mayordomo que Billy no estaba siendo despectivo hacia su nueva casa.

Recibiendo un gesto de comprensión, continuó siguiendo las presentaciones hechas por el mayordomo, agradecida de que Billy estuviera a salvo.

*

Decir que la señora King estaba asombrada de que la desaparición de su hijastra resultara en su regreso habiendo hecho un matrimonio muy ventajoso sería quedarse corta. El señor King estaba encantado y abrazó a su hija calurosamente.

“Oh, querida, ¡estás segura y estoy seguro de que serás feliz! ¡Una dama! Qué maravilloso que tengas un título que acompañe tu herencia,” exclamó, antes de tomar la mano de Miles y estrecharla con entusiasmo. “Bien hecho, muchacho. Muy bien hecho. Te estoy en deuda; prometiste el regreso seguro de mi Susan y lo has logrado con estilo.”

Miles no pudo evitar sonreír. “Supongo que sí,” respondió. “Me alegra que esté complacido, y si pudiéramos retirarnos a su estudio, podemos discutir los detalles del compromiso.”

“Ella recibirá su fortuna, no se preocupe,” dijo el señor King.

“No estaba pensando en eso. Iba a hablar de mi riqueza,” dijo Miles con una sonrisa tímida.

“¡Será tan rico como Creso!” El señor King sonrió a su hija.

“¡Papá! En serio,” dijo Susan, pero no había censura en su tono. “Me alegra que estés feliz con el compromiso.”

“No podríamos haberlo hecho mejor si hubiéramos planeado el matrimonio nosotros mismos, ¿verdad, querida?” El señor King miró a su esposa. “Deberíamos organizar un baile para celebrarlo.”

“¡Oh no!” dijo Susan rápidamente. “¿Seguro que no será necesario? La gente estará curiosa sobre las circunstancias de nuestro matrimonio y estará pendiente de cualquier señal de escándalo. Preferiría intentar volver a la sociedad discretamente.”

“Esa es una forma segura de admitir culpabilidad, y aunque fue una aventura, resultó bien,” señaló Miles con una sonrisa. “Quizás podríamos tener una celebración más pequeña. Sería extraño no tener algún tipo de evento para marcar la ocasión.”

“Así es,” coincidió el señor King. “Vamos a retirarnos a mi estudio, milord, y a conversar con un brandy. Estas dos pueden empezar a planear qué extravagancia les gustaría organizar. No necesitamos estar aquí para los detalles más finos.”

Miles le lanzó a Susan una sonrisa de aliento antes de que los dos hombres la dejaran sola con su madrastra.

Un silencio descendió sobre la pareja, que después de unos minutos fue finalmente roto por Susan. “Preferiría que solo tuviéramos una comida o una pequeña reunión, si no te importa.”

“¿No deseas proclamar a los cuatro vientos tu afortunado hallazgo?”

“No. Toda la escapada me ha dejado un poco agotada y muy cansada,” dijo Susan. “Me gustaría una vida tranquila en el futuro previsible.”

“¿Fuiste tú la que resultó herida? Había sangre en el suelo del jardín.”

“Me dispararon en el brazo,” dijo Susan, frotando la parte superior de su brazo izquierdo. “Tuve suerte de que no hubiera conexión con el hueso, pero aún duele y causó una fiebre severa.”

“Entonces tuviste suerte de salir viva de toda la escapada.”

“Sí.” Susan nunca supo si había algún sentimiento detrás de las palabras de su madrastra, siempre sospechaba que sus comentarios eran hirientes. Otro incómodo silencio descendió.

“¿Y quiénes eran tus verdaderos captores?” preguntó finalmente la señora King.

“El señor Malone y el señor Sage.”

“Podrías haberte casado con uno de ellos.”

“¡No! Su objetivo era acceder a mi herencia, y luego ya no me necesitarían,” dijo Susan, horrorizada.

“Siempre has tenido una imaginación hiperactiva,” respondió la señora King. “Estoy segura de que habrías estado perfectamente segura.”

“Perdón por estar en desacuerdo contigo, mamá, pero no escuchaste las cosas que estaban diciendo. Fue aterrador.”

“Y así fuiste rescatada por el honorable Lord Longdon,” dijo la señora King, sonando aburrida.

“Sí. Casi no lo logra. El clérigo estaba a bordo del barco.” Susan se estremeció.

“Una situación conveniente para ti.”

“No entiendo,” dijo Susan. Era una mujer casada y aun así estaba tan intimidada por su

madrastra como siempre. Parecía que el matrimonio no le daría el valor para enfrentarse a su madre.

"Una vez que tus secuestradores habían sido frustrados, el clérigo estaba allí para llevar a cabo una boda diferente."

"Oh. Ya veo. Sí, claro," dijo Susan rápidamente.

"Y ambos viven felices para siempre."

"Eso espero. ¿No es eso lo que todos desean cuando se casan?"

"Supongo que sí, pero la mayoría de nosotros tenemos que ser pragmáticos y aceptar lo que podemos," dijo la señora King.

"¡Mi padre te ha dado todo lo que deseabas!" dijo Susan, defendiendo ardientemente a su padre.

"Tal vez. El matrimonio puede ser tedioso, como sin duda descubrirás." La señora King miró a Susan evaluativamente. "Tengo que inclinarme ante tu éxito. Nunca habría apuntado tan alto si tuviera tu falta de aspecto y dirección. Realmente te has superado considerando las desventajas que traes a un matrimonio."

Susan se ruborizó profundamente. "Hablas como si hubiera planeado casarme con Lord Longdon."

"¿No lo hiciste? Admitió que le habías escrito. ¿No fue alguna treta para conseguirte al esposo que realmente querías?" preguntó la señora King.

"¿Cómo puedes pensar que sería tan engañosa? ¿Y por qué demonios planearía que me dispararan? ¡Una estrategia temeraria de hecho!" Estaba mortificada de que la situación pudiera ser tergiversada de esa manera y un rubor de calor recorrió su cuerpo al esperar que Miles no pensara lo mismo.

La señora King se encogió de hombros. "Apenas te lastimaron. Lo dijiste tú misma."

"¡Tuve una fiebre tremenda durante días!" exclamó Susan.

"Eres joven y saludable. Una suposición razonable sería que te recuperarías. No, tengo que admitir que lo has hecho bien. Siempre has sido una cosita pálida y poco interesante. Estaba convencida de que tendríamos que aumentar tu fortuna para que alguien te aceptara. ¡Bravo por tu éxito!"

"Afortunadamente, mi esposa no necesitó nada más que sus encantos para tentarme a casarme con ella una vez que me di cuenta de lo tonto que había sido al no reconocer mis sentimientos por ella," dijo Miles desde la puerta abierta. Su voz era tan agradable como siempre, pero su expresión era tormentosa.

Susan esperaba que su madrastra se sintiera avergonzada, pero la señora King apenas se volvió hacia Miles. "Entonces es incluso más afortunada de lo que pensaba al principio," respondió con un encogimiento de hombros.

"Es afortunada de tener un título, una gran propiedad en el campo y haber duplicado su riqueza, porque no soy un pobre, señora," dijo Miles con tono cortante. "Estás equivocada al pensar que su hija ha sido afortunada en nuestro matrimonio. Soy yo quien tiene suerte."

"Mi señor, yo..." empezó Susan.

"Mi querida Susan, ¿qué te sigo diciendo? Usa mi nombre de pila, porque ahora soy tuyo tanto como tú eres mía. No necesitamos formalidades." Miles cruzó la habitación hacia Susan. "Vamos. Volvamos a casa. Hemos cumplido con nuestro deber. Tu padre arreglará para que tus pertenencias y tu doncella sean enviadas a nuestra casa."

Susan siguió a Miles fuera de la habitación. Besando a su padre, quien había permanecido en el pasillo, en la mejilla, se despidió. No habló con Miles hasta que estuvo fuera del alcance de

su padre.

Susan miró a Miles con ojos atormentados. “¿Cuánto escuchó?”

“Lo suficiente para darme cuenta de que ha sido extremadamente paciente con esa mujer a lo largo de los años,” dijo Miles con gravedad. “¿Por qué le disgusta tanto?”

“¿Lo ha notado?” preguntó Susan con una pequeña sonrisa. “Realmente no lo sé. ¿Tal vez celos de que mi padre me adora? Porque lo hace. Inmerecidamente, pues tengo poco que recomendarme, lo sé.”

Entrecerrando los ojos, Miles miró a Susan. “Desearía que no dijera cosas así. Lo he notado recientemente y no es cierto. A todos los que conoce les gusta.”

“Excepto a mi madrastra, el señor Malone, el señor Sage, y ahora a su madre,” respondió Susan con sequedad.

“Esos no cuentan.” Miles sonrió. “Dos están muertos, y los otros dos tendrán que soportarlo.”

“Nunca pensé que diría algo tan perverso como esto, pero espero que dos de ellos estén muertos. Solo podemos estar seguros de la muerte del señor Malone,” señaló Susan.

“Sage no podría haber sobrevivido en el barro. Pero basta de él. No acepte ninguna tontería de mi madre,” instruyó Miles. “Siento que ha sido demasiado dócil con su madrastra. No merece tal censura ni falta de respeto, y me niego a dejar que lo acepte como Lady Longdon. Tiene un título y una posición que mantener; no deje que mi madre o la suya la socaven.”

“He tenido la costumbre de asumir que es solo como soy y que ella tiene razón en criticarme,” admitió Susan. “Y digo esto sin desear despertar ninguna simpatía, pero cuando te dicen que eres sencilla, poco interesante y que no tienes nada de valor que ofrecer, solo es cuestión de tiempo antes de que empieces a creerlo. Un espécimen lastimoso, ¿verdad?”

“Para ser compadecido, tal vez, pero no por algo que haya hecho. Odiaría pensar que Edith ha sido perseguida hasta tal punto,” dijo Miles. No le parecía bien que Susan hubiera sido tratada tan mal.

“Sus palabras son demasiado fuertes,” dijo Susan. “¡No he sido perseguida! Hay personas en situaciones mucho peores que yo. Por favor, no pienses que me quejo, porque no lo hago.”

“Lo cual es mérito suyo. Si tiene más dificultades con su madre o la mía, necesita decírmelo de inmediato.”

“Estoy segura de que no tendré nada de qué quejarme.”

“Eso espero, pero por si acaso lo hace, recuerde que ahora somos una pareja,” dijo Miles. “Superaremos los problemas juntos.”

“Gracias.”

Miles nunca sabría cuánto significaron sus palabras para Susan. No pensó que podría amarlo más. Parece que sí podía.

Capítulo 12

Susan se sentó en el borde de su cama en la habitación asignada para la dama de la casa. Siendo una casa en Londres, solo había una pequeña sala de estar separándola del dormitorio principal. Un vestidor estaba al otro lado de la pared opuesta. La suya una habitación grande, con dos guardarropas, una cómoda, una chaise longue, un escritorio y una gran cama con dosel.

Después de haber pasado media hora mirando la cama, Susan finalmente reunió el valor para moverse y sentarse en el borde de ella.

Era su noche de bodas.

Estaba casada con un hombre del que había estado enamorada durante años.

Entonces, ¿por qué estaba aterrorizada de lo que estaba por venir?

Retorciendo su camisón hasta que quedó fuertemente envuelto alrededor de sus dedos, se maldijo en silencio. Esto no estaba bien. Se acercó a la chimenea y calentó sus manos cerca de las llamas.

Cuando ya no pudo demorarlo más, se acercó rápidamente a la cama y se metió bajo las era mantas. Tirando de las cobijas hasta los hombros, se sentó por un rato.

Finalmente, se dio cuenta de que su esposo no la iba a visitar, y se acostó. Todavía mirando la puerta que daba a la sala de estar, finalmente se quedó dormida inquieta.

*

Miles había reflexionado mucho sobre qué hacer en su noche de bodas. Sería fácil ir con Susan: le agradaba y saber que ella tenía sentimientos por él haría más fácil cumplir con su deber como nuevo esposo, pero le parecía incorrecto.

Después de dos grandes copas de oporto, decidió que lo mejor era seguir siendo amigos. Por primera vez, le dio crédito a lo que su hermana había insistido: estar enamorado de la persona con la que se casa. Estaba en una situación que no había elegido, pero estaba seguro de que podían vivir juntos de manera amigable. Asintió a su ayuda de cámara para que preparara su ropa de dormir.

Una pena que la amabilidad no fuera amor, pero no estaba enamorado de Susan, así que no había ningún beneficio en actuar como si lo estuviera, excepto cuando estuvieran en compañía. Entonces sería importante que ambos mantuvieran la fachada de estar felizmente casados.

Después de despedir a su ayuda de cámara, apagó su vela y se metió en la cama. Ser amigos tendría que ser suficiente.

*

Susan se sintió aliviada al descubrir que su suegra no apareció abajo hasta que comenzaron las visitas matutinas. Sentirse un poco nerviosa por ver a Miles ya era bastante malo sin ser escrutada por una mujer que no había mostrado ninguna bienvenida hacia ella.

Sonrojándose cuando Miles entró en el comedor, le dio una sonrisa tímida. "Buenos días."

"Buenos días, Susan. Quizás desee escribirle a Edith esta mañana. Le he enviado un mensaje urgente sobre nuestra situación, ya que ya he enviado el aviso al *Times*. Puede contarle

tanto como elija; dejaré en sus manos cuánto revele," dijo Miles amablemente.

"Me gustaría contarle todo," dijo Susan. "Nunca hemos tenido secretos hasta ahora, así que no me gustaría empezar."

"Edith será discreta," coincidió Miles.

"Sí," respondió Susan. No había duda en la mente de Susan sobre la discreción de Edith, ya que su amiga no había revelado su secreto cuando le había confesado sus sentimientos por Miles.

"¿Vamos a tener un día tranquilo hoy y empezar a aceptar invitaciones a partir de mañana?"

"Creo que sería lo más sensato. Deje que la gente se recupere del shock de ver el aviso en el periódico antes de que salgamos."

"Me gustaría llevarla a Barrowfoot House, pero tendríamos que estar un tiempo fuera para viajar allí y volver y pasar un par de días allí," meditó Miles. "Podría parecer extraño si dejamos Londres tan pronto, ¿no cree?"

"No, no creo. Estaría feliz de irnos hoy. Para cuando volvamos, nuestra historia ya será noticia antigua," sugirió Susan. "Podríamos clasificarlo como nuestro viaje de bodas."

"Esa es una buena idea." Miles sonrió. "¿se siente lo suficientemente bien para el viaje? Hace solo unos días no podíamos considerar viajar por el país con usted en una carreta."

"Estaré bien," le aseguró Susan. "No es la misma distancia, y si podemos tomarnos nuestro tiempo, el viaje no debería ser demasiado agotador."

"En ese caso, iremos a un ritmo relajado," dijo Miles. "¿Empezamos esta tarde?"

"Sí, por favor." Así habría menos incomodidad entre su madre y yo, pensó Susan, pero no expresó las palabras. No deseaba que ninguno de ellos se sintiera más incómodo de lo que ya estaban con la situación actual.

Embarcarse en otro viaje tan pronto no le atraía necesariamente a Susan, pero estar fuera del escrutinio público sí lo hacía. Pasó la mañana escribiendo una carta a Edith, una vez que le había dado instrucciones a su criada sobre qué vestidos empacar. Su pobre criada apenas se había instalado en la habitación, y ya estaba volviendo a llenar un baúl.

*

Susan se había preguntado sobre los arreglos para dormir durante el viaje, ya que tomaría dos noches a un ritmo relajado para viajar hasta la casa familiar, pero Miles se encargó de todo. Se consiguieron dos habitaciones y, aunque se aseguró de que estuvieran una al lado de la otra, una vez que se dijeron buenas noches, Susan no fue molestada por su esposo.

Aunque sintió una ligera decepción y alivio la primera noche, después de eso parecía haber un peso muerto en el estómago. No pensaba que desapareciera pronto. La idea de una noche de bodas en el verdadero sentido de la palabra la había preocupado, pero el hecho de que Miles no hubiera ido a su habitación se sentía como un rechazo. Obviamente no era lo suficientemente atractiva para tentarlo, sin importar los elogios que él hubiera pronunciado como resultado del desprecio de su madrastra.

Al entrar en los terrenos de la casa Longdon, Susan miraba por la ventana mientras la carreta avanzaba por el camino de entrada. Se había permitido que se formara un bosque natural a lo largo del camino, ofreciendo vistas de más áreas verdes a través de los árboles. A medida que la carreta avanzaba, el bosque terminaba y el espacio se abría a la vista de la casa, rodeada de jardines más formales. Era una forma impresionante, aunque natural, de ver la casa.

"Siéntase libre de cambiar cualquier cosa en la casa que desee," dijo Miles mientras las

vistas familiares lo saludaban.

"Podría arrepentirse de haber dicho eso," dijo Susan con una sonrisa.

"Confío en que cambiará lo que necesite ser cambiado y mejorado según lo considere adecuado. No es del tipo que cambia las cosas solo por el gusto de hacerlo."

"Hmm, no estoy segura de querer ser considerada tan sensata y predecible," reflexionó Susan, con un brillo en sus ojos.

"Como preferiría eso a los excesos de mi madre, créame cuando digo que es un cumplido."

Cuando llegaron a una parada en frente de la moderna casa de estilo palladiano, Susan se recostó. "Otra fila de sirvientes para saludar."

"Como son sus sirvientes, disfrute de su bienvenida," animó Miles.

"Desearía tener más de su carácter afable y sociable. Soy demasiado inclinada a ser reservada."

"Es amistosa y acogedora de manera tranquila. La gente responde bien a usted. No subestime sus atributos," le aseguró él.

Susan aceptó su brazo mientras salía de la carreta. Lucía como una dama refinada, con un elegante vestido de viaje azul, con un sombrero y guantes en crema. Toda su ropa era exquisita, a pesar de los intentos de su madrastra por hacerla más atrevida. La falta de un ajuar nupcial no había sido una desventaja al decidir qué necesitaba para su primera visita a su nuevo hogar; tenía ropa bellamente confeccionada y adecuada para su nueva posición.

Ver la casa en la que su esposo había nacido y crecido era de interés para Susan, por lo que fue con los miembros cansados que se desplomó en la cama esa noche. Pasaron un día agradable juntos, pero como de costumbre, Miles le había dado un beso en la mejilla y le deseó buenas noches antes de dejarla para entrar en su propia habitación.

Inquieta, Susan dio vueltas en la cama durante un rato. Aunque estaba físicamente cansada, su mente no estaba en sintonía con el resto de su cuerpo.

Caminó hacia el amplio y aireado salón que separaba su habitación de la de su esposo y se sentó en una silla cómoda frente al fuego aún ardiente. Acomodando su chal alrededor de sus hombros, miró las llamas bajas.

Había parecido la respuesta a todos sus sueños casarse con Miles. En cambio, estaba resultando ser una especie de tortura lenta. Sus manos anhelaban tocarlo, pero aparte de ofrecerle el brazo y el casto beso de buenas noches, no había contacto físico entre ellos.

Suspirando, miró desinteresadamente alrededor de la habitación. Las cosas podrían ser mucho peores; debería estar agradecida por lo que tenía. Estaba agradecida, pero ¿era tan malo desear más? ¿Anhelar más?

Al escuchar un ruido, Susan se tensó. Miles nunca la había visto en su ropa de noche, y el sonido provenía de su habitación. Si él entraba en su salón compartido, ¿pensaría que debería estar vestida de manera más prudente?

El ruido se repitió. Se dio cuenta de que era un sonido de angustia. Susan se levantó y corrió hacia la puerta de la habitación de su esposo.

Abriendo la puerta lentamente, Susan asomó para ver una habitación casi idéntica a la suya, pero decorada en rojos y dorados, en contraste con los más femeninos limones de su habitación. Miles estaba en la cama, pero se agitaba y gemía en su sueño. Los gemidos se mezclaban con gritos que parecían nombres de personas.

Susan supuso que era una especie de pesadilla. Se detuvo cuando el valet de Miles entró por la puerta del vestidor.

“Señora,” dijo el valet en un susurro. “Me encargaré de su señoría. No hay nada de qué preocuparse.”

“¿Tiene estas pesadillas a menudo?” Susan se sonrojó ante la admisión tácita de que nunca había compartido una cama con su esposo, pero no era lo suficientemente ingenua para pensar que el valet no sabría exactamente dónde dormía su amo.

“Sí, señora. Generalmente cuando está agotado,” respondió el valet.

“¿Lo despertamos?” preguntó Susan.

“De alguna manera... es cuestión de sacarlo de un sueño tan profundo, pero muy lentamente. Hacerlo rápidamente corre el riesgo de que su señoría reaccione, no a propósito, por supuesto.”

“Entiendo.” Susan asintió. “Déjeme atenderlo.”

“He hecho esto más veces de las que me gustaría recordar y sé exactamente qué hacer,” dijo el valet. Sus palabras eran suaves, no dichas para hacer sentir a Susan menospreciada.

“Mi esposo me cuidó de una manera que nunca podré retribuir realmente. Me gustaría cuidar de él ahora que lo necesita. Prometo ser gentil y cuidadosa.” Sus palabras eran sinceras. Verlo angustiado le rompía el corazón.

El valet asintió, entendiendo en sus ojos. “Solo despiértelo lentamente, señora. Odiaría que él la golpeara y la lastimara, imaginando que todavía está en el campo de batalla.”

“Si lo hace, será culpa mía, no suya,” respondió Susan. “Gracias por el consejo. Ahora, descanse. Lo llamaré si necesito ayuda.”

Una vez que el sirviente se hubo ido, Susan se volvió hacia su esposo. No tenía idea de qué hacer para aliviar su dolor. Todo lo que hiciera sería prueba y error, pero Miles necesitaba consuelo, y estaba decidida a ayudarlo.

Dejó su chal al pie de la cama y se sentó junto a Miles. Al notar que la mesa de noche estaba vacía, se dio cuenta de que él y su valet estaban preparados para este tipo de situación. Si no había nada en la mesa de noche, no podía lastimarse a sí mismo, ni causar accidentalmente un incendio al derribar una vela encendida.

Tocando a Miles con suavidad, susurró su nombre. Se quedó quieto cuando ella habló, pero después de un momento, sus murmullos continuaron.

Aumentar la presión no funcionó, dejando a Susan mirando a su esposo, tratando de decidir el siguiente curso de acción. Pronto, tomando una decisión que, aunque la hizo sonrojar, era lo correcto, se movió al lado opuesto de la cama. Subió y se acercó lentamente a Miles, hablándole todo el tiempo. Nunca había estado tan cerca de él, pero todos los pensamientos egoístas se desvanecieron a medida que su prioridad era el cuidado de Miles.

“Miles, soy yo, Susan. Está teniendo una mala pesadilla. Es hora de despertar. Está a salvo. ¿Oye, Miles? Está a salvo y con Susan.” Poco a poco, se acercó a él bajo las cobijas.

Era una posición extraña, pero mantuvo su enfoque. Acostada a su lado, comenzó a acariciar su rostro, todavía hablándole. “Creo que necesitamos planificar nuestra exploración de sus terrenos para mañana, ¿no cree? ¿Podemos ir en una gig? Estoy segura de que debe tener una. Tengo que admitir, este maldito brazo todavía duele un poco, y montar lo agravaría. Debe pensar que soy una débil, pero tendré que estar de acuerdo con usted en ese aspecto. ¿Puede oírme, Miles?”

Con un movimiento repentino, Susan fue lanzada de espaldas, con los brazos bruscamente estirados por encima de su cabeza. Los ojos de Miles ni siquiera estaban abiertos, pero sus murmullos eran urgentes e incoherentes.

Susan sofocó un grito de sorpresa que se habría convertido en un gemido de dolor si no

hubiera estado mordiendo su labio. Su brazo tratado de manera tan brusca le trajo lágrimas a los ojos, pero no iba a emitir un sonido de incomodidad.

"¡Miles! ¡Miles! Despiértese. Soy Susan. Me está lastimando el brazo. ¡Miles! Oh, por favor, despierte." Ella sollozó en voz baja cuando el dolor se volvió insoportable. La advertencia del sirviente adquirió de repente un significado más profundo que el que tenía cuando se había emitido por primera vez.

Miles se detuvo y luego se desplomó a su lado. Si sus brazos no hubieran estado sobre su cabeza, él habría caído sobre ellos, estaba tan cerca. Susan movió lentamente sus brazos hacia su pecho, mordiendo sus labios mientras su brazo herido se quejaba del movimiento.

Parecía haber caído en murmullos en lugar de gemidos y gritos. Susan se obligó a usar su brazo sano, y aunque tuvo que estirarse a lo largo de su cuerpo, acarició el rostro de Miles.

"Está a salvo, Miles. Todos estamos a salvo. Soy Susan. Su esposa. Estoy aquí para ayudarlo," susurró una y otra vez.

Finalmente, Miles parpadeó, con los ojos desenfocados. "¿Susan?"

"Sí. Estoy aquí. Ha estado teniendo pesadillas. No quería que estuviera solo."

Miles se quedó inmóvil, pero luego cerró los ojos. "Susan," dijo en voz baja, atrayéndola hacia él. Susan se giró mientras él la movía, y él se acurrucó alrededor de su cuerpo.

Preguntándose qué haría una vez que su cuerpo estuviera tocando todo su cuerpo, Susan se tensó un poco. Miles rodeó su cintura con su mano, y su cabeza se hundió en su cabello, su aliento haciéndole cosquillas en el cuello.

En unos pocos momentos, ella se dio cuenta de que él se había quedado dormido, su respiración era lenta y regular. Relajándose un poco, Susan rodeó con su propia mano la que la envolvía. Sintiendo una pequeña sensación de logro y placer al poder ayudarlo, finalmente dejó que la respiración constante de Miles la arrullara hasta dormir.

*

Miles se despertó sabiendo que había tenido uno de sus ataques de pesadillas durante la noche. Siempre despertaba con un dolor de cabeza severo, aunque cuando parpadeó al despertar, tuvo que admitir que el dolor actual en su cabeza era menos debilitante de lo habitual.

Sin esperar instrucciones, su sirviente le ofreció una bebida, que Miles se incorporó para tomar.

"¿No estuve tan mal como de costumbre anoche?" preguntó. No tenía sentido pretender que no había pasado nada; ambos habían pasado por la rutina suficientes veces como para que se considerara casi normal.

"Temo no poder decirlo, milord."

"¿No me escuchó? ¿Cómo sabía que necesitaba mi bebida, entonces?" Miles le devolvió el vaso vacío.

"La señora Longdon dijo que deseaba cuidarle. Le expliqué que era una rutina bien practicada para ambos, pero ella insistió en que quería quedarse con usted," admitió el antiguo ayuda de cámara y sirviente.

Miles se horrorizó. "¿Susan? ¿Mi esposa me vio así?"

"Parecía muy capaz y tranquila," dijo el sirviente de manera tranquilizadora.

"Dios mío, Ashurst, ¿por qué permitió eso? Probablemente ya esté a mitad de camino de regreso a Londres."

Ashurst tosió levemente. "Pido disculpas por hablar sin permiso, milord, pero la señora Longdon solo dejó la cama cuando yo entré en su habitación. Ofrecí mis más sinceras disculpas por molestarla, pero ella fue extremadamente magnánima al respecto y regresó a su propia

habitación.”

Miles se sonrojó. “¿Ella pasó la noche? ¿En mi cama?”

“Sí.” Era una conversación en la que ninguno de los dos deseaba participar, pero Miles no era lo suficientemente tonto como para pretender que su sirviente, al menos, no sabía cuál era el verdadero estado de su matrimonio.

Levantándose de la cama, Miles se dirigió hacia el biombo para lavarse y vestirse. Hizo una mueca al darse cuenta de que Susan sabía lo afectado que estaba. Ella tenía todo el derecho de ingresarlo en un manicomio, pero de alguna manera sabía sin siquiera verla que ella no lo condenaría. De hecho, si lograba pensar a través de la niebla que siempre seguía a una noche perturbada, podía recordar vagamente la sensación de ella.

Nunca había pasado la noche con nadie, ni siquiera con las amantes con las que había coqueteado antes de ir al Continente. Una vez que regresó y se dio cuenta de lo que ocurría durante sus pesadillas, no había forma de que arriesgara a que alguien lo viera en un estado tan vulnerable. Sintiendo una punzada de remordimiento por no poder recordar adecuadamente haber estado con Susan toda la noche, se consoló con el hecho de que al menos inconscientemente había sabido que ella estaba allí, como lo demostraba el dolor de cabeza reducido.

Una consecuencia interesante de su presencia, pensó.

Capítulo 13

Cuando él entró en el comedor, Susan ya estaba sentada. Ella levantó la vista, con expresión ruborizada y un poco cautelosa, pero Miles le sonrió.

"Buenos días," dijo, acercándose a ella. "Creo que tengo que agradecerle por el dolor reducido esta mañana." Inclinándose para darle un beso entre sus rizos, le apretó suavemente el hombro.

"No entiendo."

"Lo que sea que ocurra aquí," dijo Miles, tocándose la cabeza, "que causa las pesadillas me deja con un dolor de cabeza terriblemente fuerte. Esta mañana no es tan malo."

"Me alegra." Susan se sintió inadvertidamente complacida por la respuesta de Miles. Eso compensaba su propio dolor por haber tratado su herida tan bruscamente. "¿Con qué frecuencia sufre de ellas?"

"Demasiado a menudo para mi gusto," admitió Miles. "Podría desear encerrarme cuando haya escuchado mis gritos demasiadas veces." Sus palabras fueron dichas de manera frívola, pero había un toque de preocupación detrás de ellas.

"¡Sería una esposa muy pobre si siquiera considerara eso por un momento!" respondió Susan con fervor. "No he visto lo que usted ha visto, así que ¿por qué lo condenaría por sus pesadillas? Me impresiona que pueda funcionar en absoluto. No estoy segura de que yo pudiera. Grité cuando vi el cadáver del señor Malone; nunca habría soportado un campo de batalla lleno de cadáveres."

Miles sonrió tiernamente a Susan. "Es un amor. Gracias. Sus palabras significan mucho. Desde que regresé de Francia, normalmente odio ser forzado a dormir cerca de alguien que no esté en mi círculo íntimo. No es una debilidad que me guste reconocer públicamente."

"Su cautela probablemente empeora su situación, ya que no puede relajarse adecuadamente si está preocupado por gritar en la noche. Prometo que no hablaré con nadie sobre esto y haré todo lo que pueda para ayudar," dijo Susan.

"Me parece que me he casado con un tesoro." Miles sonrió, recuperando su jovialidad habitual. "Como un premio, creo que deberíamos explorar nuestra tierra a caballo hoy."

Susan frunció ligeramente el ceño. "¿Podríamos usar un vehículo? Mi brazo todavía está un poco adolorido."

"¿Lo está? ¿Necesita ver a un doctor?"

"¡No! En absoluto," respondió Susan rápidamente. "Unos días más y estoy segura de que volveré a ser la de siempre. Preferiría montar mis propios caballos de todos modos, y aún están en Londres."

"Usted es igual que Edith, prefiriendo sus propios caballos a cualquier otro," dijo Miles, divertido.

"Como oficial de caballería, debería entender nuestros sentimientos," dijo Susan.

"Lo entiendo. Completamente. Entonces, será en carruaje," dijo Miles, comenzando a comer su plato de comida.

Susan lo observaba disimuladamente. Él era todo lo que había esperado de un esposo, excepto por estar enamorado de ella, por supuesto. Ansiaba tocarlo. Maldiciéndose a sí misma por sus sentimientos de placer al estar junto a él la mayor parte de la noche, tomó un sorbo de su té. Había sido exquisito estar acostada en la misma cama que él, con su cuerpo envuelto

alrededor del suyo. Puede que fuera lasciva, pero anhelaba lo físico que un matrimonio amoroso traía, incluso si solo había amor de un lado.

Miles era perfecto. Solo deseaba que la quisiera como esposa en el sentido más verdadero de la palabra. Por ahora, tendría que contentarse con que él le gustara, pero su corazón anhelaba la capacidad de convertir ese gusto en amor.

*

Visitar a los inquilinos y explorar las tierras llenaba a Susan de la emoción de ser la dueña de su propio hogar. Charlaba mientras regresaban a la casa después de muchas horas de exploración.

"No me sorprende que todo esté en orden en su finca. No parece un terrateniente negligente," dijo Susan mientras viajaban en su carro.

"Gracias, pero el mérito es de mi padre y mi hermano mayor, no mío," dijo Miles. "He estado fuera por tantos años, cualquier cosa podría haberle pasado a la finca si yo hubiera estado a cargo. Fue extraño regresar a casa y saber que yo era el jefe de la familia." Reconoció parte de la realidad de los cambios en su familia.

"Usted y Edith sufrieron demasiadas pérdidas en poco tiempo."

"Sí. Pasar de tener una madre, padre, dos hermanos y una hermana a solo una madre y una hermana fue una experiencia sobria," dijo. "No estoy seguro de si realmente hice el duelo adecuadamente por ellos. Me avergüenza admitir que no sé si Edith lo hizo tampoco. Estaba ocupada apoyando a Madre y manteniendo la finca funcionando hasta que yo regresara. Ella se las arregló admirablemente, aunque era muy joven para asumir una carga tan grande."

"La extraño, y no ha pasado mucho tiempo desde que se fue," dijo Susan.

"¿Ya se está cansando de mí?" preguntó Miles.

"Oh, definitivamente." Susan se rio. "Espero que pasemos bastante tiempo con ellos cuando regresen de su viaje de bodas."

"Depende de si le gusta pasar tiempo en el campo," dijo Miles. "Sé que Edith ya ha tenido suficiente de Londres, y Ralph nunca fue muy aficionado. Son una pareja perfecta en ese sentido, al menos."

Mirando a Miles de reojo, sintiéndose audaz, Susan le apretó la mano. "Son una buena pareja en todos los sentidos. Usted se preocupa demasiado."

Miles le dio una palmadita en la mano y sonrió. "Lo sé. Ella es aún más preciosa para mí que nunca. Se burlaría de mí si se diera cuenta, aunque creo que lo sospecha."

"No sé qué pensará de nuestra unión." Susan se volvió para mirar la casa a la que se acercaban.

"Le ha contado toda la historia. Ella entenderá," la aseguró Miles.

"Sí, tiene razón. Ella entenderá todo," dijo Susan, recordando la conversación que había tenido con su amiga sobre el afecto que sentía por el hermano de Edith.

*

Ocho días después, Susan estaba sentada en el salón de su nueva casa en Londres cuando la puerta se abrió de golpe y Edith entró corriendo.

"¡Susan! ¡Dios mío! ¡Estoy tan contenta de que estés aquí sola! ¿Dónde está Madre? No importa, me alegra tener la oportunidad de hablar contigo sin su presencia. Cuéntame todo lo que ha pasado. ¡Tu carta fue una sorpresa tan grande!" Edith parloteó. Estaba vestida para salir al aire

libre y parecía un poco despeinada, pero Susan notó otro cambio en su amiga. La felicidad irradiaba de ella. Siempre dominante, Edith había sido la reina de la respuesta aguda y la mirada altiva. Su expresión ahora era cálida y feliz. Claramente, el matrimonio le sentaba bien.

Riendo, Susan se levantó para saludar a su amiga y ahora cuñada. "¡Edith! ¿Qué haces aquí? ¡Se supone que estás en tu viaje de bodas!"

"Le dije a Ralph que teníamos que regresar de inmediato. Puede que me haya perdido tu boda, pero necesitaba verlos a ambos. Creo que Ralph estaba tan curioso como yo porque no ofreció ninguna queja," dijo Edith.

Era muy parecida a su hermano, con cabello castaño oscuro y ojos grises claros. Edith siempre estaba inclinada a decir lo que pensaba y había reprendido a los galanes de la sociedad cada vez que pensaba que estaban siendo ridículos al cortejarla, especialmente a los que habían dejado claro que era su fortuna lo que les interesaba. Esto había resultado en que muchos hombres la evitaran, especialmente cuando veían el destello en los ojos de su madre al fijarse en posibles pretendientes. No había sido una temporada feliz para Edith.

"Oh, Dios," gimió Susan. "Debes despreciarme."

"¿Por qué haría eso?" preguntó Edith. "Eres mi mejor amiga, y ahora eres mi hermana. ¿Qué más podría querer?"

"Pero conoces mis verdaderos sentimientos," susurró Susan. "Te prometo que no tramé ninguno de los eventos para atrapar a tu hermano."

"¡Por supuesto que no!" dijo Edith. Tomando las manos de Susan en las suyas, la condujo a un sofá donde podrían sentarse una al lado de la otra. "Ahora, vamos, cuéntamelo todo desde el principio."

*

"Pensé que tenías tantas probabilidades de casarte como yo," dijo Ralph, soltando una nube de humo del cigarro que su amigo le había encendido.

"Dado que tú estás casado, no es la mejor comparación," respondió Miles secamente.

"Quizás no. Pero rescatar a la señorita King – disculpa, Lady Longdon – lo entiendo. Volverse atado de por vida parece un poco excesivo, a menos que lo hayas querido, por supuesto. En ese caso, te felicitaría sinceramente," dijo Ralph. Era un hombre que no solía sonreír mucho, y sus rasgos oscuros y angulares lo hacían parecer más severo de lo que era. Desde su matrimonio, estaba comenzando a convertirse lentamente en un hombre más relajado y más capaz de participar en las bromas de su esposa, pero iba a pasar mucho tiempo antes de que ocurriera un cambio importante.

"No. No quería," admitió Miles. "Una maldita apuesta en White's significaba que tenía poca elección, o ella sería arruinada. Su maldita madrastra había difundido por la ciudad que había huido como una especie de aventura romántica. La maldita idiota. No le ha hecho ningún favor a Susan desde que se casó con King. Además, él no tiene el valor para enfrentarse a su esposa, creo."

"No es una historia inusual."

"No. Pero creo que ha afectado los sentimientos de autoestima de Susan. Lo cual no ayudó cuando mi propia madre se comportó de manera vergonzosa cuando regresamos a casa," dijo Miles con una mueca.

"Parece que has tenido un buen tiempo con todo eso."

"No ha estado tan mal desde que hicimos nuestros votos," dijo Miles. "Es una chica agradable."

“¿Eso es lo mejor que puede decir?” se burló Ralph.

Enrojeciendo, Miles defendió sus palabras. “Nunca se podrá decir que es un matrimonio por amor para quienes realmente nos conocen, aunque eso es lo que decimos a los demás. Un afecto y consideración secretos de larga data.”

“Lo cual se demostrará incorrecto en el momento en que la gente los vea, si considera a tu esposa como meramente ‘agradable’.”

Miles se encogió de hombros. “Han pasado unos días. Estoy seguro de que nos adaptaremos a lo que ahora es nuestra vida.”

“¿Se da cuenta la pobre chica de que se ha casado con un maldito pez frío?” se mofó Ralph.

Un recuerdo del cuerpo de Susan contra el suyo cruzó por la mente de Miles.

Ralph vio el cambio en la expresión de su amigo. “Ah, creo que hay esperanza para ti después de todo.”

“Dices tonterías,” replicó Miles.

“Espero que no, o ambos sufrirán como resultado.”

*

“¿Y no es maravilloso el matrimonio?” preguntó Edith después de que Susan le contara todo lo que había sucedido en las últimas semanas.

“No creo que nos hayamos acostumbrado a estar cómodos el uno con el otro todavía.” Susan miró a Edith, con un rubor en sus mejillas.

“¿No están viviendo como marido y mujer?” exclamó Edith.

“¡Oh, por favor, Edith!” Susan apeló a su amiga. “Por supuesto que no. Fue un matrimonio de conveniencia, para evitar mi ruina. No puedo esperar nada más.”

“Pero amas a Miles,” señaló Edith.

“Tú lo sabes y yo lo sé, pero él no,” susurró Susan.

“Entonces ya es hora de que lo sepa.”

“¡No! ¿Y si me rechaza, Edith? No podría enfrentarlo. Ya me siento una completa impostora, pero somos amigos. No puedo arriesgarme a que él se aleje de mí si descubriera que he estado enamorada de él durante años.”

“¡Oh, querida Susan! Sería un tonto si rechazara un afecto sincero.” Edith abrazó a Susan.

“Oh, no seas amable conmigo, Edith,” dijo Susan, alejándose un poco. “Creo que lloraré si lo hace. Tengo que aceptar mi posición y estar agradecida por lo que tengo. Como dijo tu hermano, nos llevamos bastante bien. Eso tiene que ser suficiente.”

“Nunca pensé que diría que Miles es un tonto, pero lo es,” dijo Edith en voz baja. “Lamento que un matrimonio con él sea un desastre. Tú mereces más que eso.”

“No es culpa de él. No es culpa de nadie aparte de ese sinvergüenza, Sage.”

“Sí, ciertamente le echo toda la culpa a él, pero me entristece que estés en un matrimonio sin amor. Es irónico que sea con el hombre que amas. De hecho, creo que es cruel que así sea,” dijo Edith, agarrando suavemente las manos de Susan en un acto de consuelo.

“No. Estoy feliz de pasar tiempo con él y de tratar de ser tan buena esposa como pueda dadas las circunstancias,” dijo Susan, por primera vez mintiendo a su amiga más cercana.

*

“¡Mi hermano es un completo cabezota!” exclamó Edith una vez que estuvo sentada en su propio carruaje, acurrucada junto a su esposo.

“No puedo estar en desacuerdo contigo en eso,” respondió Ralph, rodeando con sus brazos a su esposa y besándola.

“¡Detente!” rio Edith. “Estoy tratando de insultar a mi hermano.”

“Preferiría besarte hasta distraerte.”

“Lo haces todo el tiempo.”

“Bien. Ahora déjame hacerlo un poco más.”

“¡No!” dijo Edith, usando sus manos para empujar el pecho de Ralph. No se alejó mucho; no le gustaba estar lejos de él por mucho tiempo.

Ralph suspiró. “Háblame rápido, y entonces al menos podré besarte parte del camino a casa. Le dije al cochero que tomara la ruta larga. He decidido que vivimos demasiado cerca de tu hermano. ¿Cómo puedo besarte hasta dejarte sin sentido en diez minutos?”

“Eres incorregible.” Edith sonrió, antes de ponerse seria. “Susan ha estado enamorada de Miles desde hace mucho tiempo.”

“Eso ayudará a que su historia resista el escrutinio.”

“No cuando ambos actúan como simples conocidos y no como una pareja recién casada,” se burló Edith.

“Le señalé algo similar a Miles,” dijo Ralph. “Pero los matrimonios no siempre son por amor.”

“Estoy de acuerdo, pero el de ellos se supone que lo es,” dijo Edith. “Se casaron para evitar que Susan se arruinara, pero seguramente los canallas que hicieron las apuestas los estarán vigilando de cerca. Parece un plan condenado al fracaso cuando debería ser un éxito garantizado. Merecen felicidad por diferentes razones, pero estoy segura de que, si fueran más abiertos el uno con el otro, el resto seguiría naturalmente.”

“Lo admito, me pareció una apuesta algo extraña,” dijo Ralph. “Pero estoy seguro de que estarán bien.”

“Tienes más confianza que yo,” admitió Edith. “Y siento tanta pena por Susan. Sigo tratando de pensar si hay algo que podamos hacer para ayudar.”

“No. No. No,” dijo Ralph firmemente. “Si interviniéramos, terminaría en desastre.”

“Pero si tuviéramos éxito…”

“No espero que seas sumisa en muchas situaciones,” dijo Ralph. “Pero en este caso, debes confiar en mí. No interfieras.”

Edith hizo un puchero, pero luego frunció el ceño. “Creo que la apuesta se hizo de muy mal gusto.”

“Otra razón más para no gustarnos la sociedad a la que pertenecemos,” dijo Ralph.

“Me alegra que pasaremos tiempo en el campo.”

“¿Nos iremos pronto?” preguntó Ralph con esperanza.

“¿Podríamos quedarnos un poco más para mostrar apoyo a Miles y Susan?”

“Edith...” advirtió Ralph.

“Prometo que no me entrometeré,” dijo su esposa obediente. “Apoyarlos no es lo mismo que involucrarse en su situación.”

“Siempre y cuando no sea interferir con otro nombre.”

“Desde luego que no, mi amor. Ahora, ¿qué estabas diciendo sobre besarnos?”

Capítulo 14

Susan observaba cómo su sirvienta le arreglaba el cabello con cuidado adicional. Esta noche se celebraba la reunión de algunos de sus amigos para conmemorar su matrimonio. Deseaba poder cancelar todo, pero su padre insistió en mostrar su logro de haber asegurado a un hombre titulado y adinerado. Al menos había logrado convencerlo de no hacer un gran baile. Eso no lo hubiera soportado.

Cerró los ojos un momento y tragó. Los últimos días habían sido difíciles, por decir lo menos. Estar en sociedad, con su situación convertida en el tema de la temporada, no era lo que había planeado. Dondequiera que fueran como pareja, eran observados, atendidos y se les hacían preguntas sobre sus peripecias. Encontraba toda la situación bastante agotadora, pero lo peor era la creciente rigidez en las sonrisas de Miles y la forma en que parecía distanciarse de ella.

Cualquier esperanza de desarrollar la amistad que habían compartido al principio parecía imposible cuando sentían que eran la pareja más popular de toda Londres. Lo que significaba que, en cuanto entraban en una sala, se separaban; los caballeros felicitaban a Miles y lo llamaban perro astuto, mientras que las mujeres se agolpaban alrededor de Susan, necesitando escuchar cada detalle romántico. Nunca había sido tan popular en toda su temporada, y lo odiaba.

Se sorprendía de no haber despertado en la noche gritando por la presión que sentía. Intentó respirar lentamente para recuperar el control sobre su tormento interior. Con suerte, después de esta noche podrían comenzar a retirarse un poco de la atención y encontrar tiempo para relajarse.

Al bajar las escaleras, sonrió al ver a Edith y Ralph esperándola al pie de la escalera. Miró a Miles con una sonrisa, que él le devolvió, pero la suya se desvaneció al ver una vez más que ya no llegaba a sus ojos.

Su suegra había fingido estar enferma para evitar estar con su hija. Se había desarrollado una grieta entre ambas antes de que Edith se casara, y cada mujer parecía tan obstinada como la otra para superar su disputa. En algunos aspectos, Susan se había sentido aliviada; sabía que la madre de Miles no había creído en su historia, por lo que había menos posibilidades de que su engaño fuera descubierto si su suegra evitaba las celebraciones. Era mejor que las dos invitadas de la anciana se ocuparan de ella; la harían sentir mejor que si hubiera asistido a la comida.

“Te ves encantadora,” dijo Edith. “Ese color te queda muy bien, ¿no es así, Miles?”

Susan llevaba un vestido de seda verde menta con borde crema. Lo había combinado con esmeraldas, alrededor del cuello y en el cabello. En su boda, había heredado las joyas de su madre, y Susan había elegido usar algunas de las piezas favoritas de su madre como homenaje a ella.

“Te ves preciosa,” dijo Miles, avanzando para ofrecerle el brazo. “Vamos, acabemos con esto.”

Sus palabras hicieron que los demás se callaran, y salieron de la casa. Edith intercambió una mirada preocupada con su esposo, pero él solo sacudió la cabeza en advertencia.

Las parejas caminaron la corta distancia hasta la casa de los King en lugar de tomar una carreta. Una lluvia de luces les dio la bienvenida al entrar por la puerta abierta. Fueron los primeros en llegar, como los invitados de honor, pero habían llegado suficientemente tarde para que el señor King saliera al vestíbulo en cuanto llegaron.

“¡Por fin!” dijo el señor King, casi levantando las manos al aire. “¿Dónde se han

metido?”

“Fue culpa mía, papá. Me tardé demasiado en vestirme.” Susan se acercó a su padre y le dio un beso en la mejilla. “¿No ha llegado nadie aún?”

“No. Pero estaba preparando para pedir que los carruajes que llegaran se mantuvieran un poco más en las calles.”

Susan se rio. “Hemos invitado a nuestros amigos más cercanos. No les habría importado llegar antes que nosotros.”

“Sí. Sí. Vengan. Vamos al salón.” El señor King los apresuró al gran salón tan pronto como se deshicieron de las capas y abrigos.

Después de saludar a la señora King, les ofrecieron bebidas, que apenas habían tocado sus labios antes de que Jones y Dunn entraran, seguidos de los otros treinta invitados.

Los dos capitanes hicieron un alboroto con Susan y pronto la hicieron reír, junto con Edith, lo que le dio a Ralph la oportunidad de acercarse a Miles.

“Sugiero que te veas menos como si te llevaran al patíbulo y más como si estuvieras contento con tu nueva esposa, o aquellos más cercanos y queridos empezarán a dudar de tu sinceridad como nuevo marido,” advirtió Ralph en voz baja.

“No hay nada malo con mi esposa,” dijo Miles. “Es esta maldita farsa de situación en la que estamos que no me gusta.”

“Edith ya está preocupada y tratando de idear formas de hacer que te enamores.” Una media sonrisa apareció en los labios de Ralph al ver el horror en la cara de Miles mientras sus palabras calaban.

“No. Dejes. Que. Ella. Interfiera,” dijo Miles entre dientes.

“La he advertido, pero sabes el efecto que eso tendrá en ella, ¿verdad?”

“¿Cual?”

“Ninguno en absoluto.” Ralph se encogió de hombros. “Tu hermana tiene sus propias ideas. Y es fuerte.”

“Lo sé malditamente bien,” dijo Miles. “Si ella comienza a tratar de arreglar las cosas, los echaré a ambos al campo.”

“Déjame fuera de esto,” dijo Ralph con una risa, antes de ponerse un poco serio. “Tienes que decidir qué vas a hacer si no puedes mantener la farsa. Quizás necesites otro viaje al campo para aliviar la presión.”

Miles suspiró. “Creo que necesito una escapatoria.”

“¿Una escapatoria? ¿De qué?” Dunn preguntó desde detrás de Miles. “¿De esa esposa tan bonita, por supuesto?”

“No. No de ella,” dijo Miles, pero sus dos amigos fruncieron el ceño ante la forma poco entusiasta en que se entregaron las palabras.

“¿La vida matrimonial no es lo que esperabas?” preguntó Dunn, tratando de parecer jovial, pero observando a Miles de cerca.

“Seamos honestos, estaba condenada desde el principio, ¿no?”

“¡Basta de esto!” siseó Ralph. “Pon una maldita sonrisa en tu cara y únete a tus invitados. Si molestas a tu esposa, la mía estará angustiada, y no permitiré que ella esté así. ¿Me oyes?”

“Fuerte y claro.” Miles se alejó de la pareja, con una sonrisa fija en su rostro.

Dunn guardó silencio durante unos momentos antes de hablar. “No pensé que llegaría a esto. Nunca lo había visto tan serio.”

“¿No lo hiciste?” preguntó Ralph. “Dos personas forzadas a unirse solo por circunstancias. Una con pocas opciones y la otra sacrificándose para hacer lo correcto. ¿Cómo

podría haber salido bien?"

Luciendo avergonzado, Dunn tosió un poco. "No viste lo que hicimos en el barco. Ella está obsesionada con él, y él le gusta, probablemente igual, pero no se da cuenta."

"Y pensaste que podrías forzarlos a estar juntos y todo estaría bien," dijo Ralph, mirando al otro hombre con franqueza. "Pensé que la apuesta era una circunstancia extraña tan pronto como supe de ella."

"¡Por Dios, no se lo menciones a Miles! Él cree que es genuina," dijo Dunn apresuradamente. "Si se entera…"

"No soy un tonto," respondió Ralph con desdén.

"Bien. Solo tenemos que hacer que esta noche sea buena. Miles es un ser sociable; se relajará a medida que avance la noche."

"Comenzaría asegurándome de que su copa nunca esté vacía," aconsejó Ralph antes de alejarse.

*

La señora King indicó que su hija debía ser quien repartiera el té, junto con Edith. Cuando la tarea estuvo terminada, Edith se retrasó por un conocido, quien la animó a sentarse y contarles todo sobre su propia boda, lo cual hizo gustosamente.

Susan regresó a su madrastra. "¿Hay algo más en lo que pueda ayudar?"

"No. Creo que puedes considerar la noche un éxito," respondió la señora King.

"Gracias por mantener el evento pequeño. Sé que papá hubiera preferido una gran reunión."

"No voy a permitir que gaste más dinero en ti. Has tenido suficiente indulgencia de nuestra parte. Ahora que has encontrado a alguien que se hará cargo de ti, podemos lavarnos las manos," la sonrisa de la señora King no vaciló, ni su tono reveló el desdén detrás de sus palabras.

"Estoy más que contenta con mi esposo," dijo Susan con severidad. "Ojalá pudieras alegrarte por mí."

"Estoy segura de que estás contenta. Es uno de los partidos, si no el partido, de la temporada," dijo la señora King con desdén. "Lo que me gustaría saber es cómo diablos lograste convencerlo para que se casara contigo. Estoy segura de que saldrá a la luz en algún momento. Estas cosas tienden a salir."

"Perdóname. Creo que la señora Whitworth necesita un rellenado," dijo Susan, negándose a ser arrastrada más allá. No estaba segura de poder mentir de manera convincente en respuesta a las sospechas de su madrastra, y no podía arriesgarse a que ella obtuviera la más mínima pista sobre la apuesta. Si eso sucedía, se sabría en toda la sociedad; Susan estaba segura de ello. Un ligero dolor de cabeza comenzó a formarse detrás de sus ojos por el esfuerzo de mantener su fachada alegre.

Después de que los caballeros se unieran a las damas en el salón, se pidieron bailes. Se retiraron las alfombras y una voluntaria se sentó al piano. Miles llevó a Susan al principio del primer set como la pareja principal.

"¿Has disfrutado la velada?" preguntó él mientras se cruzaban en el baile.

"Tú no lo has hecho," respondió Susan.

Mirando un poco atónito por la respuesta de su esposa, Miles frunció el ceño. "¿Qué te hace decir eso?"

"Te conozco desde hace años, aunque con una ausencia mientras estabas en la guerra, pero te conozco lo suficiente como para darme cuenta cuando estás montando un espectáculo

para los invitados y, sin embargo, desearías estar a kilómetros de aquí," dijo Susan, animada por el movimiento del baile. Podía expresar sus pensamientos sin necesidad de mirar a los ojos de Miles mientras lo hacía.

"¿No?" preguntó Miles.

"En algunos aspectos, sí, probablemente tanto como tú, pero tal vez por razones diferentes."

"¿Oh?"

"Te estás arrepintiendo de tu decisión de ayudar. Yo solo preferiría estar lejos de miradas curiosas. Nunca he buscado ser el centro de atención, y esta situación nos coloca firmemente como el centro de la sociedad," dijo Susan.

"Era lo correcto," respondió Miles, sin negar su evaluación.

"Una decisión que te ha condenado a una vida que no deseabas." El nudo en el estómago de Susan crecía cada vez más.

"Una vida que ninguno de los dos deseaba."

"Quizás no," dijo Susan, en la declaración más cercana a sus sentimientos que alguna vez haría. "Cuando regresemos a Barrowfoot House haremos planes sobre cómo resolver esto de alguna manera."

"No entiendo cómo puede cambiar algo," dijo Miles. "Hemos tomado la decisión sobre lo que era lo mejor."

"No. Te forzaron a tomar una decisión, y no estás feliz. No voy a quedarme de brazos cruzados y verte sufrir," dijo Susan con firmeza, pero lo suficientemente bajo para no ser escuchada por los otros bailarines. Cualquiera que los mirara presumiría que estaban teniendo una conversación susurrada de los recién casados.

"Lo haces sonar como si odiara estar contigo," dijo Miles. "No lo odio. Quiero que lo sepas."

"Quizás no en este momento, pero lo harás eventualmente." Susan parecía desmoronarse mientras pronunciaba las palabras. "Necesito hacer algo antes de que eso ocurra."

Miles miró a su esposa con preocupación. Sus palabras lo inquietaban más de lo que habría anticipado. Odiaba la situación. La detestaba con pasión, pero estaba siendo honesto cuando admitió que su enojo no estaba dirigido hacia ella. Ya sabía que ella era amorosa y considerada con los demás. Era una persona genuinamente decente.

"Prometo que de una manera u otra serás libre para llevar tu vida como desees. Quizás no para casarte con la persona que habrías elegido, pero en todos los demás aspectos, tendrás una vida más feliz de lo que tendrías conmigo," dijo Susan seriamente.

"Susan, yo..." empezó Miles, desesperado por desviar la conversación de la dirección en la que se dirigía.

La música se detuvo y se honraron mutuamente. Susan aprovechó la oportunidad para separarse inmediatamente de su esposo. Sentía como si su corazón se estuviera rompiendo, pero su sonrisa nunca vaciló. No permitiría que hubiera más chismes sobre Miles. Él ya había sacrificado suficiente por ella. Era hora de dejarlo. Y pronto.

Capítulo 15

Era inevitable que Susan no pudiera dormir. Se deslizó en su sala compartida mucho después de que todos los demás se hubieran retirado. Había tenido la previsión de pedir a la criada que se asegurara de que hubiera carbón en el fuego para mantener la habitación cálida.

Ahora, sentada frente al fuego ardiente, miraba sin entusiasmo las llamas. Se iría a los confines de Escocia y dejaría a Miles disfrutar de la sociedad tanto o tan poco como quisiera. No pasaría mucho tiempo antes de que la gente aceptara que ella había sido un poco extraña desde el principio y lo felicitaran por una afortunada escapatoria. Entonces, podría tener las amantes que deseara y olvidarse de ella por completo.

Las lágrimas rodaban por su rostro mientras resolvía liberar a su esposo. El hombre que amaba más que a cualquier otra persona que hubiera conocido, y, sin embargo, incluso ahora no podía tenerlo. Unidos ante los ojos de Dios y la ley, sin embargo, era peor que si nunca se hubieran unido. Él era suyo solo de nombre y nunca sería nada más.

Un sollozo escapó de sus labios. Rápidamente cubrió su boca, temiendo que la oyeran en la habitación de Miles. Al escuchar un ruido, pensó que la habían oído, pero luego se dio cuenta de que era Miles, una vez más teniendo una pesadilla.

Secándose los ojos, se levantó y caminó rápidamente hacia la puerta que conducía a su habitación. La abrió en silencio y miró dentro para ver a su esposo agitándose en su cama.

Sin pensar en otra cosa que, en calmar sus terrores, fue inmediatamente hacia él y comenzó a hablar en voz baja y reconfortante. Estaba preparada por si él intentaba agarrarla, como lo había hecho la última vez.

Cuando Ashurst, el ayuda de cámara entró en la habitación, no mostró sorpresa al ver a Susan ya allí.

“Después de esta noche, no es una verdadera sorpresa que esté perturbado,” dijo Susan.

“Parecía un poco agitado al desvestirse, milady,” admitió Ashurst.

“Me quedaré con él,” dijo Susan, sin mirar al ayuda de cámara para evitar que viera sus nuevas lágrimas ante sus palabras.

“Debe estar agotada, milady, después de su entretenimiento de esta noche. Estoy muy feliz de quedarme con su señoría.”

“No. No dormiría sabiendo que él está sufriendo. Vaya a la cama. Prometo llamarlo si lo necesito.”

“No entraré temprano mañana,” dijo Ashurst. “Pero si me permite preparar la bebida de su señoría ahora, podrá dársela tan pronto como despierte. Ayuda con el dolor de cabeza que sigue a una noche perturbada.”

Susan se sonrojó ligeramente. “Gracias.”

Esperó hasta que el ayuda de cámara preparó la bebida vital y luego, con una reverencia y una sonrisa de aliento, la dejó sola.

Susan se subió a la cama. Hablando todo el tiempo, acarició el rostro de Miles mientras él murmuraba, pero pareció calmarse más rápido que la primera vez que experimentó sus pesadillas. Continuó hablándole suavemente y tocándolo con ternura; una y otra vez le aseguró que estaba seguro con ella y que no había necesidad de preocuparse. Eventualmente, se calmó y ella se recostó sobre la almohada junto a él y lo observó dormir.

Lo observó con un placer mixto, pero no habría regresado a su propia habitación por

nada. Poder mirar su rostro y verlo finalmente en paz era demasiado tentador para ella. Parecía más joven, pero las líneas de preocupación alrededor de sus ojos y a través de su frente habían dejado surcos permanentes que ninguna cantidad de risas o una vida más fácil borrarían.

La necesidad de tocarlo era irresistible. Susan usó sus dedos para trazar el contorno de las líneas de preocupación, antes de seguir la curva de su rostro. Sus labios se separaron ligeramente al sentir su toque, y ella se detuvo, temerosa de haberlo perturbado o causado que sus pesadillas volvieran.

Suspirando, Miles se acomodó nuevamente en un ritmo regular de respiración, y Susan se relajó una vez más. Apoyó la cabeza en la almohada y se quedó dormida, observando al hombre que adoraba.

Al despertar, Susan se quedó quieta. Estaba mirando en la dirección opuesta a la que se había dormido. Estaba envuelta en un abrazo, con Miles. Sus brazos la rodeaban por la cintura, sosteniéndola contra su cuerpo. Era la segunda vez que compartía tal intimidad con él, con cualquiera, y se sentía maravillosa. Temiendo moverse, pero con más miedo de que él despertara y se apartara de ella con disgusto, comenzó a deslizarse lentamente.

"¿Y a dónde crees que vas?" dijo la voz grave y baja de su esposo.

Susan agradeció que sus mejillas no pudieran ser vistas, porque ardían de vergüenza. "No quería molestarte."

Miles la apretó contra él, enterrando su rostro en su cabello.

Susan trató de no ponerse rígida ante el movimiento íntimo. Su corazón latía con nervios y placer.

"No me molestas. De hecho, es una forma encantadora de despertar," dijo Miles, besando su cabello.

Susan se estremeció ante su toque, pero trató de concentrarse en su cuidado. No era fácil cuando parecía que todos sus sueños se habían convertido en realidad de repente. "Ashurst ha preparado tu bebida. Déjame traértela."

"¿Fue una mala noche, verdad?" preguntó Miles.

"Sí. Aunque no pareció tan mala como la primera vez que te vi perturbado," dijo Susan. Se habría reído de la situación extraordinaria si no hubiera estado palpitando de emociones por su posición. Sus pensamientos se arremolinaban en su mente. ¿Era un efecto secundario de su pesadilla? ¿O estaba burlándose de ella? No. No sería tan cruel. Su mente estaba en un torbellino, pero su cuerpo respondía a sus acciones.

"Parece que tienes un buen efecto en mí cuando estoy perturbado. Mi dolor de cabeza no es tan severo," dijo Miles.

"Aún deberías tomar la bebida."

"Pero eso significaría que te levantarías de esta cama, y no quiero que lo hagas."

"Oh."

Miles tiró suavemente de Susan para que se recostara sobre su espalda y pudiera mirarla a los ojos. Se había despertado preguntándose dónde demonios estaba y con quién estaba, y lentamente se dio cuenta. En lugar de estar horrorizado y querer salir de la delicada situación, disfrutó de la sensación de tener a su esposa en sus brazos. Sus curvas encajaban contra él, lo que le hizo responder de una manera que no esperaba. "Te ves maravillosamente despeinada, Lady Longdon." Sonrió cuando Susan se sonrojó aún más. "No te retendré aquí contra tu voluntad, pero me gustaría que te quedaras."

"Yo… Me gustaría quedarme."

Sonriendo de nuevo, Miles le besó la nariz. "Bien. Ahora, ¿puedo besarte como se debe

besar a una esposa, o deseas quedarte en mis brazos y simplemente hablar?" Miles preguntó. Era plenamente consciente de que la noche anterior ella había tenido pensamientos de dejarlo. La realización lo había preocupado y molestado más de lo que habría imaginado. Ahora, ella estaba aquí, en sus brazos, y quería hacerla su esposa en todos los sentidos de la palabra. Nunca había sentido posesión por nada ni por nadie antes, pero lo sentía por Susan en el momento en que se dio cuenta de que ella consideraba dejarlo. Había sido parte de la razón por la que se había ido a la cama tan agitado, preocupándose por cómo se sentiría sin Susan en su vida. Que no lo reconociera como afecto se debía al miedo de considerar sus verdaderos sentimientos; en cambio, se lo excusaba a sí mismo como preocupación por cómo ella sufriría al ser apartada de amigos y familiares.

"Haz lo que desees," respondió Susan, observando a Miles cuidadosamente.

"¿Pero qué pasa si no es lo que quieres que haga?"

"Lo será," admitió Susan.

"Bien. Porque realmente quiero besarte a fondo, Susan," dijo Miles, viendo cómo su boca se abría en una 'o' silenciosa. "Y creo que tú también quieres que te bese."

Ninguno de los dos pronunció otra palabra mientras Miles demostraba a Susan que, a veces, lo que deseas puede ser tan bueno, si no mejor, de lo que habías imaginado.

*

Miles despertó al sonido de un susurro en su habitación. Susan todavía estaba envuelta en su abrazo. No queriendo despertarla, levantó la cabeza lentamente y vio a su ayuda de cámara moviéndose con cuidado por la habitación.

El ayuda de cámara se detuvo cuando notó la mirada de Miles sobre él. "¿Mi señor?" susurró.

"El desayuno en nuestra sala, y que no nos molesten más," susurró Miles en respuesta. Recibiendo un asentimiento de comprensión del ayuda de cámara, que se retiraba, se acurrucó de nuevo con su esposa.

"Nunca podré enfrentarme a Ashurst de nuevo después de que me haya visto así," dijo Susan en voz baja cuando la puerta se cerró con un clic.

"Tendré que despedirlo entonces, porque me gusta despertar así."

El corazón de Susan se elevó con esas palabras, y no pudo evitar que se le escapara una risa. "Enviaríamos a todos los sirvientes a un estado de shock si durmiéramos en la misma cama todas las noches."

Moviéndose para poder mirarla a los ojos, Miles la besó suavemente. "Nunca he dormido con nadie toda la noche antes. Nunca pensé que podría."

"¿Por tus pesadillas?"

"Sí. La primera vez que me dijeron que las habías escuchado, esperaba que me llevaras al manicomio por la mañana," dijo él.

"¿Por qué haría eso cuando lo que has visto defendiendo a cada uno de nosotros es lo que las ha causado en primer lugar? Sería una muy mala mujer si te pagara de esa manera."

"Sería la excusa perfecta para deshacerte de un esposo no deseado."

Susan apartó la mirada, con una expresión dolorida.

"¿Qué pasa? Dime," dijo Miles suavemente.

"No eres no deseado," admitió Susan tímidamente. "Siempre lo lamentaré por tu cuenta que te hayas visto obligado a esta situación, pero no tengo nada de qué arrepentirme."

"Realmente eres una chica encantadora." Miles le dio otro beso suave. "Siempre dices lo

correcto. Ojalá tuviera esa habilidad. Soy más como un idiota torpe."

"No, para mí no lo eres."

"Me gusta una esposa adoradora. Podría acostumbrarme a esto." Miles sonrió a Susan. Un suave golpe en la puerta de la sala llamó su atención. "Ahora, vamos, querida. Creo que el desayuno se ha servido en la habitación de al lado."

"Debo vestirme," dijo Susan, empezando a moverse.

"¿Debes?"

"B-bueno, pronto habrá gente llamando, y tu madre..."

"No estamos disponibles para visitas, y mi madre es más que capaz de entretenerse. Tiene dos amigas que residen con ella, quienes satisfacen todos sus caprichos," dijo Miles con firmeza. "No hemos tenido dos momentos juntos. Creo que ya es hora de que lo hagamos."

Cuando Miles se envolvió en su propia bata, sacó una segunda de su armario. Envolviéndola alrededor de Susan y atándola a la cintura, sonrió. "Es demasiado larga y casi podría envolverte dos veces, pero me gusta la idea de mi esposa en mi ropa. Vamos, comamos antes de que me desmaye por falta de sustento."

Al entrar en la sala, Susan parpadeó al ver la cantidad de comida en la mesa. Carnes, pan, quesos, pastel, huevos, tocino y pollo llenaban el espacio.

"Excelente." Miles cruzó la habitación con pasos fáciles y se sentó. "Estoy hambriento. Ven y come. Tú también debes tener hambre."

Sonriendo, Susan se sentó frente a su esposo. Aunque las mangas de la bata muy a menudo se interponían, disfrutó cada momento de ver a Miles disfrutar de su comida. Después de mucho rato comiendo, finalmente se recostó satisfecho.

"Me encanta un desayuno abundante," dijo contento.

"Me sorprendería si comes por el resto del día," bromeó Susan.

"Oh, estaré listo para el almuerzo, no te preocupes."

"¿Debo esperar a un esposo con una cintura cada vez más ancha a medida que pasan los años?" preguntó Susan con tono irónico.

"¿Te molestaría si fuera así?"

"No. En absoluto," dijo con una sonrisa tímida.

Miles sonrió de vuelta. "Esa es una buena respuesta. Especialmente ahora que parece que todos tus pensamientos absurdos sobre dejarme han quedado atrás," dijo suavemente.

Los ojos de Susan se dirigieron hacia los de él antes de mirar sus manos, ahora entrelazadas. "Todavía no creo que sea justo obligarte a permanecer en una situación que te causa tanto malestar. No disfrutaste de la noche de ayer, lo que fue la razón por la que tuviste una noche inquieta. Estoy segura de que está relacionado."

"Siempre hay un vínculo entre lo que ocurre durante el día y mis pesadillas. Parece que cuando mi equilibrio se altera de alguna manera, el resultado es una mala noche. He intentado emborracharme después de un día duro, pero todo lo que consigo es tener una resaca peor por la mañana," dijo Miles.

"Debe ser difícil de soportar."

"La gente tiene recuerdos mucho peores de lo que pasamos. Pero eso no es una preocupación en este momento. Quiero que dejes de hablar sobre tu partida y sobre mi papel de mártir en todo esto. No recuerdo haber sentido nada más que placer esta mañana cuando decidimos ser marido y mujer en el sentido más auténtico. Eso no es precisamente un signo de un esposo digno de lástima, ¿verdad?"

Susan se sonrojó. "Pero no me habrías elegido si te hubieras casado por voluntad propia."

“No. No lo habría hecho. Pero eso no significa que esté infeliz contigo. No lo estoy, Susan. Tienes que creer eso.”

“Eres muy amable,” respondió Susan, pero no le creía. ¿Cómo podía él estar feliz con ella cuando había tantas mujeres hermosas que le habrían dado lo que ella le daba y más?

Miles se levantó, extendió las manos y levantó a Susan para ponerla de pie. “Tienes que creer en un aspecto de mi personalidad. No estoy diciendo que todos los hombres sean iguales, porque no lo son, pero no puedo tener relaciones con alguien si no me atrae o no me agrada. No está en mi naturaleza disfrutar con cualquiera. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Susan?”

“Creo que sí.”

“Espero poder demostrarte que puedo ser un buen esposo y que haremos una buena pareja en esto,” aseguró Miles a su esposa. La mañana había sido una revelación para él, y por primera vez desde que regresaron a Londres, no se sentía tan desolado. Agradecería para siempre que Susan se hubiera metido en su cama para consolarlo. “Ahora, ven, volvamos a mi habitación.”

“No podemos!” exclamó Susan.

Miles levantó una ceja. “¿Prefieres usar tu habitación?”

“No. Quiero decir… los sirvientes…”

“Están muy bien remunerados y no nos molestarán. Tenemos que ponernos al día,” dijo Miles, levantando a Susan en sus brazos y caminando de regreso a su habitación.

Susan descansó su cabeza en su hombro. No le amaba, pero le había dicho que le tenía cariño. Eso sería suficiente. Podía ser feliz con eso, pues lo amaba tanto que debía ser suficiente para ambos.

Capítulo 16

Susan levantó la vista con una sonrisa y un rubor cuando Edith entró en el salón. Edith se detuvo, mirando alrededor de la habitación.

"¿Dónde está mamá?" preguntó sorprendida.

"Se ha ido a un desayuno público," explicó Susan. "No creo que pueda acostumbrarse al hecho de que yo haya usurpado su lugar como señora de la casa, así que tiende a organizar visitas en lugar de compartir las visitas matutinas conmigo."

Edith se sentó, poniendo los ojos en blanco. "Pensé que al regresar a Londres me vería obligada a verla y tendríamos que resolver nuestras diferencias. Parece que no. En realidad, no he estado en su compañía desde nuestro regreso." Edith y su madre habían discutido casi irreparablemente cuando ella rechazó la propuesta de matrimonio del Sr. Sage. Ninguno de ellos sabía que su rechazo llevaría al Sr. Sage a tomar medidas drásticas contra Susan para lograr su objetivo de casarse con una heredera.

"Yo tampoco he pasado mucho tiempo con ella," dijo Susan. "Es una pena, pero es comprensible que quisiera una esposa de la más alta calidad para su hijo."

"¡Tonterías!" exclamó Edith. "Eres más valiosa que una docena de esos especímenes tontos y aduladores que pueblan los salones de baile."

"Sin embargo, estaba en el estante a los veintitrés, y la mayoría de ellas están casadas en su primera temporada," Susan señaló razonablemente.

"¡Eso es porque la mayoría de los hombres no saben lo que les conviene!" respondió Edith con aspereza. "Se arrepienten de haberse casado al poco tiempo. Mira a tu alrededor en el próximo baile al que asistas y observa cuántos hombres parecen desanimados y abatidos. Son muchos."

Riéndose de su amiga, Susan sacudió la cabeza. "Admito que solo disfruto de los entretenimientos cuando estás allí para señalar lo ridículo. He odiado ser el centro de atención desde mi regreso. Sabes que prefiero estar en los bordes de la sociedad."

"Sí. Tú y Miles también. Esa es otra razón por la que son una pareja perfecta." Edith entrecerró los ojos hacia su amiga. "Te ves bien esta mañana, querida."

"¿Realmente?" dijo Susan, sonrojándose bajo el escrutinio cercano.

"¡Oh, Dios mío! ¡Ha habido desarrollos!" Edith se movió inmediatamente al lado de Susan y tomó sus manos. "¿Ha visto mi hermano tu verdadero valor?"

"No estoy segura de eso, pero nos hemos vuelto más cercanos," admitió Susan, con las mejillas encendidas.

"¿No es maravilloso el verdadero matrimonio?" preguntó Edith. "Nunca imaginé cómo podría ser, honestamente, pero es lo más amoroso y satisfactorio, ¿no es así?"

"Lo es," dijo Susan en voz baja. "No pensé que pudiera amar más a tu hermano, pero he descubierto que mi afecto por él sigue aumentando."

"Eso es todo lo que me gustaría oír. Estoy segura de que él siente lo mismo por ti."

"No soy tan tonta como para creer eso," respondió Susan rápidamente. "Sé que le gusto, y eso es todo lo que puedo esperar."

"¡Tonterías! Si no está a medio camino de enamorarse de ti, ¡no conozco a mi hermano!" dijo Edith con convicción. "Ahora, creo que es hora de que planeemos un paseo a caballo. Solo los cuatro."

El brazo de Susan aún le causaba molestias, por lo tanto, aunque estaba dispuesta y ansiosa por volver a montar, no quería que el primer paseo fuera largo. Aceptando aventurarse solo hasta Hyde Park, los cuatro se encontraron a la mañana siguiente.

Tanto Susan como Edith eran excelentes amazonas, y lideraron el camino hacia el parque, charlando animadamente.

"Llegamos lo suficientemente temprano como para que podamos ganar algo de velocidad por el parque," dijo Edith. "¿Podrás manejar un poco de trote?"

"Creo que sería una buena oportunidad para probarlo," dijo Susan. "Si no hay efectos secundarios, puedo aventurarme más en uno o dos días."

"Miles parece relajado," dijo Edith con una mirada picaresca.

"Él, al igual que yo, es más feliz al aire libre," dijo Susan, sonrojándose. Había pasado la noche con Miles. Había sido apasionada para ambos, y aunque a Susan le hubiera gustado que la cercanía continuara todo el día, no era tan tonta como para presionar demasiado pronto.

"Me alegra ver tus ojos brillando y viéndote feliz. No quiero nada más que verlos a ambos contentos," dijo Edith. "Ahora, ¡vamos a quemar algo de la energía de estos caballos!" Con un movimiento de las riendas, Edith avanzó. Susan la siguió, seguida de cerca por Miles y Ralph.

No hablando hasta que Susan desaceleró a su propio caballo a un trote suave, Miles se acercó a ella.

"¿Te duele?" preguntó. "¿Deberíamos regresar a casa?"

"No. Solo es una pequeña molestia," dijo Susan. "Estoy siendo demasiado cautelosa durante esta salida con la esperanza de que pueda ir más lejos la próxima vez que salgamos."

"Siempre y cuando estés segura," dijo Miles.

"Sí."

Un crujido cerca de los arbustos asustó tanto a los humanos como a los caballos. El animal de Susan se levantó, y aunque ella permaneció sentada, luchó por tomar el control. Una vez que las cuatro patas volvieron al suelo, el caballo se lanzó a un galope.

Susan se aferró a la crin del animal, mientras trataba de frenar al caballo sin dañarse a sí misma ni al caballo. Escuchó gritos detrás de ella y estaba segura de que los demás la estaban persiguiendo. No era una persona propensa al pánico, ya que era una amazona competente, y lentamente, pero con seguridad, desaceleró al caballo alarmado hasta detenerlo. Susan se deslizó del animal y se movió hacia el frente para revisarlo en busca de lesiones.

Miles, Edith y Ralph se detuvieron segundos después de que Susan lo hiciera, y cada uno desmontó. Miles estuvo inmediatamente al lado de su esposa. Tomando sus manos, la giró para mirarla a la cara.

"¿Estás herida?" demandó.

"No. En absoluto," respondió Susan.

"¿Qué pasa con tu brazo?"

Susan lo frotó. "Honestamente, no sé. Creo que la concentración en cuidar a Star fue suficiente para desviar mi mente de mi herida."

"Pensé que te caerías antes de que pudieras controlar la situación," dijo Miles, aun sintiendo un terror absoluto que pulsaba en sus venas.

"¿Estás cuestionando mi habilidad para montar?" preguntó Susan indignada.

"No," dijo Miles con una ligera sonrisa. "Normalmente no, de todos modos. Pero estás en una ligera desventaja en este momento."

"Estoy bien. Realmente," dijo Susan, su preocupación calentando su interior.

“Regresamos caminando con los caballos,” sugirió Edith, interrumpiendo la conversación. El incidente los había sacudido a todos.

“Está bien,” respondió Susan. No tenía sentido tratar de convencerlos de que estaba lo suficientemente bien para regresar montando. Estaba un poco agitada, aunque no lo admitiría.

Ralph se acercó a Miles, permitiendo que las dos mujeres lideraran el camino. Esperó hasta que las damas estuvieran inmersas en la conversación antes de hablar. “Eso fue un disparo.”

“Sí. Y muy cerca de nosotros,” dijo Miles sombríamente.

“¿Quién podría estar disparando en medio de Hyde Park?”

“¿Viste algo?”

“No. Admito que debería haberme quedado atrás, pero mi primer pensamiento fue asegurarme de que Susan no necesitara ayuda, cuando en realidad tú podrías haberlo hecho,” dijo Ralph.

“Pensé que ella caería por no estar en forma,” admitió Miles. “¡No creo haber tenido tanto miedo en mi vida! Solo seguía pensando que tenía que llegar a tiempo.”

“Ella es una amazona experimentada, herida o no,” dijo Ralph, mirando a su amigo con interés. “¿Intentamos averiguar de dónde vino el disparo?”

“Dudo que tenga mucho sentido. Sea lo que sea o quien sea, debe haber visto el resultado de su estupidez y haberse ido,” razonó Miles. “Vamos a llevar a Susan a casa.”

*

Al día siguiente, Ralph se unió a Miles en White's. Rara vez asistía al establecimiento, pero estaba bajo estrictas instrucciones de su esposa para verificar a su hermano y ver si admitía un afecto creciente por Susan. Ralph, no siendo generalmente de interferir en la vida de otros, había decidido que, si no daba garantías a su esposa, ella iría a meterse por sí misma. Como había ocultado la realidad de la apuesta a su esposa y cuñado, tenía un interés personal en asegurarse de que Miles permaneciera inconsciente de la artimaña de sus otros amigos.

Los dos hombres se sentaron uno frente al otro, degustando un fino brandy y disfrutando del ambiente del club.

“¿Vamos a planear un nuevo paseo, ahora que Susan está convencida de que el paseo a Hyde Park no le ha dejado efectos duraderos?” preguntó Ralph.

“Supongo que depende de si vas a permanecer en Londres mucho tiempo,” dijo Miles. “¿No vas a regresar pronto a tu madre?” La madre de Ralph tenía una enfermedad que podría atacarla en cualquier momento, lo que había hecho que Ralph permaneciera muy en el trasfondo de la sociedad. No quería que la gente supiera que su madre tenía una afección, pero si hubiera estado en el centro de la temporada, se habría notado que a menudo lo llamaban a casa.

“Madre está decidida a vivir, no solo a existir, y parte de su decisión fue convencerme de que tenía que vivir mi propia vida. Recibo actualizaciones regulares de ella y del personal, y aunque está llevando una vida muy tranquila, está siendo más sociable de lo que ha sido hasta ahora,” explicó Ralph.

“Bien por ella. Todavía estoy sorprendido de que te quedes en la ciudad. Pensé que te establecerías en el campo más rápido de lo que claramente piensas hacer. Sé que Edith no disfruta de Londres tanto como tú.”

“Edith está preocupada por ti, así que está decidida a quedarse aquí hasta que esté segura de que puedes sobrellevarlo sin ella,” admitió Ralph. No tenía sentido mentirle a Miles en ese respecto.

Miles resopló. “Porque no he podido manejar mis asuntos hasta ahora. Tienes una esposa

entrometida.”

“Pero hermosa,” respondió Ralph, sus ojos calentándose.

“Es una buena chica. Me alegra que hayas visto que vale la pena soportar sus hábitos molestos.”

“No se supone que debas admitir que tiene algunos. Recuerda que somos recién casados. Puede que no los haya descubierto aún.”

“Creo que los descubriste desde el momento en que la conociste,” dijo Miles, recordando uno de sus primeros encuentros, en el que Ralph y Edith habían discutido.

“Entré en mi matrimonio con los ojos bien abiertos,” dijo Ralph con un encogimiento de hombros.

“Supongo que yo también.”

“Elegiste inadvertidamente una buena esposa,” dijo Ralph suavemente.

“Sí. Ella es todo lo que podría desear,” respondió Miles.

“¿Pero?”

“La dificultad que tengo es que si yo...”

Los hombres fueron interrumpidos por la llegada de Lord Hoylake. Era un hombre propenso a las apuestas y muy a menudo desafiaba a Ralph a un juego de cartas. Ralph había usado el juego como una forma de bloquear la preocupación y el temor que tenía por su madre. Había descubierto que al concentrarse en cómo jugaría un oponente, no podía pensar en nada más. Eso lo había convertido en un oponente formidable para cualquiera que decidiera jugar contra él.

“Buenos días, mis buenos caballeros,” dijo Lord Hoylake perezosamente. “¿Puedo persuadiros para que me acompañéis en una partida de vingt-et-un?” Ambos declinaron la oferta, lo que hizo que el caballero mirara a Ralph con sorpresa. “Me sorprende que no puedas ser persuadido. ¿Has cambiado desde que te has casado?”

“Sí,” dijo Ralph. “Encuentro que las cartas no tienen el mismo atractivo que mi esposa.”

Lord Hoylake frunció el ceño. “Ah, se te pasará, créeme. Probablemente en unos tres meses.”

“Como se ha casado con un artículo de primera, espero que su distracción dure un poco más,” respondió Miles en defensa de su hermana.

"¿Durará tanto la suya?" preguntó Lord Hoylake a Miles.

"Eso esperaría," dijo Miles, pero con un poco de incomodidad.

Observando a Miles de manera evaluadora, Lord Hoylake abrió su tabaquera y tomó una pizca. "Esa apuesta sobre tu reciente compromiso me pareció un poco turbia."

"¿Qué quiere decir con eso?" preguntó Miles.

Lord Hoylake se encogió de hombros. "Las probabilidades no cuadraban."

"Ya no importa; es cosa del pasado," interrumpió Ralph.

"¿Cómo es que no cuadraban?" insistió Miles.

"Déjame recordar. Había tres posibles esposos, pero las probabilidades en tu contra eran tan bajas que casi parecía que la persona que estableció la apuesta sabía que serías tú desde el principio. Ahora, no soy de los que hacen acusaciones sobre otros caballeros, pero incluso el más tonto no apostaría con probabilidades tan inclinadas," explicó Lord Hoylake.

"Nunca vi las probabilidades," dijo Miles. Sacó su tabaquera del bolsillo, su mano temblaba un poco al darse cuenta de lo que Lord Hoylake estaba diciendo.

"Pensé que era raro que te involucraras, pero siento que alguien cercano a ti intentaba ganar dinero rápido contigo. Era casi como si supieran el resultado antes de que se hiciera la

apuesta. ¿No es así?"

Ralph y Miles permanecieron callados. Cuando Lord Hoylake se dio cuenta de que no obtendría nada más de ellos, se encogió de hombros. "Buenos días, caballeros. Veré si puedo convencer a otro para que me acompañe en una partida o dos."

Pasaron unos momentos antes de que Miles hablara. "La apuesta fue falsa."

"No lo fue," dijo Ralph. "Se hizo una apuesta aquí. No prestes atención a Hoylake. Solo intentaba molestarte."

Miles se levantó. "Necesito hablar con alguien sobre quién hizo la apuesta."

"Déjalo, Miles. No conseguirás nada."

"Tú no lo hiciste, ¿verdad?"

"No seas ridículo. Ni siquiera estaba en la ciudad," dijo Ralph.

"Por supuesto que no. Bien. Eso me da algo de consuelo. Me parece extraño que la persona que creó la apuesta la ponderara de esa manera. Necesito averiguar qué está pasando. Volveré pronto." Miles se alejó.

Ralph gimió. Esto no iba a terminar bien.

*

Miles irrumpió en los barracones en Hyde Park. Al ser informado de que Jones aún estaba en sus habitaciones, subió las escaleras y, sin esperar permiso para entrar, abrió la puerta de golpe y entró, con los ojos encendidos.

"¡Maldito perro!"

"¿Qué demonios te pasa?" Los ojos cautelosos de Jones desmentían su tono despreocupado.

"¿Dónde está Dunn?" exigió Miles.

"En una misión para el rey. ¿Por qué?"

"¿Por qué? ¡¿*Por qué?*!" gritó Miles. "¡Quiero matarlos a ambos, por eso!"

"Deja el dramatismo, Longdon," dijo Jones. "Me estás lastimando los oídos."

Miles se lanzó sobre Jones, haciendo caer a su amigo junto con la silla en la que estaba sentado. Los dos lucharon, pero otros pronto entraron en la habitación, atraídos por el alboroto, y rápidamente los separaron.

Después de ser reprendidos por actuar como rufianes y amenazados con crear más disturbios, ambos aseguraron a todos que no habría una repetición de tal mal comportamiento y se quedaron solos.

"Debería retarte a duelo por lo que has hecho," dijo Miles, con la mandíbula apretada.

"¿Qué? ¿Hacer que te cases con una heredera perfectamente respetable y simpática? Mi corazón sangra por tu desgracia. De verdad lo hace," respondió Jones con burla.

"No tenías derecho a obligarme a casarme con ella." Miles se enderezó la chaqueta, tirando bruscamente de la tela.

Jones se encogió de hombros. "Podrías haberla rechazado."

"¿Y dejarla arruinada? No soy el tipo de hombre que podría dejarla a su suerte."

"Yo lo habría hecho," admitió Jones. Enderezó una silla volcada y se sentó en ella.

"Sin embargo, interferiste."

"La pobre chica está enamorada de ti. ¿Por qué no darte un empujón cuando no te diste cuenta de sus sentimientos ni de los tuyos? Porque creo que no eres tan inmune como piensas, o no habrías aceptado casarte con la señorita King."

"No era tu decisión," insistió Miles.

"Tal vez no. Pero no te habrías dado cuenta de que te afectaba si no hubieras sido

empujado."

"No me habría casado con ella solo por la apuesta," dijo Miles, pero sus palabras le causaron un profundo sentimiento de culpa.

"¿Por qué? ¿Ha sido un infierno?" preguntó Jones, genuinamente curioso.

"No. Ella no es una gruñona. Pero ese no es el punto."

"Yo creo que sí lo es."

"Nunca te perdonaré por esto," dijo Miles. "Pensé que podía confiar en ti con mi vida. Qué equivocado estaba."

"No estás protagonizando una tragedia de Cheltenham," se burló Jones, cruzando los brazos. "Parece que te conozco mejor que tú mismo. Si eso causa una ruptura entre nosotros, lo lamento, pero no me arrepiento de mis acciones. Fue lo correcto para ambos."

"Y tú, tan perfecto. ¿Tienes el descaro de interferir en mi vida?" escupió Miles.

"Esto no se trata de mí. Se trata de que estés casado con una chica que probablemente no merezcas. Ve y aprecia a tu esposa, Miles, y valora lo que tienes, en lugar de enfocarte en cómo te sientes engañado. Eres un hombre afortunado, si solo te dieras cuenta de ello. Lo cual, en mi opinión, te hace terco, algo que nunca pensé que serías."

Capítulo 17

Susan esperaba en su sala de estar compartida, observando cómo la comida se enfriaba y se ponía pegajosa mientras se contenía, esperando que Miles llegara como había prometido cuando se despidieron esa mañana.

Había sido maravilloso irse a la cama con él y quedarse dormida envuelta en sus brazos. Se habían despertado temprano; él la había besado para despertarla antes de hacer el amor con ella, suavemente, pero con pasión. Después, disfrutaron de un desayuno tranquilo en su sala, sin desear separarse por la formalidad de la mesa de desayuno.

Al separarse para hacer sus deberes diarios, Miles había besado a Susan con un beso tan lleno de promesas y ternura que ella había necesitado sus brazos a su alrededor para mantenerse en pie. Nunca habría creído que podría sentirse tan feliz.

Edith se había quedado mucho tiempo después de que las visitas de la mañana terminaran, y había sido algo especial poder compartir algo, aunque no todo, de la dicha que había encontrado al estar con Miles. Al ser abrazada por Edith antes de que su amiga finalmente se fuera, Susan sintió que, por primera vez, estaba verdaderamente bendecida.

Ahora, empezaba a preocuparse por la tardanza de Miles. No era el tipo de persona que no enviaba noticias si había cambiado de opinión. Mordisqueando un trozo de pan, tocó la campana. No tenía sentido mantener la comida por más tiempo. Se había echado a perder y no era apta para el consumo.

Mientras el lacayo retiraba los platos, Susan preguntó si había noticias de su marido.

"Regresó a casa hace un rato, milady, y ha estado en su estudio desde entonces con instrucciones estrictas de no ser molestado," respondió el lacayo.

"Oh. Gracias," dijo Susan, tratando de ocultar su sorpresa y decepción.

No reaccionó hasta que la habitación estuvo despejada. Solo entonces se dirigió a la puerta que daba al rellano. Algo grave debía haber pasado para que Miles se encerrara. Fue inmediatamente a ayudar.

Susan llamó suavemente a la puerta; no hubo respuesta desde adentro. Solo dudando un momento, Susan giró el pomo y empujó la puerta.

El fuego estaba bajo en la chimenea, las cortinas abiertas, aunque la noche era oscura afuera. Miles estaba sentado en uno de los sillones, con un vaso en la mano y un decantador casi vacío a su lado.

Al entrar en la habitación, Susan cerró la puerta con un clic, que Miles no reconoció. Se apresuró a su lado y se agachó junto a él.

"Miles, ¿qué pasa? ¿Qué ha sucedido?" preguntó, tocando su mano suavemente.

Miles tardó un momento en girarse hacia ella, pero no respondió a sus preguntas, solo tomó un sorbo del líquido de su vaso.

Susan jadeó al ver que su ojo estaba amoratado y cerrado. "¡Tu ojo! ¿Te han atacado?"

"No. Ataqué a Jones," respondió finalmente Miles, pero sus palabras estaban arrastradas.

"¿Al capitán Jones? ¿Por qué harías eso?" Había algo mal. Susan comenzó a sentir una sensación de temor inexplicable, pero tuvo que seguir preguntando.

"Es un maldito traidor, por eso," respondió Miles.

"Pero ustedes son tan buenos amigos."

"¡Ja! Ya no. No quiero volver a ver su cara. Ni la de Dunn, o lo golpearé cuando lo vea,"

Miles gritó borracho.

"Por favor, dime qué ha pasado," rogó Susan.

"La apuesta. Esa maldita apuesta."

Palideciendo, Susan continuó presionando. "¿Qué pasa con ella?"

"Hicieron todo el asunto. No era real. Jones y Dunn la arreglaron cuando volvimos a Londres."

Susan sintió como si la hubieran abofeteado. Se sentó en el suelo de madera con un sollozo ahogado. Parpadeando para contener las lágrimas repentinas, se obligó a levantarse y moverse a la silla frente a Miles. Él no habría notado su tono ahogado, pero tragó saliva hasta estar segura de que su voz sería lo suficientemente firme para interrogarlo más.

"¿La apuesta sobre mí?" preguntó finalmente.

"Sí. Decidieron que nos casaríamos y así forzaron nuestra mano." Miles se giró y llenó su vaso con el último líquido.

"Ya veo," dijo Susan. "¿Por qué hicieron eso?"

"Porque tú me gustabas, y yo soy un tonto honorable."

Haciendo una mueca, Susan asintió. "Eres honorable, pero no eres un tonto."

"Ahora, estamos atrapados con esto."

"Pensé que éramos felices estos últimos días," dijo Susan en voz baja. "Pensé que había esperanza para nosotros."

Parecía que Miles no la había escuchado, pero cuando ella pensó que no podía sentirse peor, él tomó un trago y dijo: "Quería elegir a mi propia maldita esposa a mi debido tiempo. Si es que alguna vez me iba a casar. En cambio, me forzaron a tomar la decisión."

Susan no dijo ni una palabra más. No podría haberlo hecho. Salió corriendo de la habitación, con la puerta oscilando de vuelta en su prisa por dejar atrás las palabras más hirientes que había escuchado.

Sin importarle qué sirvientes la vieran, subió corriendo las escaleras y entró en su habitación. Se metió en su cama, aún vestida, y se escondió bajo las sábanas, sollozando y escondiéndose de un mundo muy cruel.

Cuando finalmente las lágrimas cesaron, se levantó de la cama. Era hora de devolverle su vida.

Sin tocar la campana, agarró su sombrero y su bolso. Tenía que irse. Y ahora.

*

Susan entró en la habitación de Florence con solo un poco menos de rapidez de la que había salido de la suya. Florence la miró desde el espejo de su tocador; se estaba preparando para acostarse, con su doncella trenzándole el cabello. Sus ojos se abrieron de sorpresa cuando Susan se desplomó a sus pies y apoyó la cabeza en el regazo de Florence con un sollozo.

Florence le indicó a su doncella que las dejara solas. Esperó hasta que la puerta se cerró detrás de la sirvienta antes de hablar. Poniendo su mano sobre la cabeza de Susan, la acarició suavemente.

"Vamos. ¿Qué es esto? No eres propensa a las histerias. ¿Qué te ha pasado para ponerte así?" preguntó Florence.

"¡Todo ha sido una farsa! ¡Voy a ser el hazmerreír! Y él me odia," sollozó Susan.

"¿Quién te odia? ¿Y desde cuándo te preocupas por esas tonterías?"

"¡Desde que mi esposo lamenta haberse casado conmigo!"

"Creo que será mejor que me cuentes qué está pasando," dijo Florence con un tono práctico. "Mi imaginación está volando, y generalmente no es ni la mitad de malo cuando se

conoce la historia completa."

Susan sorbió. "Dudo que pienses eso," dijo, mirando a su tía.

"Tú, querida, estás hecha un desastre. ¡Espero que nadie te haya visto en tu camino aquí! ¡Pareces completamente descontrolada!"

Los ojos de Susan se llenaron de más lágrimas, pero se secó la cara con su pañuelo y se esforzó por arreglarse el cabello. Su tía la guio hacia la chaise longue y la sentó con delicadeza.

"Cuéntamelo todo," dijo Florence. Escuchando toda la triste historia, no interrumpió hasta que Susan llegó a un final exhausto.

"No puedo quedarme en Londres. No quiero enfrentarme a él. No puedo ver el arrepentimiento o la desesperación en su expresión," dijo Susan, finalmente capaz de hablar sin lágrimas.

"Esas son palabras muy serias, querida. ¿Estás segura de que deseas abandonar tu hogar?" preguntó Florence.

"Sí, porque nunca me he sentido tan desolada, y nunca fue realmente mi hogar." Susan arrugó su pañuelo en una bola apretada. Era mejor hacer eso que dejar escapar el gemido de desesperación que llenaba su cuerpo.

"¿Estás preparada para distanciarte del hombre que amas y aceptar la exclusión de la sociedad que seguirá como consecuencia?"

"Sí. Solo lamento no haber buscado una vida solitaria antes de casarme," dijo Susan. "Dejé que mi corazón gobernara mi cabeza, y Miles ha sufrido por eso. No debí haber sido egoísta."

"Eres la chica más desinteresada que una persona podría conocer, o habrías abandonado a tu padre hace años," dijo Florence. "Por qué te quedaste para ser maltratada por esa arpía, nunca lo sabré. Te ha hecho un daño incalculable."

Susan hizo una mueca. "En este momento siento que todas las decisiones que he tomado han sido malas."

"Vamos, vamos. No te conviertas en un aluvión de lágrimas dramático. Eres mejor que eso," la reprendió suavemente Florence.

"¿Qué hago, tía? ¿Cómo puedo detener este dolor?"

"Mi primer consejo sería que regresaras a casa y arreglaras esto con tu esposo."

"No puedo hacer eso."

"No quieres hacer eso. Hay una diferencia."

"No estoy de acuerdo, pero eres terca, así que no tiene sentido discutir," dijo Susan con un sollozo.

Florence sonrió con aprecio. "En ese caso, vete a tu casa de campo."

"Pero esa casa pertenece a Miles."

"Sí. Como él ahora tiene tu fortuna, dime, ¿qué otros planes tienes? Dices que deseas abandonarlo, pero ¿cómo piensas obtener los fondos para hacerlo? Dudo que mi tonto hermano tenga permitido gastar algo más en ti, si su querida esposa tiene algo que decir al respecto."

Susan se desplomó. "No había pensado en los fondos."

"Claro que no," fue la condenatoria respuesta. "Vete a Barrowfoot House. Pasa un tiempo fuera de Londres. Tal vez tu esposo te siga; tal vez no. Estar fuera del ojo público te dará tiempo para pensar adecuadamente. Si entonces decides que quieres distanciarte de tu esposo, tendrás que esperar que no te divorcie, sino que te otorgue una cantidad con la que puedas vivir," dijo Florence de manera profesional, aunque no con falta de amabilidad.

"Debería permitírsele pedir el divorcio, pero no podría soportar el escándalo, y eso

devastaría a papá," dijo Susan. Caminó hacia la ventana y miró ciegamente hacia afuera. Dejarlo la destruiría sin importar lo que ocurriera, pero eso no era lo que importaba. El futuro de Miles era lo único importante.

"No creo que Lord Longdon sea del tipo que se divorcia. Parece un joven que toma sus responsabilidades en serio. Ven, siéntate."

"Pero este matrimonio se basó en falsedades. No puede ser condenado por desear ser liberado. Después de todo, fue por la intromisión de sus amigos, muy distinto a él o sus deseos," señaló Susan, obedeciendo la petición de su tía.

"¿Sus amigos son crueles? ¿O crees que secretamente lo desprecian?" preguntó Florence.

"No. Ninguna de las dos cosas. De hecho, diría que lo estiman mucho," respondió Susan.

"Entonces, ¿cuál fue su razón para embarcarse en tal broma? Sería algo extraño hacerle eso a alguien que quieres sin que haya una razón detrás. No creo que sepamos su motivación, lo que podría arrojar algo de luz sobre tu situación."

"Cualquiera que sea, Miles ha dejado claro que lamenta haberse visto obligado a casarse conmigo. Cómo llegamos a esa posición es irrelevante. Necesito liberarlo de la única manera que puedo," dijo Susan, finalmente sonando más fuerte.

"Si esa es tu decisión, haz lo que digo, y si no es generoso con algún tipo de acuerdo, házmelo saber y te apoyaré," dijo Florence.

"¡No podría convertirme en una carga para tus recursos!" dijo Susan con vehemencia.

"Vas a heredar mi fortuna en algún momento. Esto significará que solo estás recibiendo parte de ella un poco antes." Florence se encogió de hombros. "Mantenerte no me causará ninguna dificultad, te lo aseguro."

"Es el principio de la acción. Sé que no eres una paupérrima." Susan le dio una pequeña sonrisa a su tía.

"Eso es mejor. Eres mucho más bonita cuando sonríes. Llorar te pone la nariz roja y la piel manchada. No lo usaría para intentar ganar un argumento, querida. Deja eso para las mujeres que pueden llorar delicadamente."

"Lo tendré en cuenta," dijo Susan, con los labios temblando.

"Buena chica. Ahora, ¿vas a enviar una nota para tu baúl y doncella, o lo haré yo?" preguntó Florence.

"Lo haré yo," dijo Susan. "También quiero llevarme a Billy." Se dirigió al pequeño escritorio en la esquina de la habitación.

"¿Billy? ¿Es un caballo nuevo?"

"No. Es un joven que me cuidó cuando estaba en el barco. Convencí a Miles para que lo liberara de su puesto y lo tomara en su propia casa. No lo dejaré bajo el cuidado de Miles. Sé que sería honorable, pero siento que Billy es mi responsabilidad," explicó Susan.

"Creo que tu lógica está equivocada, pero harás lo que desees," dijo Florence. "No planees viajar mañana. Sal temprano pasado mañana."

"No. Me iré mañana por la mañana. No tiene sentido demorar," dijo Susan con firmeza.

"Te daría tiempo para hablar con..."

"Es demasiado tarde para eso," interrumpió Susan. "Es mejor irse lo antes posible."

Capítulo 18

El ruido era ensordecedor. Miles gimió, pero eso pareció aumentar el sonido y el dolor pulsante en su cabeza. Intentando abrir los ojos, hizo una mueca cuando reaccionaron a la luz de la habitación.

"Cierra las cortinas," gimió.

"Están cerradas, mi señor. Es de madrugada," dijo Ashurst en voz baja.

"Dios mío, mi cabeza," dijo Miles, con su piel pálida y sudorosa volviéndose de un color verde enfermizo. "Creo que necesito..."

Ashurst ya estaba junto a la cama con un cuenco preparado para el resultado de demasiado alcohol y una noche extremadamente perturbada.

Pasó un tiempo antes de que Miles se dejara caer de nuevo en la cama.

"Mi señor, su bebida. Necesita intentar tomarla para aliviar el dolor de cabeza," lo alentó Ashurst.

Haciendo una mueca, Miles gimió de nuevo. "No. Todavía no."

Aceptando que el líquido probablemente reaparecería tan rápido como Miles lo bebiera, el ayuda de cámara se deshizo del cuenco antes de regresar con una jarra de agua fresca y paños para limpiar la frente caliente y sudorosa de su amo.

Miles había vuelto a caer en un sueño inquieto, pero con los cuidados de Ashurst, se despertó de nuevo. "¿Susan?" murmuró.

"Lady Longdon no está aquí en este momento, mi señor," respondió Ashurst.

"Ella hace que los dolores de cabeza se vayan," dijo Miles, pero apenas estaba despierto.

El rostro de Ashurst no traicionó el alivio que sentía por no tener que ofrecer más explicaciones. Iba a ser una conversación difícil cuando llegara el momento. No sabía lo que había pasado entre amo y señora, pero una cosa sabía con certeza: no había visto a Miles tan mal desde Waterloo. Y eso no auguraba nada bueno para ninguno de ellos.

*

Miles abrió los ojos ligeramente. No se había sentido tan enfermo en mucho tiempo. Todo su cuerpo dolía, y el martilleo en su cabeza sería espectacular si no fuera tan condenadamente doloroso. Obligándose a abrir los ojos, se sintió aliviado al notar que todavía estaba oscuro afuera; al menos eso ayudaría en su esfuerzo por mirar alrededor.

Ashurst estaba cerca, observando a su amo de cerca. Mirando lentamente alrededor de la habitación, Miles sintió una punzada de decepción al notar que Susan no estaba allí.

"¿Está listo para su bebida, mi señor?" preguntó Ashurst en voz baja.

"Sí. Eso espero, porque no puedo soportar este nivel de dolor por mucho más tiempo," susurró Miles.

Sin decir otra palabra, Ashurst ayudó a Miles a levantar la cabeza lo suficiente para tragar el líquido. Miles pensó que iba a devolver todo de nuevo con el movimiento, pero después de unas respiraciones lentas, logró calmar la náusea lo suficiente para beber.

Reclinándose en la almohada con un suspiro de alivio, cerró los ojos. No podía hacer más. Antes de caer en un sueño inquieto, hizo una pregunta. "¿Susan?"

"Lady Longdon no está disponible en este momento," respondió Ashurst.

Un ceño fruncido arrugó la frente de Miles ante la respuesta, pero no dijo nada más.

"Mi boca se siente como el interior de un establo descuidado," gimió Miles al despertar la noche siguiente. "¿Qué demonios me pasa?"

"Ah, un decantador lleno y una noche severa," explicó Ashurst.

Miles gimió de nuevo. "Recuerdo vagamente algo."

"Estoy seguro de que lo recordará. Usualmente lo hace."

"Eres un demonio. Me harías creer que hago esto todas las semanas," maldijo Miles con buen humor, pero aún hablaba apenas por encima de un susurro.

"No. No desde la última batalla," dijo Ashurst con suavidad. Había sido el asistente de Miles durante todas sus campañas.

"Eso estaba justificado." Descansando en silencio por un momento, Miles pensó en los días anteriores. Hizo una mueca cuando recordó su entrevista con Jones. Se volvió hacia Ashurst. "Las pesadillas no han sido tan malas las últimas dos veces que he sufrido."

"No." Ashurst se veía incómodo.

"¿Crees que es la bebida lo que causó que este episodio fuera peor de lo normal?"

"No."

"¡Habla, hombre! Está claro que tienes algo en mente, y no tengo la capacidad para sacártelo con trucos suaves," exclamó Miles.

Ashurst tosió con incomodidad. "Si me permite decirlo, mi señor, Lady Longdon no estaba con usted esta vez."

"¿Cómo afectaría eso?"

"Por lo poco que vi, parecía que respondía a su calma. Como si fuera sacado de la pesadilla, aunque no despertara," dijo Ashurst. "Podría estar equivocado, ya que no permanecí mucho tiempo en la habitación cuando ella me aseguró que quería cuidarlo."

"No sabía que la habías dejado. Presumí que ambos habían estado en la habitación al menos durante la primera parte de la noche," dijo Miles. Los recuerdos de despertar con Susan en sus brazos pasaron por su mente. "¿Le diste instrucciones sobre qué hacer?"

"No. Ella parecía saber instintivamente qué ayudaría. La única instrucción que le di fue darle su bebida cuando despertara."

"No sentí que la necesitaba la segunda vez que estuvo conmigo," dijo Miles. No. Había estado tan enfocado en una exploración mucho más agradable de su nueva esposa que apenas había pensado en la poción que siempre tomaba. Solo más tarde la había bebido, y eso fue por insistencia de ella. Nunca antes había dejado de tomar el brebaje después de sufrir una pesadilla.

El ayuda de cámara pensó que era prudente ocuparse mientras su amo reflexionaba sobre la realización de qué y quién había ayudado más que cualquier otra cosa desde que había regresado de la guerra.

"¿Dónde está mi esposa ahora?" finalmente preguntó Miles.

"No estoy muy seguro," admitió Ashurst con sinceridad, aunque él, junto con otros miembros sénior del personal, sabían al menos parte de lo que había pasado. "He estado con usted durante la noche pasada y hoy."

"Es una hora temprana, ¿verdad?" preguntó Miles. "¿Ha salido?"

"Son casi las diez de la noche. Ha estado fuera de todo un día y una noche. Ha tardado en regresar con nosotros."

Miles frunció el ceño. "Ashurst, ¿dónde está mi esposa?"

"Me temo que no lo sé."

"Pero," insistió Miles.

"Ha visitado a su tía."

"¿Qué es lo que no estoy entendiendo?" demandó Miles, levantándose a una posición mas sentado. "Dime la verdad."

"Ha tenido algún tipo de altercado con el Capitán Jones, si sus murmuraciones son de creer," dijo Ashurst, visiblemente incómodo. "Cuando regresó a casa, fue a su estudio y permaneció allí. Lady Longdon se unió a usted en algún momento, pero pronto regresó a su habitación. Luego se fue a la casa de su tía."

Miles se llevó la cabeza a las manos. "La apuesta. La maldita apuesta," gimió mientras los recuerdos volvían con incómoda rapidez.

Ashurst claramente pensó que era prudente permanecer en silencio.

Finalmente, Miles miró a su ayuda de cámara. "¿Tienes alguna idea de lo que le dije?" No había sentido tratar de andarse con rodeos. Había cometido un error, y necesitaba saber cuán grave había sido.

"No. Aunque me han hecho creer que estaba angustiada cuando lo dejó."

"Dios mío, ¿qué he hecho?" dijo Miles. "Necesito visitar a su tía."

"¿Ahora, mi señor? Le aconsejaría que una visita por la mañana sería más apropiada."

"Pero esto sucedió ayer."

"Aún sugeriría que la visite por la mañana, por el bien de los chismes, si no por otra cosa," dijo Ashurst. "Pero hay algo más que necesita saber."

"Siga," dijo Miles, con la aprensión en aumento.

"Lady Longdon envió a buscar su maleta, su doncella y el niño."

"Entonces la he lastimado profundamente," dijo Miles. "Malditas sean las consecuencias, vístame. Voy a salir."

Capítulo 19

Susan había salido un poco más tarde de lo que había planeado. Su tía había intentado persuadirla para que se quedara y hablara con Miles, pero Susan había sido firme en su negativa.

"Tía, no se gana nada quedándome con él," dijo Susan, más decidida de lo que jamás había estado. "Es hora, probablemente por primera vez en mi vida, de que ponga mi destino en mis propias manos."

"Eso es algo, supongo," dijo la tía Florence con un resoplido. "Cuando decidas lo que vas a hacer, házmelo saber. Te seguiré, querida."

"No hay necesidad de que desarraigues tu vida," insistió Susan.

"Eres lo único que es valioso para mí en esta vida. Estaré atada a tus faldas ya sea que desaparezcas a Escocia, Italia o más allá. Más vale que te acostumbres a la idea de que estaré contigo porque, al igual que tú, no seré disuadida."

Susan besó a su tía. "No te merezco. Gracias."

"Mereces un esposo amoroso y una familia en la que puedas florecer y dejar atrás lo que ha sucedido en el pasado. Estoy muy decepcionada de que Lord Longdon no haya estado a la altura. Tenía grandes esperanzas en él," dijo la tía Florence.

"Fueron las circunstancias. Ambos fuimos tontos al intentar que funcionara." Susan trató de sonar pragmática, pero el peso de plomo en su corazón le dio a sus ojos una mirada angustiada. "Es hora de que me vaya."

Estaba usando el carruaje de su tía. Billy y su doncella ya estaban dentro, esperando a que su señora entrara. Con un último abrazo y la promesa de escribir pronto, Susan entró en el carruaje y, mientras se despedía con la mano, el vehículo partió.

"Lamento haberte sacado de tu puesto tan pronto después de haberte asentado, Billy. Pero siento que eres mi responsabilidad," explicó Susan cuando el nudo en su garganta se deshizo.

"Es otra aventura, mi señora," respondió Billy con una sonrisa. "Estoy feliz de estar donde usted esté."

"Me alegra escuchar eso."

"¿Nos quedaremos en Barrowfoot por un tiempo, mi señora?" preguntó Jane, su doncella.

Susan era plenamente consciente de que su sirvienta de toda la vida tendría algo que decir cuando estuvieran en la privacidad de un dormitorio; solo podía agradecer que su doncella claramente no quisiera que Billy escuchara la reprimenda que se avecinaba para Susan.

"Estaremos allí al menos unos días. No estoy segura todavía," dijo Susan honestamente. No tenía idea de cuánto tiempo le tomaría a Miles seguirla; parte de ella esperaba que no lo hiciera. No tener la tortura de verlo nuevamente sería preferible, aunque su corazón dolía por que fuera de otra manera.

Los tres viajeros no hablaron mucho, aparte de cuando Billy exclamaba ante algún paisaje u otro. Susan descubrió que él había sido un niño abandonado y que pensaba que sus sueños se habían cumplido cuando fue aprendiz de su capitán. A medida que avanzaba el viaje, veía muchas cosas que le deleitaban, actuando como un niño pequeño en su asombro.

Si el rescate de Billy era lo único bueno que salía de sus recientes escapadas, Susan no podía arrepentirse del resultado. Protegerlo de la crueldad tendría que ser suficiente satisfacción para ella. Se negó a pensar en otra cosa.

*

Florence permaneció sentada cuando Miles fue conducido a su salón. Su expresión no mostraba más que desprecio por el noble que había defraudado tanto a su sobrina.

Miles hizo una reverencia ante ella y comenzó a hablar. "Estoy aquí para tener una palabra privada con mi esposa. Me han hecho creer que ha tomado residencia temporal aquí."

"No está disponible. De hecho, incluso si lo estuviera, ha decidido que no quiere tener nada más que ver con usted," dijo Florence fríamente.

Miles no pudo ocultar el gesto de dolor ante las palabras, antes de volver a controlar sus facciones. "Por favor. He sido un tonto de la peor calaña. Entiendo que desee enviarme al diablo, pero necesito explicarle mis acciones a Susan."

"¿Y qué se lograría con eso? ¿Va a tratar de retractarse de los comentarios que ha hecho?"

"No. No puedo hacer eso. Pero puedo disculparme por ellos," respondió Miles.

"¿Y cree que disculparse los borrará mágicamente? ¿Qué podría convencer a mi sobrina de que está feliz de tenerla como esposa cuando le ha dicho que no lo está?"

Miles se dejó caer pesadamente en una silla. "¿No dije eso, verdad?" preguntó, angustiado.

Florence frunció el ceño. "¿No recuerda lo que dijo?"

"No está completamente claro, lo admito."

"¡Maldito idiota!"

"Sí. Lo soy."

"Le dijo que quería poder elegir a su propia esposa. Que estaba enojado porque lo habían obligado a casarse con ella. Lo cual, para una chica como Susan, es probablemente el comentario más hiriente que podría haber hecho. La ha rechazado de la peor manera posible para alguien que ha sufrido el abuso y menosprecio que ella ha soportado. La pobre chica," explicó Florence, sus palabras no tan abrasivas como antes.

"¡Maldita sea mi estupidez!" maldijo Miles. "Nunca tuve la intención de lastimarla."

"Quizás no, pero lo hizo."

"Sí. Pero ahora quiero enmendarlo."

Suspirando, Florence recogió su vestido antes de hablar. "Sé que tuvo un mal comienzo y quizás no hubiera elegido a mi sobrina si todas las cosas hubieran sido iguales."

"No," admitió Miles.

"Pero, pregúntese seriamente esto. ¿Qué más querría de una esposa?"

"No entiendo del todo."

"Piense en lo que Susan aporta a su matrimonio y decida qué le falta," dijo Florence.

El silencio descendió entre ellos. Miles pareció hundirse en su asiento. Finalmente, miró a la mujer mayor. "Ya sabía antes de llegar aquí que no cambiaría nada de Susan."

"Entonces, no es un completo cabeza dura. Supongo que eso es algo."

"Gracias," dijo Miles secamente.

"Oh, no crea que ya ha salido del bosque," respondió Florence. "Después de todo, dice que no cambiaría a mi sobrina, sin embargo, actuó como si le desagradara, en el mejor de los casos." Ella observaba a Miles de cerca, evaluándolo abiertamente.

"He sido un completo tonto. No viendo lo que estaba frente a mí y en mi corazón," dijo Miles. "Por favor, permítame hablar con ella y explicarle."

"No lo estoy deteniendo, pero Susan sí."

"No entiendo."

"No. No lo entendería. Mi maldita cuñada ha convencido a Susan de que no vale nada.

Que solo alguien que deseara obtener su fortuna consideraría casarse con ella. Ciertamente no el hombre que amaba."

"¿Estaba enamorada de alguien?" preguntó Miles, su corazón latiendo incómodamente.

"Oh sí. Completamente enamorada. Pero él no la quería," dijo Florence, observando a Miles como lo había hecho las pocas veces que se habían encontrado. "Cuando ocurrió la situación del secuestro y su matrimonio, pensé que había esperanza para ella. Parecía un tipo decente y, tontamente, esperé que el cariño llevara al amor. Parece que no ha sido así, y al rechazar a Susan tan cruelmente, puede que haya hecho un daño irrevocable."

"¿De qué manera?"

"Ha decidido que su destino ya no estará a merced de nadie más. Va a vivir su vida no como quisiera, sino de una manera en la que no se arriesgará a volver a ser herida."

"Eso suena muy definitivo," dijo Miles, inclinándose hacia adelante y entrelazando las manos.

"Me suena a una vida muy solitaria."

"Podría darme una segunda oportunidad," dijo Miles con esperanza.

"¿Y dejar que le rompa el corazón una segunda vez?"

"Me doy cuenta de que le he causado angustia, pero..."

"Ha estado enamorada de usted durante años. Nunca lo notó, lo que ya fue un rechazo. Ahora, la ha rechazado por segunda vez de una manera bastante espectacular. ¿Cuánto más espera que soporte?" preguntó Florence con brusquedad.

Frotándose las manos sobre la cara, Miles miró a Florence. "Lo sospechaba. No. Lo sabía. En el fondo, de todos modos, sabía que tenía sentimientos por mí. He sido un idiota y necesito enmendarlo. Una cosa es segura: no puedo dejar que siga creyendo que no me importa, porque sí me importa. Me importa mucho."

"Eso espero, porque ella vale su afecto. De hecho, vale por diez como usted."

"No escuchará ningún argumento en contra de eso por mi parte," respondió rápidamente Miles. "Por favor, déjeme verla." Se inclinó hacia adelante en su asiento, con las manos extendidas en un silencioso ruego.

"Ella no está aquí."

"¿Ha salido?"

"Se fue a su casa de campo esta mañana. Justo antes del almuerzo. Sugiero que la siga tan pronto como pueda," dijo Florence. "Sé que no desea que la busque, pero creo que sería lo mejor."

"¿No desea verme?" Su cuerpo se movió hacia atrás como si lo hubieran golpeado al darse cuenta de que podría haber perdido a Susan.

"¿Le gustaría torturarse aún más? A pesar de su crianza, es una de las personas más amorosas que uno podría desear conocer. Dele algo de crédito, sin embargo, por llegar al límite. Su corazón está maltrecho."

"Me ha dado nada más que afecto y cuidado. Necesito mostrarle que soy digno de su consideración. Me iré a primera hora de la mañana," dijo Miles, levantándose.

"Espero que no la defraude esta vez. Si lo hace, no habrá vuelta atrás, para ninguno de los dos," advirtió Florence.

"No le fallaré. Ni ahora, ni en el futuro." Con una reverencia, Miles dejó la habitación.

*

Susan no podía enfrentarse al desayuno. No había anticipado cuánto le afectaría quedarse en la misma posada en la que se había alojado en su último viaje a Barrowfoot House con Miles.

Casi había rechazado el salón privado, pero luego el sentido común la hizo actuar apropiadamente.

Decidiendo dar un paseo corto, sonrió a Billy, que observaba con fascinación a los mozos de cuadra atar los caballos al carruaje.

Al salir del patio de la posada, se detuvo y respiró una bocanada de aire matutino. Se había sentido constreñida en el carruaje, necesitando mantener cierto nivel de decoro cuando le habría gustado regodearse en la autocompasión.

Girando para caminar por el sendero, se detuvo en seco. "Oh no. No. No puede ser."

El Sr. Sage sonrió, a pesar de su aspecto desaliñado, e inclinó ligeramente la cabeza en un saludo burlón. "Vaya, Lady Longdon, qué casualidad encontrarnos aquí," dijo, apuntando su pistola al abdomen de Susan.

"¿Cómo sobrevivió?" preguntó Susan.

"Había un saliente." El Sr. Sage se encogió de hombros. "Nadie miró debajo, con todos corriendo y concentrándose en el agua. Tontos. Si uno de ellos hubiera mirado hacia arriba, me habrían visto. Una vez que partimos en el viaje, fue fácil subir a bordo. El capitán pensó que era una gran broma tomarle el dinero a los de calidad mientras escondía al hombre que querían muerto. Piense en esto: durante todo el viaje, estuve a unos metros de usted. ¿Disfrutó de sus tardes en cubierta?"

Susan respiró profundamente, tratando de controlar su pánico. Él estaba allí, y no tenía idea de cómo salir de esa situación. "¿Cómo me encontró?"

"Oh, he estado en su vecindad desde que regresamos a Londres. Ha estado demasiado enamorada de su nuevo marido como para notar a un viejo mendigo en las calles. Incluso me ha dado una moneda o dos." El Sr. Sage le sonrió. "Me preguntaba cómo iba a separarla de su séquito, pero parece que no necesité hacerlo. ¿Tuvieron una pelea? ¿Se ha distanciado de su amado lord?"

"¿Qué quiere de mí?" preguntó Susan, ignorando sus preguntas. Sus entrañas estaban heladas al pensar que había sido seguida tan abiertamente y no había notado nada. ¿Cómo había notado a Mr. Malone vigilándola y no al Sr. Sage? Tenía que admitir que Sage tenía razón; su enamoramiento por Miles la había cegado a todo lo que la rodeaba.

"Parecería que no puedo acceder a su fortuna, pues dudo que pueda persuadir a su padre para que solicite la anulación del matrimonio," dijo el Sr. Sage de manera coloquial. Parecería un intercambio agradable de no ser por el arma que sostenía.

"No," dijo Susan con un leve rubor en las mejillas.

"Entonces el honorable lord ha tomado a la solterona sencilla. Las maravillas nunca cesarán," dijo el Sr. Sage.

"Mi marido tiene mi fortuna. Ya no puedo serle útil."

"Ah, pero ese es el punto. Él pagaría por su regreso seguro... no querría la muerte de su esposa en su conciencia, estoy seguro."

"¿Me secuestrará por segunda vez?" preguntó Susan, incrédula. Incluso ella podía ver lo ridículo de la situación.

"Esta vez no dependeré de Malone," dijo el Sr. Sage con desdén. "Vamos, mi altiva dama. Su carruaje la espera, y vamos a tomarlo."

En ese momento, la doncella de Susan apareció buscando a su señora. Ahogando un grito, se detuvo en seco.

El Sr. Sage la miró. "Perfecto. Ve y despeja a todos de tu carruaje, y tu señora vivirá. Vamos a hacer un pequeño viaje."

Jane se quedó petrificada, y Susan vio un destello de irritación en el rostro del Sr. Sage. Sabía que él no tenía nada que perder. Todos los presentes estaban en peligro real. "Jane, haz lo que él dice. Dile al personal que no quiero heroísmos. No quiero que nadie salga herido por mi culpa."

"¡Ahora!" gritó el Sr. Sage a Jane antes de que ella pudiera responder a las palabras de Susan.

Con un sollozo, Jane corrió de regreso por donde vino. El Sr. Sage le dio unos momentos para implementar sus instrucciones antes de agitar su pistola para hacer que Susan se moviera. "Vamos, empecemos esto," dijo, llevándola de regreso a la posada.

Usando a Susan como escudo, gritó a todos los que estaban en el patio, "Nadie intente salvarla y vivirá, por ahora. Cualquiera lo suficientemente tonto como para intentar rescatarla hará que muera. Instantáneamente. ¿Me he hecho entender?"

Unos pocos asintieron con la cabeza a sus palabras y, aunque los vigilaban de cerca, nadie hizo ningún movimiento mientras Susan y el Sr. Sage se dirigían al carruaje.

Susan se detuvo en la puerta del carruaje, pero el Sr. Sage le presionó la pistola en la espalda. "No esta vez. No habrá saltos del carruaje para usted. Aprendí de su amiga a no dar a ninguna mujer la oportunidad de escapar. Por pequeña que sea. Se sentará al frente conmigo."

Luchando con piernas temblorosas, Susan subió los escalones al frente del vehículo y se sentó rápidamente. El Sr. Sage subió con apenas dificultad usando solo una mano.

"Es una jinete competente. Tome las riendas," le ordenó, poniendo la pistola en sus costillas. "No golpee los baches en el camino con la esperanza de que me desplace. Esta pistola se disparará si hago algún movimiento brusco."

Susan hizo lo que le ordenaron. Al dar una última mirada a Jane, se preguntó dónde estaba Billy. Solo podía estar agradecida de que no estuviera en el patio. No podía soportar que él intentara protegerla como lo había hecho en el barco.

Vigilando detrás de ellos por un tiempo para asegurarse de que no los seguían, el Sr. Sage no dijo nada, dejando que Susan condujera al equipo de cuatro a un ritmo rápido. Cuando estuvo satisfecho de que estaban solos, comenzó a dar instrucciones.

"Salga de esta carretera en el próximo cartel. No seguiremos las rutas principales."

"Este es un gran carruaje. Difícilmente cabrá si nos lleva por los caminos rurales," dijo Susan.

"Afortunadamente, el cuidado del carruaje no es mi preocupación. No dejar un rastro fácil sí lo es. No permitiré que ese esposo suyo haga heroísmos una segunda vez."

"No lo hará. Puedo garantizarlo. Se arrepiente de haberse casado conmigo. Probablemente se negará a pagar el rescate, permitiéndole deshacerse de la esposa que no quiere," dijo Susan con tristeza, dirigiendo obedientemente a los caballos por un camino más estrecho y lleno de baches. Los finos animales de su tía no estarían contentos con el lugar al que los estaba guiando.

"Si él no paga, su padre lo hará," dijo el Sr. Sage con confianza.

Susan pensó que era prudente no mencionar que su padre no haría nada sin la aprobación de su madrastra, por lo que esa vía de explotación podría ser tan complicada como acercarse a Miles. Se concentró en tratar de evitar los baches más profundos, mientras el Sr. Sage le daba más instrucciones y la instaba a mantener una buena velocidad.

"A menos que desee terminar este viaje temprano, permitirá que conduzca los caballos de una manera que nos llevará a ellos y a nosotros a donde sea que tenga en mente a tiempo," dijo Susan con primacía.

"¡Es una maldita carga!" gruñó el Sr. Sage.

Susan se estremeció al ver cómo su mano vacía se cerraba en un puño, esperando un golpe, pero no llegó. Decidió que intentaría memorizar su ruta y concentrarse en sacarse de su predicamento tan pronto como fuera seguro hacerlo. Una cosa era segura: no podía depender de nadie más para salvarla. Si iba a tener un futuro, dependía de sus propias acciones.

Capítulo 20

Jones y Dunn llegaron a Curzon Street a primera hora de la mañana. La expresión de Jones era de enojo. "Esto es una pérdida de tiempo," gruñó mientras Dunn llamaba a la puerta.

"No voy a pasar los próximos seis meses mirando por encima del hombro, esperando que Longdon salte sobre mí en cualquier momento. Si quiere resolver lo de la apuesta, mejor en mis términos. Siempre es más indulgente por la mañana, cuando apenas se ha despertado," dijo Dunn.

Al abrir la puerta, el mayordomo informó a los hombres que su señoría estaba a punto de emprender un viaje y no estaba disponible para recibir visitas.

"¡Déjame entrar, hombre!" exclamó Dunn, sus nervios deshilachados rompiéndose. "Tengo que resolver esto hoy." Empujando al mayordomo, ambos hombres entraron en el vestíbulo, que era un hervidero de actividad.

Miles salió de su estudio, poniéndose los guantes, y se detuvo cuando vio quién estaba en el vestíbulo. "Dije que no quería visitas," le dijo al mayordomo.

"No lo culpes. Dunn entró a la fuerza a su manera brutal," dijo Jones con su tono habitual perezoso.

"No tengo tiempo para lidiar con ustedes ahora," espetó Miles. "De hecho, no quiero volver a verlos a ninguno de los dos."

"Te dije que no te preocuparas," le dijo Jones a Dunn.

Lanzándole una mirada a su amigo, Dunn dio un paso adelante. "Mira. Estoy aquí para disculparme. Fue una idea completamente estúpida, y quiero enmendarlo."

"Es demasiado tarde para eso," dijo Miles bruscamente.

"Miles, normalmente no eres tan cabezón. Vamos, podemos resolver esto," apeló Dunn a su amigo.

Suspirando, Miles sacudió la cabeza como resignado. "Vengan a mi estudio," dijo, girando sobre sus talones y caminando de regreso a la puerta por la que acababa de salir.

Jones y Dunn lo siguieron y cerraron la puerta detrás de ellos.

"¿Ocurre algo?" preguntó Jones de inmediato.

"Podrías decir eso," dijo Miles con tensión. "Estúpidamente me embriagué después de enterarme de la apuesta, y mi esposa, al venir a mí preocupada, fue informada de lo que creía que era la verdad sobre mi situación, lo que resultó en que ella me dejara."

"¿Tienes molinos en la cabeza?" preguntó Jones con incredulidad. "Es la única cosa que explicaría tus acciones."

"Como tú fuiste el que empezó toda esta maldita farsa, vigilaría mi boca si fuera tú," respondió Miles.

"Caballeros. No hay ningún beneficio en repasar terreno viejo," dijo Dunn, siempre el pacificador. "Lo que necesitamos saber es cómo vas a enmendar esto."

"Estaba tratando de hacer eso cuando ustedes llegaron. Aparentemente, ella está viajando a Barrowfoot. Tengo la intención de seguirla; de hecho, ya estaría en camino si no me estuvieran retrasando."

"En ese caso, no hay tiempo que perder," dijo Dunn, abriendo la puerta. "Es bueno que vinimos a caballo. Vamos, partiremos de inmediato."

"¿Partiremos?" preguntó Miles incrédulamente.

"Por supuesto," respondió Jones. "No esperas que confiemos en que resuelvas esto solo, ¿verdad? Ahora, antes de que pierdas aún más tiempo discutiendo con nosotros, no seas un cerdo obstinado. Por mucho que me duela admitirlo, hemos errado, y si es necesario, le contaremos ese hecho a Lady Longdon. Si ella no te perdona después de eso, usaremos nuestras habilidades para echarte de tu propiedad, pues nuestras lealtades están con ella, por supuesto."

“Por supuesto,” dijo Miles, sacudiendo la cabeza. Caminó hacia el pasillo, asintiendo a su ayuda de cámara. “Sígueme a un ritmo razonable. Tengo todo lo que necesito para los pocos días en la carretera, y ahora parece que tendré compañía.” Asintió en dirección a los dos capitanes.

“Vamos a corregir lo que se ha hecho mal,” dijo Jones. “Vamos, Longdon. Ahora no es el momento para despedidas largas con tu personal. ¡Tenemos una dama que encontrar!”

*

“¿A dónde nos dirigimos? ¿Vamos a cabalgar hasta que los caballos caigan muertos?” preguntó Susan, con un tono que no ocultaba completamente el sarcasmo en su voz.

Habían estado viajando por algún tiempo por caminos que parecían no llevar a ninguna parte. Aparte de alguna granja ocasional, no habían visto ningún edificio en su viaje, y aparte de unas pocas vacas, ovejas y un caballo ocasionalmente interesado, no habían encontrado a nadie. Era cada vez menos probable que incluso si Susan lograra escapar, encontraría a alguien que la ayudara.

“Haga lo que digo. Vivirá más tiempo así,” espetó, “Realmente necesito saber por razones prácticas.”

“¡Maldita sea! ¿Por qué no puede simplemente sentarse y estar en silencio?”

“Porque el llamado de la naturaleza se está volviendo más urgente.” Susan se encogió de hombros. “Si sé que vamos a parar pronto, puedo esperar, pero no mucho más.”

“No he visto nada adecuado todavía, así que puede pasar un tiempo,” dijo el Sr. Sage.

Susan se volvió hacia él con sorpresa. “¿No ha planeado esto?”

“¡Ocúpese de sus propios malditos asuntos!”

“Está confiando en encontrar un edificio desocupado, ¿verdad? De eso se trata este viaje errante. Tontamente pensé que tenía que ver con no dejar un rastro, pero no es así. ¿Cómo pudo embarcarse en algo tan serio sin pensarlo bien?” exigió Susan.

No vio su puño moverse hasta que conectó con su mandíbula. Se echó hacia atrás en su asiento, soltando las riendas, con sus brazos agitándose para tratar de agarrar algo que evitara que cayera del asiento del cochero. El Sr. Sage la agarró bruscamente. La caída de Susan se ralentizó, aunque no se detuvo, ya que él luchaba por mantenerla sujeta en el ángulo en el que su cuerpo se había deslizado.

Caer desde aproximadamente tres metros iba a doler. Al aterrizar con un golpe, Susan luchó por respirar antes de perder la conciencia en el suelo polvoriento. Lo último que vio fueron las botas embarradas del Sr. Sage aterrizando junto a ella mientras saltaba del asiento con una maldición.

*

Miles, Jones y Dunn hicieron un buen progreso. No viajaron a la velocidad que su viaje al norte había justificado, pero eran hombres de acción y acostumbrados a recorrer grandes distancias más rápido de lo que los jinetes comunes solían intentar.

Con sus abrigos pesados alrededor de sus cuerpos y bufandas cubriendo sus rostros, presentaban una imagen intimidante mientras cabalgaban los tres en paralelo.

“Nos detendremos en el pueblo donde me quedé la última vez que viajé con Susan,” dijo Miles mientras se acercaban a la posada. “Es la única vez que ha hecho el viaje, así que supongo

que habría seguido la misma ruta."

"¿Estás listo para pedir perdón por tu estupidez?" preguntó Jones.

"¿Y tú?" replicó Miles.

"Lo estamos. Especialmente si ayuda a tu causa," intercedió Dunn, lanzando una mirada de advertencia a Jones.

"Es muy tedioso cuando no me dejas divertirme," dijo Jones.

"No vamos a interferir, solo a disculparnos y apoyar," insistió Dunn.

"Aburrido," se quejó Jones.

"Por fin uno de ustedes está hablando con sentido, y no me refiero a ti," dijo Miles, mirando a Jones.

"La vida matrimonial te está volviendo tan dócil como el resto de ellos. Me alegro de no haberme comprometido nunca con esa institución sagrada," dijo Jones.

Dunn sonrió. "Famosas últimas palabras, si alguna vez las he oído."

"¿No te gustaría hacer una pequeña apuesta sobre eso?" respondió Jones.

Miles gruñó, pero Dunn sacudió la cabeza. "Eres un sinvergüenza insensible."

"Es uno de mis muchos talentos," respondió Jones con una sonrisa.

"Por favor, déjame darle un puñetazo antes de entrar en la posada," suplicó Miles mientras se dirigían al bullicioso patio de la posada.

"Sé amable," dijo Dunn.

Miles saltó de la silla sin traicionar la rigidez que sentía por haber recorrido tantos kilómetros en solo unas pocas horas. Después de entregar su caballo a un mozo de cuadra, entró en la posada y aceptó una jarra de cerveza del posadero.

"¿Ya ha salido Lady Longdon en su viaje?" preguntó Miles.

"¿Lord Longdon?" preguntó el posadero, luciendo incómodo.

"Sí," respondió Miles, alerta al comportamiento del hombre.

"No lo reconocí al principio, mi señor. Creo que debería venir a un salón privado," dijo el posadero, moviéndose desde detrás de la barra.

Jones y Dunn habían entrado en la posada, agachando la cabeza para pasar por debajo del umbral bajo. "¿Está aquí?" preguntó Dunn.

"Parece que hay un problema," dijo Miles en voz baja, siguiendo al posadero.

Los tres hombres entraron en la sala. El posadero se volvió hacia ellos. Estaba pálido y obviamente incómodo.

"Me gustaría comenzar diciendo que nunca ha sucedido algo así antes. Mantengo una buena casa, y el hombre en cuestión no se había hospedado aquí," balbuceó el hombre, deseando que los tres hombres que tenía delante no parecieran tan listos para entrar en acción, ya que sabía que sus palabras causarían consternación.

"¿Qué le ha pasado a mi esposa?" preguntó Miles en voz baja.

"Puedo traer a su personal, si lo desea…"

"Dime lo que sabes, luego hablaré con los sirvientes," interrumpió Miles.

"Hubo un incidente afuera cuando el grupo estaba a punto de salir."

"¿Qué tipo de incidente?" preguntó Jones.

"Un hombre - no tengo idea de quién es- se llevó a Lady Longdon," confesó el posadero, con el sudor perlándole la frente. No le iría bien para los negocios cuando se supiera que un secuestro había tenido lugar en sus instalaciones.

"¿Se la llevó? ¿Nadie lo detuvo?" preguntó Miles incrédulo.

"Tenía una pistola. Juró que la dispararía si alguien intentaba rescatarla. No queríamos

que resultara herida," trató de explicar el posadero.

"Malditos cobardes," maldijo Jones.

Miles se frotó las manos sobre la cara, tratando de evitar que el pánico que sentía lo dominara. "¿Cuándo sucedió esto?"

"Esta mañana. Alrededor de las nueve."

"¡Eso fue hace horas! Haz que los sirvientes que vieron algo vengan a hablar con nosotros. Uno a la vez, pero que sean rápidos. No quiero ninguna vacilación al responder nuestras preguntas - el tiempo es esencial," ordenó Miles.

El posadero salió de la habitación, y Miles se sentó pesadamente en una silla. Jones caminó hacia la chimenea, agarrando bruscamente un atizador y apuñalando los troncos del fuego con fiereza. Dunn permaneció fijo en su lugar.

"Solo puede ser una persona," dijo Dunn, rompiendo el silencio.

"No pudimos encontrarlo. Si hubiera sobrevivido, lo habríamos encontrado," dijo Jones con brusquedad.

"Presumimos demasiado," respondió Dunn en voz baja. "Aceptar que probablemente se hubiera hundido en el lodo nos hizo laxos."

"Podría no ser él," dijo Jones, sin creer las palabras que pronunciaba.

"¿Quién más querría hacerle daño?" preguntó Miles.

"¡Maldita sea!" explotó Jones. "¿Qué puede querer con ella? Debe saber que está casada."

"Para lo que le ha servido," dijo Miles con desprecio. "¿Dónde estaba yo cuando más me necesitaba? Superando una fuerte resaca porque me había emborrachado hasta la inconsciencia cuando me comportaba como un niño petulante."

Sus dos amigos no tuvieron tiempo de ofrecer una respuesta antes de que un golpe en la puerta indicara que había llegado el primer testigo de los hechos.

Media hora después, todos habían sido interrogados, y los tres estaban solos una vez más.

"Es él," dijo Miles con desánimo.

"Sí. No hay duda," respondió Dunn. Nadie había conocido al Sr. Sage, pero la descripción de él era clara y consistente.

"Va a estar desesperado. ¿Cómo diablos vamos a encontrarla?" preguntó Miles.

Jones apoyó su mano en el hombro de su amigo. "La encontraremos, aunque tengamos que recorrer cada camino y carretera que este condado tiene para ofrecer. Buscaremos en los lugares más remotos, ya que no querría arriesgarse a que ella obtuviera ayuda de alguien al ver a una dama en apuros."

"La lastimó la última vez," dijo Miles con desánimo.

"Llegaremos a ella antes de que llegue a eso." Dunn se puso de pie. "Vamos, tenemos terreno que cubrir. Nos mantendremos juntos, pero nos separaremos brevemente cuando lleguemos a bifurcaciones en los caminos. No tiene sentido ir en tres direcciones diferentes. Y sabemos la ruta en la que partió el carruaje."

"Podrían haber cambiado de dirección," señaló Miles, pero se estaba poniendo los guantes en preparación para partir.

"Cualquiera que los haya visto recordaría a una dama conduciendo un carruaje con cuatro caballos. Primero apuntaremos a los caminos de las granjas," dijo Dunn.

Los tres salieron de la posada y montaron los caballos, que ya estaban preparados para ellos. Miles asintió al posadero. "Espero regresar más tarde. Por favor, tenga tres habitaciones preparadas."

“Sí, mi señor,” respondió el posadero.

“También traeremos de vuelta un cadáver,” dijo Miles sombríamente, sin notar el pálido color del rostro del posadero.

Capítulo 21

Susan despertó con una voz insistente. Había estado molestando la oscuridad que la envolvía, y ella se mostraba reacia a dejarla ir. Sin embargo, la voz persistía. Era como una mosca zumbando a su alrededor, y ella quería espantarla. Finalmente, aceptando que tendría que abrir los ojos para hacer que el ruido se detuviera, parpadeó lentamente, tratando de enfocarse.

"¡Oh, gracias a Dios! ¡Por favor, mi señora, despierte!" insistía la voz.

"¿Qué pasó?" dijo Susan.

"Necesito moverla. Está en un camino polvoriento," respondió la voz con urgencia, ignorando su pregunta.

"¿Billy?" Susan parpadeó al ver el rostro borroso que flotaba sobre ella, su expresión llena de preocupación.

"Sí, mi señora," respondió Billy, casi llorando de alivio.

"¿Qué haces aquí? ¿Estoy de vuelta en la posada?" preguntó Susan, sin intentar moverse.

"No. Se cayó del asiento del cochero. Por un momento pensé que estaba muerta."

"Debes pensar que soy muy tonta," dijo Susan, y luego frunció el ceño. "Billy, busca refugio. El Sr. Sage tiene un arma y la usará."

Billy sonrió levemente. "Tengo su arma. No hará nada."

Las palabras impulsaron a Susan a obligarse a moverse, aunque se sentía muy mareada y rígida. "Billy, ¿puedes ayudarme a levantarme?"

El joven se movió y, tirando suavemente de sus manos, ayudó a levantarla hasta una posición sentada. Susan soltó el apoyo de las manos de Billy y colocó firmemente sus propias manos en el suelo para estabilizarse.

"Me siento un poco mareada," admitió. "Creo que es mejor si no me muevo más por el momento. Por favor, cuéntame qué ha estado sucediendo."

Billy no necesitó más aliento. "Me estaba escondiendo en el carruaje, mi señora," dijo, sin poder contener la emoción en su voz. "Vi al Sr. Sage dar la vuelta con usted y supe que no tramaba nada bueno, así que me subí al carruaje. Nadie me notó porque todos estaban mirándolo a él con usted."

"Oh, Billy, parece que estás demasiado dispuesto a ponerte en peligro por mi causa," dijo Susan.

"No podía dejarla, mi señora. No después de que me rescató del Dolphin," respondió Billy con seriedad. "Pensé que estaría solo con usted en el carruaje, pero luego el Sr. Sage la obligó a conducir los caballos."

"Sí. Yo tampoco esperaba eso."

"No sabía qué iba a hacer para ayudarla, así que busqué armas en el carruaje."

"Dudo que mi tía lleve armas con ella," dijo Susan secamente.

"No las lleva, pero sí lleva ladrillos para calentar sus pies. Había dos debajo de los asientos," dijo Billy, con una nota de orgullo en su voz. "Los saqué y los puse a mi lado. No había decidido cómo, pero sabía que podría usarlos."

"Oh, Billy, algún día te matarás con una de estas ideas," dijo Susan con dulzura. "No puedes usar un ladrillo contra una pistola."

"Pero él no sabía que yo estaba allí," señaló Billy, no sin razón. "Cuando se cayó, casi me delaté, lo admito, pero logré detenerme de gritar. El Sr. Sage le gritó cuando estaba en el suelo.

Incluso la pateó en un momento."

Susan hizo una mueca. "Eso no me sorprende, y explica por qué me duele el costado."

"Creo que iba a cargarla y meterla en el carruaje. Metió su arma en los pantalones y caminó hacia el carruaje. Pensé que iba a descubrirme, así que tomé uno de los ladrillos. En cambio, simplemente abrió la puerta y se dio la vuelta. Pensé que tenía que actuar en ese momento."

"¡Dios mío!"

"Está bien. Soy ligero de pies, así que salté del carruaje y lo golpeé fuerte en la parte trasera de la cabeza con el ladrillo. No tenía ni idea de lo que había pasado. Nunca había visto a alguien caer al suelo como lo hizo él."

"¿Está muerto?" preguntó Susan alarmada. No quería que Billy tuviera problemas por intentar ayudar.

"No. Pensé que lo estaba, pero aún respiraba, aunque no muy fuerte. Tomé su arma y lo até," dijo Billy con orgullo. "No pude arrastrarlo al carruaje, es demasiado pesado, pero está al lado de la puerta."

"Parece que tienes la situación bajo control." Susan sonrió a su salvador. "Te debo mi gratitud una vez más. ¿Cómo voy a pagarte por esto?"

Sonrojándose, Billy le sonrió. "No quiero que me paguen, mi señora. Solo hice lo que cualquiera haría."

"Había mucha gente en el patio de la posada," dijo Susan. "No los condeno por su inacción, ya que probablemente me habrían disparado, pero solo tú reaccionaste a la situación en la que estaba y viniste a rescatarme de una manera espectacular. No subestimes lo que has hecho. Fuiste muy valiente."

Si Billy estaba enamorado de Susan antes de su discurso, estaba completamente embelesado al final. Le sonrió tímidamente.

Susan le devolvió la sonrisa. "Creo que podría levantarme ahora, si pudieras ayudarme," dijo, extendiendo sus manos hacia él.

Billy la ayudó a ponerse de pie, y aunque necesitó sostenerse de él y del costado del carruaje por unos momentos, pudo mantenerse erguida.

"Veamos si el Sr. Sage sigue inconsciente," dijo, usando el carruaje como apoyo mientras caminaba alrededor para llegar al otro lado.

El cuerpo de Sage estaba donde Billy lo había dejado, junto a la puerta abierta del carruaje. Susan usó su pie para empujar su forma tendida. No deseaba que el mareo volviera si se inclinaba para revisarlo. Se tensó cuando su pie tocó su cuerpo, esperando a medias que reaccionara, pero no hubo movimiento. Al notar la obra de Billy de atar las manos y pies de Sage con lo que parecía ser una correa de cuero, se relajó un poco. Parecía que no estaba en peligro inmediato.

"Necesitamos regresar a la posada, o a algún otro lugar donde podamos obtener ayuda, pero voy a tener dificultades para subir al asiento del conductor. ¿Crees que podrías conducir los caballos?" preguntó.

"Nunca he hecho eso," dijo Billy, dudando.

"Están muy bien entrenados," lo animó Susan. "Y probablemente estén un poco cansados ahora, así que no estarán inclinados a quejarse por tus manos inexpertas. Estoy segura de que podrías hacerlo. Eres muy capaz."

"Tendría que girar el carruaje. ¿Cómo hago eso?"

"Creo que lo mejor será continuar hasta que lleguemos a un desvío en el camino. Estos

carriles harían que incluso los mejores jinetes tuvieran dificultades. No quisiera causarte a ti ni a los caballos ninguna dificultad," dijo Susan con suavidad. Eso haría que su viaje de regreso fuera más largo porque no podrían intentar seguir la ruta de regreso, pero dijo la verdad. Sería demasiado intentar girar en los pequeños carriles por los que habían estado viajando.

"Si cree que podría…"

"Sé que podrías. Ambos sabemos que eres muy capaz," le aseguró Susan. "¿Intentamos poner al Sr. Sage en el carruaje?"

Lucharon por arrastrar, tirar y levantar a Sage al interior del carruaje, pero, con algunas pausas mientras Susan dejaba pasar el desmayo y las náuseas, lo lograron. Lo dejaron tendido en un asiento. Billy había querido dejarlo en el suelo del carruaje, pero Susan se opuso.

"Quiero que esté a la vista, no alrededor de mis pies donde podría intentar hacerme algún daño más," explicó. "Necesitaré la pistola mientras viajamos."

Billy se mostró sorprendido. "¿La usaría?"

"Lo dudo, pero mientras esté en el mismo espacio que el Sr. Sage, siento que necesito la protección que ofrece la pistola. Dudo que mi rostro vuelva a ser el mismo después de que su puño me golpeara," dijo Susan, tocándose la barbilla con cuidado.

"Ya tiene un buen moretón."

"Debo parecer un espanto, porque sé que estoy cubierta de polvo de pies a cabeza. Intentemos regresar a la posada de la que salimos, porque nadie más creería nuestra historia de Banbury."

Susan salió del carruaje. Cuando Billy se sentó nerviosamente en el asiento del cochero, ella le dio instrucciones para manejar los caballos. Estaban siendo muy dóciles, y ella esperaba que estuvieran, de hecho, cansados y, por lo tanto, más inclinados a caminar de manera constante por los tipos de caminos que ya habían recorrido.

Cuando estuvo satisfecha de que Billy estaba seguro, subió al carruaje y cerró la puerta de golpe. Aliviada cuando escuchó la instrucción de Billy y el carruaje se puso en marcha, se recostó contra el asiento. Cada parte de su cuerpo le dolía, pero no podía permitirse el lujo de ser complaciente.

Cada vez que el vehículo caía en un agujero en los caminos mal mantenidos, tanto Susan como el Sr. Sage eran lanzados de un lado a otro. Cómo Billy había logrado mantenerse escondido cuando ella ya había emitido un "¡uf!" en más de una ocasión, nunca lo sabría.

Susan se enderezó cuando notó que el Sr. Sage abría los ojos lentamente. Observó, apuntándole con la pistola, mientras él parpadeaba e intentaba enfocarse en su entorno. Intentó mantener su rostro con una expresión impasible. No podía mostrar ninguna debilidad, porque sabía que él se aprovecharía de ella, incluso en su estado debilitado.

"Bueno, esto es un desarrollo inesperado," dijo el Sr. Sage, lamiéndose los labios en un esfuerzo por hacer que su boca funcionara.

"Permanezca quieto y no le pasará nada," le instruyó Susan.

"¿Quién está conduciendo el carruaje?"

"Nadie de su incumbencia."

"Se ve un poco pálida. Creo que debería bajar la pistola, y podemos hablar de esto. Estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo que nos convenga a ambos," dijo el Sr. Sage, tratando de incorporarse.

"Por favor, quédese donde está."

"Estoy condenadamente incómodo y perdiendo la sensación en mis brazos; además de eso, tengo un dolor de cabeza terrible, que duele aún más cuando mi cabeza toca el asiento.

Tenga algo de misericordia con un hombre."

"No merece nada después de lo que ha hecho," dijo Susan. "Pero le permitiré sentarse. Simplemente no intente ningún otro movimiento."

"Vamos, vamos, mi señora. La pistola ni siquiera está cebada. No intente convencerme de que estaría dispuesta a dispararme si intentara escapar," se burló el Sr. Sage.

Pausando solo por un segundo, Susan echó hacia atrás el martillo de la pistola de chispa, cebándola. "Estoy segura de que no necesito comprobar si ya está cargada," dijo con calma. "Estoy segura de que no habría enfrentado un patio lleno de gente si no estuviera preparado para usar su arma. Alguien podría haber sido lo suficientemente tonto como para acercarse a usted."

El Sr. Sage entrecerró los ojos. "Así que tiene un poco más de lucha dentro suyo de lo que suponía. Tontamente pensé que no era más que una carga parlanchina. Mi error. Pero no uno que volveré a cometer. Solo sepa esto: no me tomo a la ligera que me apunten con una pistola. Sufrirá como resultado de su insolencia."

"Sin embargo, era perfectamente aceptable que usted me clavara la cosa en las costillas," espetó Susan.

"Era un medio para un fin." El Sr. Sage se encogió de hombros. "Si cree que me dejaré llevar dócilmente ante el magistrado más cercano y ser acusado de secuestro, me ha subestimado."

"Secuestro y asesinato. Puede que haya olvidado lo que le hizo al Sr. Malone, pero yo ciertamente no lo he olvidado."

"Ah, sí, Albert. Era tan aburrido," dijo el Sr. Sage coloquialmente. "Debo agradecerle por recordármelo. Lo había olvidado por el momento. Darme cuenta de mi error me convence aún más de que no tengo nada que perder."

"¿Con respecto a qué?" La intuición de Susan le gritaba que debía salir del carruaje.

"A todo esto." El Sr. Sage miró alrededor del carruaje. "Si me atrapan, colgaré por lo que he hecho. No hay nada que pueda suceder que me salve. Así que la pregunta que tengo que hacerme es, ¿qué hago con usted?"

"Podría ser deportado," dijo Susan, sabiendo que estaba perdiendo el control de la situación, pero sin ser lo suficientemente experta para recuperarlo. Su corazón latía incómodamente fuerte, pero trató de mantenerse exteriormente calmada.

"¿Después de asesinar a un héroe de guerra que regresaba? ¿Y luego secuestrar a una joven con título? Es una tonta si cree que harían otra cosa que no sea colgarme. Sorprendentemente, ese destino no me atrae."

"Quizás debería haber pensado en eso antes de embarcarse en sus actividades nefastas. Nada de esto tenía que ver con otra cosa que no fuera su propia codicia," reprendió Susan.

"Todo habría estado bien y en orden si esa amiga suya hubiera accedido a casarse conmigo. Nada de esto habría sucedido. Espero que cuando visite su tumba se dé cuenta de que es su culpa que esté muerta," dijo el Sr. Sage seriamente.

"No entien..." Las palabras de Susan se perdieron cuando el Sr. Sage se lanzó a través del carruaje.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que él se había liberado de las ataduras de sus manos, aunque todavía estaba restringido por las ataduras alrededor de sus pies. Él agarró la mano que sostenía la pistola.

Susan luchó por mantener el arma, pero el carruaje se tambaleó, enviándolos a ambos contra la pared del carruaje. Mientras los dos cuerpos golpeaban el material lujoso, se escuchó un disparo y cayeron de nuevo en el asiento que habían desocupado.

Susan miró horrorizada la mancha roja en su vestido, antes de mirar con los ojos muy abiertos la expresión atónita en el rostro del Sr. Sage.

Capítulo 22

“Debe haber una manera más eficiente de hacer esto,” murmuró Miles mientras se separaban en otro cruce. Cada uno había estado viajando por los caminos y regresando cuando no encontraban señales de un carruaje o sus ocupantes.

“Encontramos donde se desviaron del camino principal,” razonó Dunn. “Nada más que un gran carruaje podría haber causado tanto daño a los arbustos.”

“Y hemos encontrado otras evidencias. Solo estamos revisando cada camino para asegurarnos dos veces,” añadió Jones.

“Debes estar realmente preocupado,” dijo Miles. “Cuando intentas tranquilizarme, sé que es momento de preocuparse.”

“De ninguna manera. Tengo una cuenta pendiente con Sage, si es él,” dijo Jones. “Estoy muy ansioso por reencontrarme con él y buscaré hasta que no quede ningún caballo que me lleve.”

Dunn y Miles intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

“Estos caminos son una pesadilla para atravesar. Ya es hora de que algunos de estos baches se llenen. Son una maldita molestia,” dijo Jones, sonando más como su usual ser lacónico.

“Puedo ver a las autoridades llenando los baches solo para tu conveniencia,” dijo Dunn secamente.

“No tienen nada mejor que hacer según lo que veo,” respondió Jones. “Hay un edificio allí. Iré a preguntar si han visto nuestro escurridizo carruaje.”

La pareja dejó atrás a Jones y continuaron su camino. Jones los alcanzaría, así que no tenía sentido perder tiempo esperándolo.

“Está ansioso por pelear,” dijo Dunn.

“Sí. Puede tener una oportunidad,” respondió Miles oscuramente. “Solo quiero asegurarme de que Susan esté ilesa.”

“Es una mujer fuerte,” dijo Dunn con gentileza. “Soportó lo que pasó con el secuestro con fortaleza.”

“Sí. Ha sido subestimada y subvalorada toda su vida, creo,” admitió Miles.

“Espero que al menos su nuevo esposo la aprecie como se debe.”

Miles lanzó una mirada a Dunn, pero no respondió al comentario al principio. Luego su expresión cambió a una de angustia. “Lo único en lo que sigo pensando es que podría estar herida y nunca le dije cómo me sentía. Podría morir sin saber que la amo.”

“Bueno, bendito sea,” respondió Dunn. “Finalmente te diste cuenta de lo que vimos a bordo del barco.”

“Todavía fue incorrecto hacer la apuesta.”

“Sí. Probablemente,” dijo Dunn. “Pero sin ella nunca te habrías casado con ella y reconocido tus sentimientos por ella.”

“Quizás,” concedió Miles. “¡Solo desearía que pudiéramos encontrarlos!”

Fueron interrumpidos por el sonido de cascos golpeando el suelo. Jones se movía a la velocidad más rápida que había alcanzado en todo el día, y ambos se sintieron alentados de que él tenía noticias.

Sin detenerse, Jones pasó junto a ellos. “¡Vamos! Estaban por aquí hace media hora.

Tomaron la siguiente curva, que no tiene desvíos por millas. ¡Estamos casi sobre ellos!"

Los tres inmediatamente aumentaron la velocidad, sin hablar mientras navegaban por los baches y agujeros. Miles tuvo que forzarse a concentrarse en mantenerse en su asiento, o sus pensamientos sobre Susan lo distraerían. Con el corazón acelerado, instó a su caballo a avanzar.

Dunn vio la parte superior del carruaje cuando los setos en el camino se hundieron y mostraron lo que había más allá de una curva. Inmediatamente redujo la velocidad, señalando sin hablar hacia el vehículo.

"Se está moviendo muy lentamente," dijo cuando los tres se detuvieron.

"No podemos apresurarnos como una manada de elefantes," dijo Miles rápidamente.

"¿O como una caballería cargando contra los franceses?" preguntó Jones con una sonrisa.

"No. Definitivamente no así." Miles frunció el ceño mientras observaba el carruaje avanzar lentamente. "Billy está guiando a los caballos."

"¿El grumete?" preguntó Dunn.

"Parece que sí," dijo Miles. "Vamos, acerquémonos con cuidado."

Miles lideró al trío por el camino. Se movían más rápido que el carruaje, pero no tan rápido como para llamar la atención. Cuando estuvieron a unos cientos de metros del vehículo, Miles indicó que él iría a la derecha y Dunn y Jones a la izquierda.

"No hay oportunidad de que Billy detenga el carruaje sin que noten nuestra llegada," dijo en voz baja, no deseando que su voz se escuchara, aunque el sonido de las ruedas sería suficiente para ahogar cualquier ruido proveniente del trío.

"No es ideal, pero nada relacionado con el bribón parece ser sencillo," gruñó Jones.

"Espero que esté descansando su arma mientras están tan aislados. Espero que les dé unos segundos de ventaja por sorpresa. Los dejaré a ustedes para que se encarguen de él. Solo necesito sacar a Susan del peligro," dijo Miles.

"Entendido, Longdon," dijo Jones. "La sacaremos de esta."

Miles asintió al mismo tiempo que el sonido de un disparo resonó. Estaba claro que venía desde el interior del carruaje.

Miles gritó angustiado y clavó los talones en su caballo, que despegó con un relincho de protesta. El carruaje se precipitó hacia adelante cuando los caballos se asustaron por el sonido, y Billy parecía a punto de caer. Jones y Dunn estaban a menos de un segundo detrás de Miles en su persecución del vehículo descontrolado.

Jones, arriesgando vida y extremidades, forzó a su caballo a ponerse al lado del carruaje. Las ruedas que giraban rápidamente amenazaban con mutilar a su animal mientras luchaba por subir a bordo.

"¡Tira de las riendas!" gritó Jones a Billy, que se aferraba al asiento del cochero por su vida. "¡Tira de las malditas riendas, chico!"

La severidad de la voz hizo que Billy actuara. Agarró el cuero suelto y tiró con todas sus fuerzas. Los caballos del carruaje protestaron ruidosamente, pero, aunque pequeño para su edad, Billy era fuerte. El vehículo comenzó a reducir la velocidad.

Jones trepó al asiento, liberando a su propio caballo para escapar del peligro que había aterrorizado al pobre animal. Tomando las riendas de Billy, Jones terminó el trabajo que había comenzado, y el carruaje se detuvo.

Miles y Dunn estaban a ambos lados de las ruedas traseras. Tan pronto como se dieron cuenta de que el carruaje estaba deteniéndose, cada uno saltó de su animal y, sacando sus pistolas, corrieron hacia el vehículo en desaceleración. En el momento en que se detuvo, los dos hombres abrieron las puertas y metieron sus armas ahora preparadas adentro.

*

Susan se aferraba a la correa en el interior del carruaje mientras este se sacudía hacia adelante. Quería desesperadamente poder ayudar a Billy, pero sabía que no había nada que pudiera hacer. El Sr. Sage y ella estaban inmersos en una competición de miradas horrífica que la mantenía en su asiento.

Incluso cuando el carruaje se detuvo y se sobresaltó por la repentina apertura de ambas puertas, no pudo apartar la mirada del Sr. Sage. Él quedaría indeleblemente grabado en su memoria de ahora en adelante.

Miles se quedó congelado en la puerta del carruaje, mirando a Susan. Una gran mancha de sangre cubría su vestido en el centro. Estaba pálida como la muerte e inmóvil como un cadáver. Saltó dentro del carruaje y la tomó en sus brazos.

"¡Susan! ¡No!" lloró, atrayéndola hacia él y meciéndola en sus brazos. "¡No me dejes! ¡No ahora! ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!"

Dunn arrastró al Sr. Sage fuera del carruaje y se dio cuenta de inmediato que estaba muerto. Al regresar al interior, vio la pistola descargada en el suelo entre los dos asientos.

"¡Miles! ¡Miles, revísala!" Dunn gritó a su amigo.

Miles miró a Dunn, quien repitió la instrucción. A regañadientes, movió a Susan de sus brazos para inspeccionarla. Inmediatamente notó que sus ojos se movieron para seguir el cuerpo del Sr. Sage, que ahora yacía en el suelo fuera del carruaje. Estaba viva. Su peor temor era infundado. ¡Ella vivía!

Puso su rostro frente al de ella para que no pudiera ver el cuerpo. "Susan, ¿puedes oírme? ¿Estás herida? ¿Te dispararon?"

Susan miró a su esposo sin comprender.

Con un esfuerzo colosal, Miles apartó su agitación interior y se concentró en su esposa. Ella estaba en shock, y eso podría ser peligroso. Le sostuvo el rostro suavemente con una mano, obligándola a mirarlo a los ojos.

"Susan. Escúchame," dijo en voz baja pero firme. "Estás a salvo. Estoy aquí. ¿Recuerda que dijiste que sabías que vendría cuando te secuestraron? Pues bien, estoy aquí de nuevo. Parece que no puedes deshacerte de mí. Susan, necesito saber si estás herida. Hay sangre en tu vestido. ¿Estás lastimada?"

Fue como ser sacada de un lugar oscuro y aterrador mientras las palabras penetraban en la conciencia de Susan. Unos ojos grises se clavaban en su alma mientras miraban los suyos. Esos hermosos ojos grises que había amado durante tanto tiempo. Estaban preocupados y ansiosos. No le gustaba cuando Miles estaba angustiado. Eso le daría pesadillas. Tenía que ayudarlo, hacerle sonreír, o tendría una noche perturbada.

Susan suspiró y parpadeó varias veces. "¿Miles?" susurró.

"Oh, mi querida niña. Sí, estoy aquí. ¿Estás herida? Por favor, dime que no lo estás," preguntó Miles suavemente.

"La pistola," dijo Susan. "Se disparó."

"Lo sé. La escuché," dijo Miles. "¿Estás herida?" Estaba tratando de resistir el impulso de envolverla en sus brazos para mantenerla a salvo.

"¿Yo? No lo sé."

El estómago de Miles se estremeció ante sus palabras. A veces, las personas no sabían que estaban heridas cuando habían recibido una herida fatal. El cuerpo entraba en shock, eliminando la realidad de la situación del sufrimiento de la persona.

Dunn había permanecido en silencio durante el intercambio, pero ahora tocó el brazo de

Miles. “Necesitas revisarla.”

Miles asintió y palpó los brazos de Susan. Sabía que no estaba herida allí, pero quería revisarla por completo. Al palpar su cintura, ella no mostró ninguna indicación de sentir dolor, así que sus manos se movieron a su estómago, donde estaba la mancha de sangre.

En lugar de presionar en su centro, tiró de la tela de su vestido. Se relajó con alivio, antes de volverse hacia Dunn. “No hay marca de bala.”

“Gracias a Dios,” dijo Dunn. “Pensé que solo había una pistola y estaba seguro de que solo escuchamos un disparo. Debe ser la sangre de Sage.”

Susan pareció reaccionar a las palabras de Dunn y miró con horror su vestido. Empezó a gemir e intentar limpiar la mancha. “No. No. No.”

Miles la envolvió en sus brazos, evitando que se volviera histérica. “Shh,” la calmó. “Vamos a regresar a la posada y te daremos un buen baño caliente. Estoy aquí. Estás a salvo. Te prometo que estás a salvo.” Volviéndose hacia Dunn, Miles habló en voz baja. “Necesitamos movernos de inmediato.”

“Entendido.” Dunn saltó del carruaje y cerró la puerta. Miles escuchó, mientras al mismo tiempo susurraba palabras reconfortantes a Susan.

Dunn estaba dando instrucciones mientras sujetaba sus caballos a la parte trasera del carruaje. Se subió a la estriba que solían usar los lacayos, dejando a Jones y Billy sentados al frente. Ninguno de ellos consideró mover el cuerpo del Sr. Sage del lugar donde había caído en el suelo. El único lugar adecuado para él habría sido en uno de los caballos, o dentro del carruaje, y ninguno del grupo contemplaría ninguna de esas opciones. Su ubicación sería comunicada más tarde, pero por ahora lo dejaron.

Un final adecuado para un hombre sin conciencia.

Capítulo 23

A Miles le parecieron horas antes de que llegaran de vuelta a la posada. Estaba afónico de tanto hablarle a Susan, quien no había respondido en todo el trayecto. Su falta de reacción era más preocupante que si hubiera tenido un ataque de histeria.

Tan pronto como entraron en el patio de la posada, Dunn saltó del escalón en el que había viajado y empezó a dar órdenes. Abriendo la puerta del carruaje, asomó la cabeza. “He ordenado un baño caliente para Susan y que traigan al doctor. ¿Puedes llevarla a su habitación?”

“Por supuesto,” respondió Miles. “Susan, ya estamos aquí, de vuelta en la posada. Ven, necesitamos llevarte a tu habitación.”

La única respuesta que Miles recibió fue que ella agarró su abrigo cuando intentó bajar los escalones. Le animó saber que al menos quería tenerlo cerca.

“Solo estoy bajando para poder llevarte arriba. Ven, mi amor, estaré contigo todo el tiempo,” la aseguró suavemente.

Levantándola en sus brazos, Miles entró en la posada. La doncella de Susan, que había sido alertada del regreso de su señora, guio a Miles hasta la alcoba.

“Me encargaré de aquí en adelante, mi señor,” dijo la doncella, mientras una fila constante de empleados entraba en la habitación, trayendo cubos llenos de agua caliente para llenar la bañera.

“Voy a cuidar de mi esposa,” dijo Miles con firmeza. “Tú ve y organiza comida y bebida y espera al doctor.”

La doncella frunció los labios. “Ella necesita ser bañada y manejada con cuidado, mi señor. La conozco desde que era una niña, y soy perfectamente capaz de atender sus necesidades.”

“Y yo soy su esposo, quien cuidará de ella por el resto de sus días.” Miles se obligó a no gritarle a la veterana empleada. “Voy a cuidar de mi esposa, yo y solo yo.”

Murmurando en voz baja, la doncella salió de la habitación. Poco podía hacer con su señora tan indiferente, pero tendría unas palabras con Susan cuando llegara el momento. Los maridos que elegían cuándo querían una esposa no le caían bien a una mujer decidida a defender a su señora.

Miles esperó hasta que la habitación estuvo vacía y la bañera llena y humeante antes de desnudar a Susan. Ella se estremeció al sentir su toque, pero se quedó inmóvil ante él. La levantó y la metió en el agua, sin importarle que sus mangas se empaparan en el proceso. Tomó el jabón y la lavó. Con cuidado y reverencia, soltó su cabello y lavó cada rizo con ternura.

Cuando estuvo satisfecho de que ella estaba completamente caliente, la sacó del agua y la envolvió en toallas. Hablándole todo el tiempo, tranquilizándola y explicándole cada cosa que hacía, le secó el cabello junto al fuego y luego la ayudó a vestirse con su ropa de dormir. Sacó una manta de la cama, los envolvió a ambos en ella y se sentó con ella en sus rodillas en la silla más cercana al fuego.

Un golpe en la puerta anunció el regreso de la doncella con el doctor. Ninguno de los dos reaccionó a la extraña escena de Miles envolviéndose protectoramente alrededor de Susan.

“¿Le han informado de lo que ha sucedido?” preguntó Miles.

“Sí, mi señor. Me gustaría examinar a su esposa. Si pudiera llevarla a la cama,” indicó el doctor.

Miles hizo lo que se le dijo, y aunque anhelaba meterse en la cama con Susan, se conformó con sentarse en el borde y sostener su mano. El doctor se acercó a Susan desde el lado opuesto. Después de unos momentos de examinarla, pareció satisfecho, aunque Susan estaba mayormente indiferente a él.

"Está en shock por lo que ha experimentado. Su doncella me informó de lo ocurrido," dijo el médico. "Ha hecho bien en mantenerla caliente. Déjala en la cama, dele líquidos, pero no se preocupe si no quiere comer por el momento. Dejaré un poco de láudano para que tome. Le ayudará a descansar durante la noche. No anticipo que su reacción sea duradera."

"¿Podremos viajar a casa mañana?" preguntó Miles.

"Si parece recuperada, debería estar bien. Solo hagan el viaje despacio, y manténganla caliente y calmada."

"Lo haré. Gracias."

El médico asintió con su despedida y salió de la habitación. Miles esperó hasta que la doncella regresó, como sabía que haría.

"Me quedaré aquí esta noche," dijo en cuanto ella entró en la habitación. "Arregla para que traigan algo de comida, y comeré cuando Lady Longdon esté dormida. Espera regresar a Londres mañana. Mientras tanto, permite la entrada a los Capitanes Jones y Dunn. Necesito hablar con ellos un momento."

La doncella hizo lo que se le pidió, y no pasó mucho tiempo antes de que los dos amigos llenaran la puerta, con sus ojos llenos de preocupación por Susan.

"¿Qué necesitas de nosotros?" preguntó Dunn.

"Solo quiero agradecerles por hoy. Tenerlos conmigo fue de gran ayuda," dijo Miles. "Aunque intentar que se mataran no era parte del plan." Sonrió al recordar a Jones apretándose en el pequeño espacio entre el carruaje y el seto.

"Teníamos que detener el carruaje. Billy no tenía suficiente experiencia," dijo Jones con un encogimiento de hombros indiferente.

"¿Cómo está el chico?" preguntó Miles, habiendo olvidado al muchacho.

"Entre el shock y la emoción de haber tenido una aventura y sobrevivido. Ha estado paseando por la sala, preocupado por su ama," respondió Dunn.

"Estará bien, especialmente cuando la lleve a casa." Miles miró a su esposa. Ella estaba acostada con los ojos cerrados, pero sabía por la presión en su mano que estaba despierta.

"¿Vas a ir a Barrowfoot mañana?" preguntó Dunn.

"No. Estamos más cerca de Londres, así que regresaré allí. No quiero permanecer en esta posada más tiempo del necesario. Se necesitan nuevos recuerdos para reemplazar el horror," dijo Miles con autoridad.

"Se recuperará," dijo Jones.

"Eso espero."

"Te escoltaremos de regreso. Sé que no hay más amenazas, pero ambos estaremos más tranquilos sabiendo que te hemos llevado a Curzon Street," dijo Dunn.

"Gracias. Lo apreciaría," respondió Miles.

Cuando se quedó solo con Susan, la apoyó para que pudiera beber el láudano. Ella lo miró con una pregunta cuando dijo que debería beberlo.

"Esta noche necesitas un sueño sin sueños," dijo suavemente, besando la parte superior de su cabeza. "No te dejaré ni un momento."

"¿La imagen de él desaparecerá alguna vez?" susurró Susan.

"No completamente," respondió Miles honestamente. "Pero nos aseguraremos de que

solo esté en el fondo. Podrás vivir con eso. Te lo prometo."

Susan asintió levemente y cerró los ojos, dejando que la medicación hiciera efecto. No pasó mucho tiempo antes de que respirara profundamente y finalmente se relajara.

Miles se movió hacia donde estaba la mesa cargada de comida. Pasaron unos momentos antes de que pudiera tragar algo, su absoluta fe en él causando un nudo en su garganta y escozor detrás de sus ojos.

Cuando se controló, comió unos bocados y luego se desvistió rápidamente. Se metió en la cama con Susan y la atrajo suavemente hacia él.

"Puede que estés en un sueño profundo," susurró en su oído. "Pero quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas. Estoy justo a tu lado, mi amor."

*

Susan miró por la ventana mientras el carruaje dañado se dirigía de regreso a Londres. Debería a su tía un carro con carrocería renovada, ya que estaba cubierto de arañazos y marcas por el trato rudo del día anterior.

Miles estaba sentado a su lado, sosteniendo su mano mientras avanzaban a un ritmo rápido. Su doncella y Billy estaban sentados frente a ellos. Encontró consuelo en la presencia y el contacto de Miles, pero le preocupaba lo que sucedería cuando regresaran a Londres. Se verían obligados a tener una conversación difícil, que no podía tener lugar en un carruaje con sirvientes, pero hasta donde ella podía ver, su situación no había cambiado. Miles se había arrepentido de casarse con ella, y ella tenía el corazón roto, y ahora estaba luchando con la imagen del hombre al que había disparado.

Le preguntó a Miles sobre las consecuencias mientras él la ayudaba a vestirse. Dirigió sus pensamientos a otro lugar que no fuera el hecho de que su esposo la estaba vistiendo.

"He matado a un hombre. ¿Me ahorcarán?" preguntó en un susurro.

Miles hizo una pausa. "No. En absoluto. Sé que Jones y Dunn se han encargado de todo con el magistrado. No habrá cargos."

"Pero está muerto, y fui yo quien disparó el arma."

"No podemos estar seguros de ese hecho," dijo Miles. "Hubo una lucha, y el arma se disparó. No puedes estar completamente segura de que fuiste tú quien apretó el gatillo. Pero incluso si pudieras, él te había secuestrado y te tenía a punta de pistola, por segunda vez. No habría cargos en tu contra en cualquier circunstancia." Besó a su esposa suavemente. "Se acabó, Susan. Ya no hay nada de qué preocuparse."

Susan se detuvo antes de discutir con él. Tenía mucho de qué preocuparse. Dónde iba a vivir. Qué iba a hacer, y cómo diablos podría vivir sin el hombre que la había rescatado por segunda vez. Apoyando la cabeza contra el asiento del carruaje, miró a ciegas por la ventana.

Capítulo 24

Cuando regresaron a Curzon Street, Miles insistió en que Susan fuera inmediatamente a su dormitorio a descansar. La observó mientras su doncella la llevaba escaleras arriba con el ceño fruncido. Su esposa nunca había estado tan indiferente y retraída. Esto aumentaba su preocupación por ella.

Agradeció a sus amigos, quienes insistieron en regresar a sus propios alojamientos sin demora. Mientras pedían ser informados sobre la recuperación de Susan, Miles les estrechó la mano.

"Gracias, de nuevo," dijo.

"Fue una forma drástica de superar las consecuencias de nuestra interferencia equivocada, pero me alegra que estemos hablando de nuevo," dijo Dunn, estrechando la mano de su amigo.

"Pronto se habría dado cuenta de que no podría vivir sin nosotros." Jones le dio una palmada en la espalda a Miles. "Cuida bien de esa esposa tuya. Es preciosa para nosotros."

"Y para mí," admitió Miles.

Después de despedir a sus amigos, fue a su estudio. Envió un mensaje a Ralph y Edith y otro a la tía Florence, actualizándolos brevemente sobre lo ocurrido, pero indicándoles que no permitiría visitas ese día. Luego fue a ver a su madre.

Ella estaba sentada en el salón con sus dos compañeras y levantó la vista sorprendida al ver a su hijo entrar.

"Madre, he regresado con Susan, quien no se encuentra bien en este momento," dijo Miles, pasando por alto todo lo que había sucedido entre ellos en los últimos días.

"¿Está enfermando de algo?"

"Creo que sí, y creo que podría ser contagioso," dijo Miles rápidamente. "Estoy preocupado por tu bienestar. No me gustaría que te contagiaras del mismo mal."

Si el hijo hubiera deseado causar consternación en su madre, no podría haber elegido un tema mejor. Su hipocondría natural se manifestó de inmediato.

"Oh, querido mío. ¿Qué vamos a hacer? No puedo arriesgarme a contagiarme. He estado en tan mala salud últimamente, seguramente empeoraría si contrajera algo más."

"Estaba pensando quizás en un viaje a Brighton," dijo Miles con suavidad.

"Esa es una buena idea. Podría ver a los bañistas del mar," respondió su madre. "Estaría fuera de peligro. Sí. Deberíamos hacer eso. Tan considerado de tu parte, Miles. Me prepararé para salir mañana."

"Ya he enviado un mensaje urgente para arreglar el alojamiento," dijo Miles.

"Tengo un hijo tan considerado," dijo ella a sus compañeras, quienes asentían.

Miles hizo una reverencia y salió de la habitación con una sonrisa en el rostro. Era un hijo egoísta, pero no tenía remordimientos. Tenía que convencer a su esposa de que le importaba, y tener a su madre cerca solo obstaculizaría su progreso.

Su siguiente instrucción fue para su personal. "Lady Longdon y yo no estamos en casa para recibir visitas. Sin duda vendrá una visita de mi hermana, y ella puede entrar, o simplemente se instalará afuera, pero nadie más. Y quiero decir nadie."

"Por supuesto, mi señor," respondió el mayordomo.

Miles regresó a su salón, esperando ver a Susan, pero estaba vacío. Tocó la puerta de su esposa y la abrió. Al entrar, se sorprendió al ver a Susan en la cama.

Su doncella se acercó a él. "Alegó agotamiento, mi señor," susurró la doncella. "Dijo que no quería nada más que dormir. Podrían ser los efectos secundarios del láudano."

"Quizás," dijo Miles, sin apartar los ojos de su esposa. "Permaneceré al lado. Llámame en cuanto despierte."

“Sí, mi lord.”

*

Miles se despertó sobresaltado. Estaba oscuro, el fuego se había apagado en la chimenea, y se sentía condenadamente rígido e incómodo. Se estiró, presumiendo que su posición se había vuelto lo suficientemente incómoda como para despertarlo, pero entonces escuchó un sonido proveniente de la habitación de Susan.

Llegó a su puerta en dos zancadas, olvidando toda rigidez e incomodidad. Al abrir la puerta, vio que Susan estaba sola y agitándose en su cama.

Inmediatamente fue hacia su esposa y la levantó en sus brazos. “Susan, estoy aquí. Estás a salvo,” la tranquilizó Miles.

Susan se calmó al sentir que la movía, pero luego empezó a golpearlo con los puños, tratando de escapar. “No. No. ¡Déjame ir!” gritó.

Al principio, Miles pensó que lo estaba rechazando, pero pronto se dio cuenta de que ella seguía en medio de sus terrores nocturnos. Sosteniéndola con fuerza, continuó hablando con calma y de manera reconfortante, con el corazón dolido por verla sufrir tanto.

Eventualmente, sus palabras parecieron calmarla. Sintió el cambio en ella incluso antes de que se aferrara a su chaleco con ambas manos y comenzara a llorar en su pecho. Fue un alivio para Miles ver la liberación. La contención de sus sentimientos no era saludable, pero ahora, a través de las lágrimas, esperaba que ella comenzara a recuperarse de los eventos que había experimentado.

“Ya pasó, Susan. Estás aquí conmigo, y no dejaré que te pase nada nunca más.”

Susan miró a su esposo, con las mejillas mojadas por las lágrimas y los ojos rojos. “No puedo dejar que desperdicies tu vida conmigo. No te hago feliz. Deberías ser libre para tomar tu propia decisión, como querías.”

“No entiendo,” dijo Miles. “Por favor, explícame por qué querría hacer eso.”

“Me dijiste que hubieras querido poder elegir a tu propia esposa,” sollozó Susan. “No puedo quedarme contigo, Miles. Mi conciencia no me lo permite. Nada más importa. Me has dado tanto. No puedo hacerte sufrir más.”

“La noche en que estaba borracho,” dijo Miles, apagado.

“Dicen que dices la verdad cuando estás borracho,” Susan hipó, ganando control de sí misma y tratando de alejarse de Miles. Se odiaba a sí misma por desear siempre acudir a él, pero supuso que eso era lo que pasaba cuando estabas enamorada de alguien.

“Susan, no estaba enfadado contigo. Estaba enfadado con Jones y Dunn y esa maldita apuesta,” dijo Miles.

“Es lo mismo,” Susan alcanzó un pañuelo y se sonó la nariz. “La apuesta causó tu matrimonio, y ahora estás atrapado. No te condeno. Es principalmente culpa de mi madrastra, pero me niego a hacerte vivir con las consecuencias de su malicia.”

“Voy a enviarle a tu madrastra el ramo de flores más grande que pueda comprar. De hecho, podría enviarle tres,” dijo Miles con una sonrisa.

“¿Por qué harías eso?”

“Soy un tonto por haberme comportado como lo hice, y te pido perdón, pero necesito

decir algo antes de ponerme de rodillas y suplicar misericordia."

"Creo que estás un poco fuera de tus cabales. No tienes sentido."

"Estaba revolcándome en la autocompasión, pero no había visto lo que todos los demás ya habían visto," dijo Miles con suavidad. "Te amo, Susan."

Si Miles esperaba que Susan se derritiera en sus brazos con sus palabras, se llevaría una decepción. Ella se apartó de él tan violentamente que no tuvo tiempo de reaccionar. Se arrastró al lado opuesto de la cama y se sentó allí, sacudiendo la cabeza.

"¿Qué he dicho que sea tan repulsivo?" dijo Miles, medio divertido, medio asombrado.

"No me mientas," respondió Susan con dureza. "Puedo soportar saber que te gusto, pero nada más, pero si intentas engañarme, no podría soportarlo. Por favor, no digas palabras que ambos sabemos que no sientes."

"Susan, mi amor, no estoy mintiendo," Miles sonrió. "Lo prometo por mi honor, no lo hago."

Susan se cubrió la cara con las manos y gimió. Miles aprovechó la oportunidad para acercarse a ella.

"Ven aquí, tonta," dijo, envolviéndola con sus brazos. "Déjame explicarte algo. ¿Me escucharás? ¿De verdad me escucharás?"

"Sí, pero no puedo prometer creerte."

"Realmente has pasado demasiado tiempo con mi hermana," dijo Miles con una risa. "Cuando estábamos a bordo del *Dolphin*, aparentemente no podía quitarte los ojos de encima."

"Estabas preocupado por mí," interrumpió Susan.

"Sí, lo estaba, pero era más que eso," admitió Miles por primera vez. "Al principio me sentí responsable por ti, porque lo que estabas pasando era, en parte, culpa mía. Ni siquiera noté el cambio en mí mismo. Solo cuando Dunn señaló cómo seguía cada uno de tus movimientos con mis ojos, empecé a considerar lo que había sucedido."

"Eres un hombre honorable. Sé que estás diciendo esto por obligación."

"No me había dado cuenta hasta este momento de que me había casado con una arpía." Miles la besó suavemente. Acarició donde había sido golpeada, una fugaz expresión de enojo cruzó su rostro al pensar en alguien lastimándola. "¿Me dejarás continuar? Siempre pensé que eras diferente a Edith, pero estoy empezando a darme cuenta de que tienes similitudes al negarte a escuchar cuando tengo algo importante que decir."

Susan le lanzó una mirada, pero asintió.

"Bien. Cuando regresamos, ninguno de los dos disfrutó de la especulación en torno a nuestro matrimonio. No somos como Jones, que disfruta siendo el centro de atención; creo que ambos tendemos a mantenernos en segundo plano si podemos," dijo Miles. "Cuando desperté de mi borrachera y una de las peores pesadillas que había tenido en mucho tiempo, comencé a entenderme realmente."

"¿Sufriste una pesadilla?" preguntó Susan alarmada.

"Sí. Y me la merecía, que fuera horrible," dijo Miles. "No estabas allí conmigo. Me di cuenta de que tu presencia me calma, me hace más feliz, lo cual, aunque no fuera un beneficio del matrimonio que hubiera imaginado, no puedo decir que lo lamento."

Susan frunció el ceño, y Miles la besó nuevamente. "Espera," dijo. "Sabía que necesitaba alcanzarte y enmendarme. Porque te conozco lo suficiente como para saber que no me habrías dejado a la ligera. Dunn y Jones llegaron y se empeñaron en acompañarme porque te aprecian mucho y sentían que tenían algo por lo que disculparse. Ahora me alegro mucho de que hayan venido. Cuando llegamos a la posada y descubrimos lo que había pasado, honestamente pensé

que iba a colapsar. La idea de que estuvieras en peligro de nuevo hizo que mi sangre se helara, y por un momento no pude pensar, y mucho menos actuar."

"Creo que el Sr. Sage empezó a arrepentirse de haberme elegido. Dijo que lo irritaba demasiado," dijo Susan.

Miles una vez más tocó el moretón en su barbilla. "Si hubiera estado vivo cuando llegamos a ti, lo habría matado por infligirte esto," dijo, apenas conteniendo su ira. "Estábamos acercándonos al carruaje cuando se escuchó el disparo. Pero acababa de admitir algo a Dunn."

"¿Ah?"

"Había admitido que me habías dejado y estabas en peligro, y estaba desconsolado porque nunca te había dicho cuánto te amo," dijo Miles. "No merezco tu amor, porque me he comportado abominablemente, pero créeme, el peor momento de toda mi vida fue cuando abrí esa puerta del carruaje y vi sangre en tu vestido. Si te hubiera perdido entonces, creo que habría tomado mi propia pistola y apretado el gatillo."

Susan se estremeció. "¡No digas eso!"

"Así me sentía," dijo Miles. "En todas las batallas en las que he participado, todos los amigos que he perdido, toda la sangre que he visto, nunca me había afectado de tal manera. Pensé que te había perdido, y no podía soportarlo. Sabía que te amaba antes de llegar al carruaje. Los eventos después de abrir esa puerta solo me demostraron que no había comprendido cuánto."

Susan permaneció en silencio cuando Miles terminó de hablar. Miles la observó de cerca, sus ojos inseguros y un poco cautelosos.

"¿Llego demasiado tarde? ¿Estás tan enojada por mis acciones que has arruinado los sentimientos que tenías por mí?" preguntó en voz baja cuando parecía que Susan no iba a hablar.

Susan estaba en un torbellino. Si hubiera podido creer sus palabras, la habría convertido en la mujer más feliz del mundo, pero había una duda en su mente.

"Eres conocido por ser muy honorable," dijo en respuesta. "No puedo permitir que esto sea una de esas ocasiones."

"No lo es. Lo juro por todo lo que me es precioso," insistió Miles. "Déjame demostrártelo. Volvamos a casarnos, una gran boda, mostrando a todo Londres que te amo profundamente."

"No podemos hacer eso."

"Contigo a mi lado, siento que puedo hacer cualquier cosa," dijo Miles. "Eres la primera persona con la que he querido pasar la noche. Sabes todo sobre mí, incluso mis demonios, y no me ridiculizas por ellos. Eres lo primero en lo que pienso en la mañana y lo último en lo que pienso por la noche y, si he de creer a mi ayuda de cámara, la persona a la que más llamé la noche que estuviste lejos de mí."

Susan se cubrió las mejillas sonrojadas con las manos. "¿Qué debe pensar de nosotros?"

"Me gustaría esperar que piense que somos una pareja profundamente enamorada," dijo Miles. "¿Puedes volver a amarme, Susan? ¿O tengo que amarnos lo suficiente por los dos?"

"Pensé que podría hacerlo una vez, pero es imposible. No importa cuánto lo intentes, cuando solo una persona ama, no es suficiente."

"Te prometo que haré todo lo posible para que esto funcione. Te quiero a mi lado. Te necesito conmigo. ¿Puedes perdonarme? Incluso si hay la más mínima posibilidad de que puedas perdonarme en los próximos diez años, aceptaré esas probabilidades. Tendré algo en lo que trabajar."

"Te perdoné la mañana después de tus palabras de borracho," dijo Susan. "No hay nada que perdonar." Tocó la cara de Miles con suavidad, envalentonada por lo que había escuchado.

“Me podrías haber hecho pagar al menos con joyas,” dijo Miles con una sonrisa. “¿Y qué hay del amor? ¿Hay una pequeña parte de ti que aún se preocupa por mí?”

“No podría dejar de amarte, aunque lo intentara,” admitió Susan.

Miles suspiró. “Eso es música para mis oídos.”

“Me da miedo creerte, sin embargo,” dijo ella. “Es un cambio tan grande.”

“No importa que dudes de mí. Eso puedo manejarlo. Te demostraré con cada aliento que tomo que estábamos destinados a estar juntos. Al menos sé que no he arruinado completamente nuestro matrimonio,” dijo Miles. “Voy a considerar que hoy es nuestro día de aniversario, porque este es el día en que fuimos honestos el uno con el otro, y es el comienzo de nuestra futura vida juntos.”

“Es en medio de la noche,” señaló Susan.

“Las noches son un momento perfecto para estar lo suficientemente solos como para disfrutar de la compañía del otro, ¿no crees?” dijo Miles, poniéndose de pie.

El corazón de Susan comenzó a latir con fuerza. “S-supongo que sí.”

“Bien. Espero que no esperes dormir mucho esta noche, Lady Longdon. Tengo algunas cosas que compensar,” dijo Miles, quitándose el chaleco. “Y creo que sé la manera perfecta de empezar.” Sonrió mientras Susan abría sus brazos para recibirlo. “Oh, te amo,” dijo en voz baja, subiéndose a la cama para ser envuelto por su abrazo.

Epílogo

Cualquiera que hubiera oído el rumor sobre el difícil comienzo de la vida matrimonial que habían experimentado Lord y Lady Longdon podría sospechar que se trataba de un matrimonio de conveniencia. Pasar media hora en su compañía disiparía cualquier sospecha de que ese fuera el caso. De hecho, había más escándalo asociado a la pareja debido al comportamiento enamorado de Lord Longdon hacia su esposa que por su boda.

Miles y Susan nunca pasaron un día separados después de haber admitido su amor el uno por el otro. Si Miles tenía asuntos que atender, insistía en que Susan viajara con él. Cuando Susan estaba embarazada y más allá del tiempo de viaje seguro, Miles permanecía al lado de su esposa.

La señora King se atribuía el mérito del afortunado matrimonio de su hija, algo que la pareja nunca disputó. Raramente veían a la mujer, por lo que ella no tenía impacto en su felicidad. El señor King solía visitar a su hija, afirmando que estaba verificando si su yerno necesitaba algún consejo financiero, pero en realidad siempre se le encontraba en la nursery jugando con sus nietos.

Edith, Ralph y la tía Florence eran la familia que más significaba para la pareja, compartiendo eventos de la vida y viajando entre las casas. Edith adoptó a la tía Florence como su propia pariente, y los cinco estaban a menudo juntos.

Susan y Miles tuvieron once hijos: cinco niños y seis niñas. A Susan le encantaba que todos sus hijos tuvieran los ojos grises de su padre.

Las pesadillas de Miles nunca desaparecieron realmente, aunque se redujeron y no eran tan debilitantes cuando ocurrían. Susan y Ashurst, el ayuda de cámara, habían perfeccionado el proceso de calmar los terrores. Susan entendía por lo que su esposo estaba pasando aún más después de haber experimentado los suyos propios durante los primeros meses después de su secuestro. Miles estaba allí para ella durante esas noches, tal como ella lo estaba cuando él la necesitaba.

Billy se adaptó a la vida en Barrowfoot House. Se convirtió en lacayo, pero era un favorito especial de los niños y muy a menudo se le permitía acompañar a la niñera en las excursiones. En esas ocasiones pasaba más tiempo de rodillas, teniendo a once pequeños adoradores trepando por todas partes.

La madre de Miles se instaló en Brighton y, aunque visitaba ocasionalmente a su hijo y a su nuera, mantenía esas visitas al mínimo. Los niños muy a menudo tenían enfermedades, y eso no se adaptaba a su constitución, que afirmaba era frágil hasta que finalmente murió en su octogésimo año.

Jones y Dunn siempre eran visitantes bienvenidos en el hogar de los Longdon. Se encargaron de asegurar que cada sobrina o sobrino honorario fuera un jinete o amazona competente, para disgusto de los mozos de cuadra empleados para el trabajo. Eventualmente se establecerían ellos mismos, pero primero tenían que tener sus propias aventuras... pero esa es otra historia (La tentación del Capitán Jones).

Fin

Sobre este libro

Cuando comencé *El Corazón Solitario de Lady Edith*, iba a ser una novela independiente. Había querido escribirla durante mucho tiempo y no había pensado más allá de contar la historia de Edith.

Luego, Miles y Susan empezaron a desarrollarse como personajes con historias propias que contar.

El secuestro y el rescate de herederas eran bastante comunes en la época de la Regencia. Si los hombres no eran de la misma clase y, por lo tanto, no tenían la oportunidad de comprometer a la heredera, a menudo recurrían a métodos más nefastos. Las desafortunadas chicas tenían dinero, pero eso no significaba que estuvieran seguras o felices; muy a menudo eran una ocurrencia tardía. El dinero era el principal foco de atención de todos.

Esta historia iba a ser la segunda parte de una historia en dos partes, pero entonces aparecieron Jones y Dunn...

Amazon.co.uk
https://www.amazon.co.uk/dp/B08775663R

Amazon.com
https://www.amazon.com/dp/B08775663R

Sobre la Autora

He tenido la fortuna de vivir un sueño. Siempre he querido escribir, pero la vida se interpuso, como suele suceder, hasta hace unos años. Luego, un cambio en las circunstancias me permitió hacer lo que amaba: sentarme a escribir. Ahora, escribir ha tomado el control de mi vida, con las vacaciones organizadas en torno a la investigación, tanto que, sin importar a dónde vayamos, mi sufrido esposo dice: '¿Y qué conexión con el periodo de la Regencia tiene este edificio/ciudad/jardín?'

Ese sueño se volvió un poco más surrealista cuando, en 2018, me convertí en finalista de Amazon StorytellerUK con Lord Livesey's Bluestocking. ¡Una novela de romance de la Regencia entre las cinco mejores en una competencia de todos los géneros! Fue una experiencia verdaderamente maravillosa, no esperaba ganar, pero me divertí mucho en la ceremonia de premiación.

Aprecio cuando los lectores se ponen en contacto, especialmente si aman a los personajes tanto como yo. Esas primeras semanas después del lanzamiento son un tiempo difícil; deseo desesperadamente que todos amen a mis personajes, que requieren meses y meses de trabajo para cobrar vida.

Si disfrutas de los libros, ¿podrías tomarte el tiempo para escribir una reseña en Amazon? Las reseñas son vitales para un autor que recién comienza, aunque admito que las malas pueden ser devastadoras. ¡Egoístamente, quiero que los lectores amen mis historias!

Puedes contactarme para cualquier comentario que tengas a través de mi sitio web:

www.audreyharrison.co.uk

o

www.facebook.com/AudreyHarrisonAuthor

Por favor suscríbete para email/newsletter – ¡solo envío cuando hay algo importante que decir!

www.audreyharrison.co.uk

¡Recibirás una copia gratis de EL Conde Reticente en formato mobi por suscribirte como agradecimiento!